

/86

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
FUNDADO EN 1905

Director: Guillermo Umaña Díaz. Pbro.



AÑO LXXX
NUMEROS
1-6

NUMEROS
1.138 - 1.139
1.140 - 1.141
1.142 - 1.143



*“Con la paz de Cristo
por los caminos de Colombia”*

CONTENIDO

ACTOS DEL NOBILÍSIMO PONTÍFICE

Curso apostólico "Angélicos Regentes"	307
Relevo a Guillermo al frente de la sede pontificia	308
Abrenuncio en la Catedral de Bogotá en el nombre del Señor Arzobispo	309
Palacio a las hermanas de la gran familia de la Catedral	310
Entrevista con la Casa de Nariño al presidente de la República y a su familia	311
Disposiciones de Consistorio	312
Exposición de la eucaristía: Eucaristía en el santuario de la Catedral	313
Discurso en la Nunciatura al Obispo Delegado apostólico en Colombia	314
Palacio a las Obispos de Colombia en la sede del Obispo apostólico	315
Disposiciones de la Conferencia Episcopal	316
Palacio a las Obispos y a las hermanas de la CLAR	317
Palacio a las Obispos de Colombia	318
Palacio a las Obispos de Colombia	319
Palacio a las Obispos de Colombia	320
Palacio a las Obispos de Colombia	321
Palacio a las Obispos de Colombia	322
Palacio a las Obispos de Colombia	323
Palacio a las Obispos de Colombia	324
Palacio a las Obispos de Colombia	325
Palacio a las Obispos de Colombia	326
Palacio a las Obispos de Colombia	327
Palacio a las Obispos de Colombia	328
Palacio a las Obispos de Colombia	329
Palacio a las Obispos de Colombia	330
Palacio a las Obispos de Colombia	331
Palacio a las Obispos de Colombia	332
Palacio a las Obispos de Colombia	333
Palacio a las Obispos de Colombia	334
Palacio a las Obispos de Colombia	335
Palacio a las Obispos de Colombia	336
Palacio a las Obispos de Colombia	337
Palacio a las Obispos de Colombia	338
Palacio a las Obispos de Colombia	339
Palacio a las Obispos de Colombia	340
Palacio a las Obispos de Colombia	341
Palacio a las Obispos de Colombia	342
Palacio a las Obispos de Colombia	343
Palacio a las Obispos de Colombia	344
Palacio a las Obispos de Colombia	345
Palacio a las Obispos de Colombia	346
Palacio a las Obispos de Colombia	347
Palacio a las Obispos de Colombia	348
Palacio a las Obispos de Colombia	349
Palacio a las Obispos de Colombia	350
Palacio a las Obispos de Colombia	351
Palacio a las Obispos de Colombia	352
Palacio a las Obispos de Colombia	353
Palacio a las Obispos de Colombia	354
Palacio a las Obispos de Colombia	355
Palacio a las Obispos de Colombia	356
Palacio a las Obispos de Colombia	357
Palacio a las Obispos de Colombia	358
Palacio a las Obispos de Colombia	359
Palacio a las Obispos de Colombia	360
Palacio a las Obispos de Colombia	361
Palacio a las Obispos de Colombia	362
Palacio a las Obispos de Colombia	363
Palacio a las Obispos de Colombia	364
Palacio a las Obispos de Colombia	365
Palacio a las Obispos de Colombia	366
Palacio a las Obispos de Colombia	367
Palacio a las Obispos de Colombia	368
Palacio a las Obispos de Colombia	369
Palacio a las Obispos de Colombia	370
Palacio a las Obispos de Colombia	371
Palacio a las Obispos de Colombia	372
Palacio a las Obispos de Colombia	373
Palacio a las Obispos de Colombia	374
Palacio a las Obispos de Colombia	375
Palacio a las Obispos de Colombia	376
Palacio a las Obispos de Colombia	377
Palacio a las Obispos de Colombia	378
Palacio a las Obispos de Colombia	379
Palacio a las Obispos de Colombia	380
Palacio a las Obispos de Colombia	381
Palacio a las Obispos de Colombia	382
Palacio a las Obispos de Colombia	383
Palacio a las Obispos de Colombia	384
Palacio a las Obispos de Colombia	385
Palacio a las Obispos de Colombia	386
Palacio a las Obispos de Colombia	387
Palacio a las Obispos de Colombia	388
Palacio a las Obispos de Colombia	389
Palacio a las Obispos de Colombia	390
Palacio a las Obispos de Colombia	391
Palacio a las Obispos de Colombia	392
Palacio a las Obispos de Colombia	393
Palacio a las Obispos de Colombia	394
Palacio a las Obispos de Colombia	395
Palacio a las Obispos de Colombia	396
Palacio a las Obispos de Colombia	397
Palacio a las Obispos de Colombia	398
Palacio a las Obispos de Colombia	399
Palacio a las Obispos de Colombia	400

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
FUNDADO EN 1905

Tarifa Postal Reducida No. 379 de la Administración Postal Nacional

Año LXXX - Julio - Diciembre de 1986 - Números 1.144 al 1.149

"Tarifa para libros y revistas No. 459 de Adpostal Nacional"

Oficina: Carrera 6a. No. 10-63 Of. 302 Tel: 282 5916

CONTENIDO

ACTOS DEL ROMANO PONTIFICE

Carta apostólica "Augustinum Hipponensem"	367
Saludo a Colombia al inicio de su visita apostólica	392
Alocución en la Catedral de Bogotá tras el saludo del Señor Arzobispo	395
Saludo a los habitantes de Bogotá desde el balcón de la Curia Arzobispal	401
Discurso en la Casa de Nariño al Presidente de la República y Sectores Dirigentes de Colombia.	403
Homilía de la concelebración Eucarística en el parque Simón Bolívar	408
Discurso en la Nunciatura al Cuerpo Diplomático acreditado en Colombia	413
Saludo a los Obispos de Colombia en la sede del SPEC tras las palabras del Presidente de la Conferencia Episcopal	415
Saludo en la Nunciatura a los religiosos de la CLAR.	423
Discurso a los Obispos del CELAM	425
Homilía en el estadio El Campín	429
Homilía durante la concelebración en Chiquinquirá	435
Plegaria y Consagración en la basílica de Ntra. Sra. de Chiquinquirá	440
Discurso a los trabajadores congregados en el parque El Tunal	442
Alocución en Tumaco a la Iglesia Misionera en Colombia	447
Homilía en Popayán a los Indígenas de Colombia	452
Homilía en Cali sobre la Familia	457
Homilía en las Ordenaciones Sacerdotales de Medellín	463
Discurso a los pobres y marginales en el estadio de Medellín	469
Discurso en la Catedral de Medellín a religiosas y miembros de los Institutos Seculares Femeninos	474
Discurso a los Intelectuales en el seminario de Medellín	477
Homilía en Bucaramanga sobre el laicado	482
Alocución en Cartagena sobre la obra evangelizadora en América Latina	485
Palabras en el Santuario de San Pedro Claver	491
Celebración de la Palabra en Barranquilla	493
Discurso de despedida en el Aeropuerto de Barranquilla	498
Mensaje radial desde Bogotá a los encarcelados de Colombia	500
Encuentro con los niños en Cali	501
Breve saludo en el Aeropuerto "Matecaña" de Pereira	503

Saludo a la población y Oración en sufragio por las víctimas de Chinchiná	504
Oración por los difuntos de la catástrofe de Armero	507
Breve saludo a los damnificados de la catástrofe de Armero	509
Palabras a la hora del Angelus en Bucaramanga	511
Telegrama al Arzobispo de Bogotá y respuesta de éste	512
Telegrama al Presidente de Colombia y respuesta del mismo	513
Evocación de su visita apostólica a Colombia	514

Discursos:

A la Pontificia Academia de las Ciencias	517
A la comisión preparatoria de un catecismo para la Iglesia Universal	525
A los participantes en el encuentro de estudios sobre la encíclica "Laborem Exercens"	527
A los Prelados y Cardenales de la Curia Romana	531

Mensajes:

A los Obispos de Perú	537
A la juventud mundial	540
Urbi et Orbi para la Navidad	543

Viajes Apostólicos:

Colombia	545
Francia	547
Asia y Australia Occidental	550

ACTOS DE LA CURIA ROMANA**Secretaría de Estado**

Telegrama a los Colombianos	555
---------------------------------------	-----

Congregación para la Doctrina de la Fe

Carta al Rvdo. Curran y declaración anexa del Obispo de Washington	556
Notificación relativa a un libro del R.P. Edward Schillebeeckx, O.P.	560
Carta sobre atención pastoral a las personas homosexuales	562

Pontificia Comisión "Iustitia et Pax"

Documento sobre la ética en la deuda internacional	570
--	-----

Consejo de Cardenales para los problemas Organizativos y Económicos

Comunicado	588
----------------------	-----

SINODO DE LOS OBISPOS

Reunión del Consejo de la Secretaría General	590
--	-----

CONFERENCIAS EPISCOPALES**Colombia**

Adhesión del Episcopado a la Jornada Mundial de la Oración por la Paz	591
Carta al Cardenal Muñoz Duque y respuesta de éste	592

Comunicados sobre la Caja Vocacional	594
Mensaje Pastoral	596

España

Documento del Comité Episcopal para la defensa de la vida	600
Nota de la misma comisión sobre algunos aspectos doctrinales	606

ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ**Actos del Excelentísimo Sr. Arzobispo**

Circular acerca de la Jornada Vocacional	613
Mensaje para la Jornada Mundial por la Paz	614
Primer Congreso Arquidiocesano de Pastoral Juvenil	615
Ordenaciones Sacerdotales	616

DECRETOS

Decreto No. 113	Nombramiento de capellán para el cementerio Distrital del Norte	617
Decreto No. 115	Nómbrese miembro de la Junta de Directores de la fundación Nuevo Marymount de Bogotá	617
Decreto No. 116	Nómbrese delegado permanente del arzobispo en la fundación colegio Hermanas Benedictinas	618
Decreto No. 118	Nombramientos de director de las oficinas de Arte Sagrado, Arquitectura, Servicios Generales y de Coordinador del programa de catequesis de sexto a undécimo grado	618
Decreto No. 120	Nómbrese Vicario Episcopal Territorial encargado de la Santísima Trinidad	618
Decreto No. 121	Nómbrese capellán del palacio presidencial	619
Decreto No. 122	Incardinación del Pbro. Helí Ramírez Rodríguez	619
Decreto No. 124	Nombramientos de Delegado Arquidiocesano para la Pastoral Social, de Director de la Revista "La Iglesia" y de notario auxiliar en la Vicaría de la Inmaculada Concepción	619
Decreto No. 127	Nombramientos de Presidente de la Junta Directiva de la fundación colegio Hermanas Benedictinas, locales, Representante Legal y Revisor Fiscal	620
Decreto No. 128	Erección de la parroquia de la Ascensión del Señor	621
Decreto No. 130	Aprobación de Estatutos del "Instituto de Jesús Adolescente"	622
Decreto No. 132	Nombramiento del Sr. Obispo Otero como Vicario General y confíasele la atención de religiosos e Institutos Seculares	632
Listado de Nombramientos		632

CRONICA

Nombrado Obispo Auxiliar de Ibagué	635
Nuevo Obispo de la diócesis de Garzón	635
Renuncia y Nombramiento de nuevo Obispo para el Vicariato de San Vicente-Puerto Leguizamo	636

Jubileo Sacerdotales	637
Centenario del nacimiento de Mons. Agustín Gutiérrez Jiménez	638
Nombrado Mons. Montalvo Pro-nuncio apostólico en Belgrado	639

OBITUARIO

Padre Liborio Restrepo Uribe	640
Mons. Luis Carlos Riveros Lavado	640
Mons. Guillermo Escobar Vélez	641
Doña Soledad Bravo de Revollo	641

Actos del Romano Pontifice

"AUGUSTINUM HIPONENSEM"

**CARTA APOSTOLICA EN EL XVI CENTENARIO DE LA
CONVERSION DE SAN AGUSTIN**

**A LOS OBISPOS, SACERDOTES, FAMILIAS RELIGIOSAS Y
FIELES DE TODA LA IGLESIA CATOLICA EN EL XVI CENTENARIO
DE LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR
DE LA IGLESIA**

Venerables hermanos y queridos hijos e hijas, salud y bendición apostólica.

1. AGUSTIN DE HIPONA, desde que apenas un año después de su muerte fue catalogado como uno de los "mejores maestros de la Iglesia" (1) por mi lejano predecesor Celestino I, ha seguido estando presente en la vida de la Iglesia y en la mente y en la cultura de todo el Occidente. Después, otros Romanos Pontífices, por no hablar de los Concilios que con frecuencia y abundantemente se han inspirado en sus escritos, han propuesto sus ejemplos y sus documentos doctrinales para que se les estudiara e imitara. León XIII exaltó sus enseñanzas filosóficas en la Encíclica *Aeterni Patris* (2); Pío XI reasumió sus virtudes y su pensamiento en la Encíclica *Ad salutem humani generis*, declarando que por su ingenio agudísimo, por la riqueza y sublimidad de su doctrina, por la santidad de su vida y por la defensa de la verdad católica nadie, o muy pocos se le pueden comparar de cuantos han florecido desde los principios del género humano hasta nuestros días (3); Pablo VI afirmó que "además de brillar en él de forma eminente las cualidades de los Padres, se puede afirmar en verdad que todo el pensamiento de la antigüedad confluye en su obra y que de ella derivan corrientes de pensamiento que em-

NOTAS

- 1) Celestino I, Ep. *Apostolici verba*, mayo 431: PL 50, 530 A.
- 2) Cf. León XIII, Carta Encicl. *Aeterni Patris*, 4 agosto 1879: *Acta Leonis XIII*, I, Roma 1881, pág. 270.
- 3) Cf. Pío XI, Carta Encicl. *Ad salutem humani generis*, 22 abril 1930: AAS 22, 1930, pág. 233.

papan toda la tradición doctrinal de los siglos posteriores (4).

Yo mismo he añadido mi voz a la de mis predecesores, expresando el vivo deseo de que "su doctrina filosófica, teológica y espiritual se estudie y se difunda, de tal modo que continúe... su magisterio en la Iglesia; un magisterio, añadía, humilde y luminoso al mismo tiempo, que habla sobre todo de Cristo y del amor" (5). He tenido ocasión además de recomendar especialmente a los hijos espirituales del gran Santo que mantengan "vivo y atrayente el encanto de San Agustín también en la sociedad moderna", ideal estupendo y entusiasmante, porque "el conocimiento exacto y afectuoso de su pensamiento y de su vida provoca la sed de Dios, descubre el encanto de Jesucristo, el amor a la sabiduría y a la verdad, la necesidad de la gracia, de la oración, de la virtud, de la caridad fraterna, el anhelo de la eternidad feliz" (6).

Me es muy grato, pues, que la feliz circunstancia del XVI centenario de su conversión y de su bautismo me ofrezca la oportunidad de evocar de nuevo su figura luminosa. Esta nueva evocación será al mismo tiempo una acción de gracias a Dios por el don que hizo a la Iglesia, y mediante ella a la humanidad entera, gracias a aquella admirable conversión; y será también una ocasión propicia para recordar que el convertido, una vez hecho obispo, fue un modelo espléndido de Pastor, un defensor intrépido de la fe ortodoxa o, como decía él, de la "virginidad" de la fe (7), un constructor genial de aquella filosofía que por su armonía con la fe bien puede llamarse cristiana, y un promotor infatigable de la perfección espiritual y religiosa.

I. LA CONVERSION

Conocemos el camino de su conversión por sus mismas obras, es decir, por las que escribió en la soledad de Casiciaco antes del bautismo (8), y sobre todo por sus célebres *Confesiones*, una obra que es al mismo tiempo autobiografía, filosofía, teología, mística y poesía, en la que hombres sedientos de verdad y conscientes de sus propios límites, se han encontrado y se siguen encontrando a sí mismos. Ya en su tiempo, el autor la consideraba como una de sus obras más conocidas. "¿Cuál de mis obras", escribe hacia el final de su vida, "pudo alcanzar una más amplia notoriedad y resultar más agradable que los libros de mis Confesiones?" (9). La historia no ha desmentido nunca este juicio; al contrario, no ha hecho más que confirmarlo ampliamente. Todavía hoy las *Confesiones* de San Agustín son muy leídas y, como son muy ricas de introspección y de pasión religiosa, obran en profundidad, agitan y conmueven. Y no sólo a los creyentes. Aun aquellos que, aun cuando no tengan fe, por lo menos van buscando una certeza que les permita comprenderse a sí mismos, sus aspiraciones profundas y sus tormentos, sacan provecho de la lectura de

4) Pablo VI, *Discurso a los religiosos de la Orden de San Agustín con ocasión de la inauguración del Instituto Patristico "Augustinianum"*, 4 mayo 1970: AAS 62, 1970, pág. 426; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 31 mayo 1970, pág. 10.

5) Juan Pablo II, *Discurso a los profesores y alumnos del Instituto Patristico "Augustinianum"* de Roma, 7 mayo 1982: AAS 74, 1982, pág. 800; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 18 julio 1982, pág. 9.

6) Juan Pablo II, *Discurso al capítulo general de la Orden de San Agustín*, 25 agosto 1983; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 11 septiembre 1983, pág. 12.

7) Cf. San Agustín, *Serm.* 93, 4; 213, 7: PL 38, 575; 38, 1063.

(En adelante, donde no se cita expresamente el nombre del autor, léase "San Agustín").

8) Cf. *De beata vita*, 4: PL 32, 961; *Contra Acad.*, 2, 2, 4-6: PL 32, 921-922; *Solil.*, 1, 1, 1-6: PL 32, 869-872.

9) *De dono persever.*, 20, 53; PL 45, 1026.

esta obra. La conversión de San Agustín, condicionada por la necesidad de encontrar la verdad, tiene no poco que enseñar a los hombres de hoy, con tanta frecuencia perdidos y desorientados frente al gran problema de la vida.

Se sabe que esta conversión tuvo un camino particularísimo, porque no se trató de una conquista de la fe católica, sino de una reconquista. La había perdido convencido, al perderla, de que no abandonaba a Cristo, sino sólo a la Iglesia.

En efecto, había sido educado cristianamente por su madre (10), la piadosa y santa Mónica (11). Como consecuencia de esta educación, Agustín permaneció siempre no sólo un creyente en Dios, en la Providencia y en la vida futura (12), sino también un creyente en Cristo, cuyo nombre "había bebido", como dice él, "con la leche materna" (13). Tras volver a la fe de la Iglesia católica, dirá que había vuelto "a la religión que me había sido imbuída desde niño y que había penetrado hasta la médula de mi ser" (14). Quien quiera comprender su evolución interior y un aspecto, tal vez el más profundo, de su personalidad y de su pensamiento, debe partir de esta constatación.

Al despertarse a los 19 años al amor de la sabiduría con la lectura de *Hortensio* de Cicerón —"Aquel libro, tengo que admitirlo, cambió mi modo de sentir... y me hizo desear ardientemente la sabiduría inmortal con increíble ardor de corazón" (15)—, amó profundamente y buscó siempre con todas las fibras de su alma la verdad. "¡Oh verdad, verdad, cómo suspiraba ya entonces por ti desde las fibras más íntimas de mi corazón!" (16).

No obstante este amor a la verdad, Agustín cayó en errores graves. Los estudiosos buscan las causas de esto y las encuentran en tres direcciones: en el planteamiento equivocado de las relaciones entre la razón y la fe, como si hubiera que escoger necesariamente entre una y otra; en el presunto contraste entre Cristo y la Iglesia, con la consiguiente persuasión de que para adherirse plenamente a Cristo hubiera que abandonar la Iglesia; y en el deseo de verse libre de la conciencia de pecado no mediante su remisión por obra de la gracia, sino mediante la negación de la responsabilidad humana del pecado mismo.

Así, pues, el primer error consistía en un cierto espíritu racionalista, en virtud del cual se persuadió de que "había que seguir no a los que mandan creer, sino a los que enseñan la verdad" (17). Con este espíritu leyó las Sagradas Escrituras y se sintió rechazado por los misterios en ellas contenidos, misterios que hay que aceptar con humilde fe. Después, hablando a su pueblo acerca de este momento de su vida, le decía: "Yo que os hablo, estuve engañado un tiempo, cuando de joven me acerqué por primera vez a las Sagradas Escrituras. Me acerqué a ellas no con la piedad del que busca humildemente, sino con la presunción de quien quiere discutir... ¡Pobre de mí, que me creí apto para el vuelo, abandoné el nido y caí antes de poder volar!" (18).

Fue entonces cuando topó con los maniqueos, les escuchó y les siguió. Razón principal: la promesa "de dejar a un lado la terrible autoridad, conducir a Dios y

10) Cf. *Confess.*, 1, 11, 17: PL 32, 669.

11) Cf. *Confess.*, 9, 8, 17-9, 13, 17: PL 32, 771-780.

12) Cf. *Confess.*, 6, 5, 8: PL 32, 723.

13) *Confess.*, 3, 4, 8: PL 32, 686; *ib.*, 5, 14, 25: PL 32, 718.

14) *Contra Acad.*, 2, 2, 5: PL 32, 921.

15) *Confess.*, 3, 4, 7: PL 32, 685.

16) *Confess.*, 3, 6, 10: PL 32, 687.

17) *De beata vita*, 4: PL 32, 961.

18) *Serm.*, 51, 5, 6: PL 38, 336.

librar de los errores a sus discípulos con la pura y simple razón" (19). Y tal precisamente era como se mostraba Agustín, "deseoso de poseer y absorber la verdad auténtica y sin velos" con la sola fuerza de la razón (20).

Convencido después de largos años de estudios, especialmente de estudios filosóficos (21), de que le habían engañado, pero, por efecto de la propaganda maniquea, convencido siempre de que la verdad no estaba en la Iglesia católica (22), cayó en una profunda desilusión y perdió de hecho la esperanza de poder encontrar la verdad: "Los académicos mantuvieron durante mucho tiempo el timón de mi nave en medio de las olas" (23).

De esta peligrosa actitud lo sacó el mismo amor de la verdad que albergaba siempre dentro de su alma. Llegó a convencerse de que no es posible que el camino de la verdad esté cerrado a la mente humana; si no la encuentra, es porque ignora o desprecia el método para buscarla (24).

Animado por esta convicción, se dijo a sí mismo: "Ea, busquemos con mayor diligencia, en lugar de perder la esperanza" (25). Y así, prosiguió en la búsqueda y esta vez, guiado por la gracia divina, que su madre imploraba con lágrimas (26), llegó felizmente al puerto.

Llegó a comprender que razón y fe son dos fuerzas destinadas a colaborar para conducir al hombre al conocimiento de la verdad (27), y que cada cual tiene un primado propio: la fe, temporal; la razón, absoluto —"por su importancia viene primero la razón, por orden de tiempo la autoridad (de la fe)" (28)—. Comprendió que la fe, para estar segura, requiere una autoridad divina, que esta autoridad no es más que la de Cristo, sumo Maestro —de esto Agustín no había dudado nunca (29)— y que la autoridad de Cristo se encuentra en las Sagradas Escrituras (30), garantizadas por la autoridad de la Iglesia católica (31).

Con la ayuda de los filósofos platónicos se libró de la concepción materialista del ser, que había absorbido del maniqueísmo: "Amonestado por aquellos escitas a que volviera a mí mismo, entré en lo íntimo de mi corazón bajo tu guía. . . Entré en él y divisé con el ojo de mi alma. . . por encima de mi inteligencia, una luz inmutable" (32). Esta luz inmutable fue la que le abrió los inmensos horizontes del espíritu y de Dios.

Comprendió que, a propósito de la grave cuestión del mal, que constituía su mayor tormento, la primera pregunta que hay que formularse no es de dónde procede el mal, sino en qué consiste (34), e intuyó que el mal no es una sustancia, sino

una privación de bien: "Todo lo que existe es bien, y el mal, cuyo origen yo buscaba, no es una sustancia" (35). Dios, pues —concluyó él— es el creador de todas las cosas y no existe sustancia alguna que no haya sido creada por Él (36).

Comprendió también refiriéndose a su experiencia personal (37)— y éste fue su descubrimiento decisivo—, que el pecado tiene su origen en la voluntad del hombre, una voluntad libre e indefectible: "Yo era quien quería, yo quien no quería, yo, yo era" (38).

A este punto uno podría creer que había llegado al fin, y sin embargo no había llegado todavía; las asechanzas de nuevo error le envolvían. Fue la presunción de poder llegar a la posesión beatificante de la verdad con solas sus fuerzas naturales. Una experiencia personal que terminó mal lo disuadió (39). Fue entonces cuando comprendió que una cosa es conocer la meta y otra muy diversa llegar a ella (40). Para dar con la fuerza y el camino necesarios "me lancé con la mayor avidez", escribe él mismo, "sobre la venerable Escritura de tu Espíritu" y antes que nada "sobre el Apóstol Pablo" (41). En las Cartas de Pablo descubrió a Cristo maestro, como lo había venerado siempre, pero también a Cristo redentor, Verbo encarnado, único mediador entre Dios y los hombres. Fue entonces cuando se le mostró en todo su esplendor "el rostro de la filosofía" (42); era la filosofía de Pablo que tiene por centro a Cristo, "poder y sabiduría de Dios" (1 Cor 1, 24), y que tiene otros centros: la fe, la humildad, la gracia; la "filosofía", que es al mismo tiempo sabiduría y gracia, en virtud de la cual se hace posible no sólo conocer la patria, sino también llegar a ella (43).

Una vez encontrado Cristo redentor, fuertemente abrazado a Él, Agustín había retornado al puerto de la fe católica, a la fe en la que su madre lo había educado: "Había oído hablar de la vida eterna desde niño, vida que se nos prometió mediante la humildad del Señor nuestro Dios, abajado hasta nuestra soberbia" (44). El amor a la verdad sostenido por la gracia divina, había triunfado de todos los errores.

Pero el camino no había terminado. En el ánimo de Agustín renacía un antiguo propósito, el de consagrarse por completo a la sabiduría, una vez que la había hallado, esto es, abandonar toda esperanza terrena para poseerla (45). Ahora ya no podía aducir más excusas: la verdad por la que tanto había suspirado era finalmente cierta (46). Y, sin embargo, todavía dudaba, buscando razones para no decidirse a hacerlo (47). Las ligaduras que lo ataban a las esperanzas terrenas eran fuertes: los honores, el lucro, el matrimonio (48); especialmente el matrimonio, dados los hábitos que había contraído (49).

No es que le estuviera prohibido casarse —esto lo sabía muy bien Agustín (50)

19) *De utilitate cred.*, 1, 2: PL 42, 66.

20) *ib.*

21) *Cf. Confess.*, 5, 3, 3: PL 32, 707.

22) *Cf. Confess.*, 5, 10, 19; 5, 13, 23; 5, 14, 24: PL 32, 715, 717, 718.

23) *De beata vita*, 4: PL 32, 961; *cf. Confess.*, 5, 9, 19; 5, 14, 25; 6, 1, 1: PL 32, 715, 718, 719.

24) *Cf. De utilitate credendi*, 8, 20: PL 42, 78-79.

25) *Confess.*, 6, 11, 18: PL 32, 729.

26) *Cf. Confess.*, 3, 12, 21: PL 32, 694.

27) *Cf. Contra Acad.*, 3, 20, 43: PL 32, 957; *Confess.*, 6, 5, 7: PL 32, 722-723.

28) *De ordine*, 2, 9, 26: PL 32, 1007.

29) *Cf. Confess.*, 7, 19, 25: PL 32, 746.

30) *Cf. Confess.*, 6, 5, 7; 6, 11, 19; 7, 7, 11: PL 32, 723, 729, 739.

31) *Cf. Confess.*, 7, 7, 11: PL 32, 739.

32) *Confess.*, 7, 10, 16: PL 32, 742.

33) *Cf. Confess.*, 7, 1, 1; 7, 7, 11: PL 32, 733, 739.

34) *Cf. Confess.*, 7, 5, 7: PL 32, 736.

35) *Confess.*, 7, 13, 19: PL 32, 743.

36) *Cf. Confess.*, 7, 12, 18: PL 32, 743.

37) *Cf. Confess.*, 7, 3, 5: PL 32, 735.

38) *Confess.*, 8, 10, 22: PL 32, 759; *cf. ib.*, 8, 5, 10-11: PL 32, 753-754.

39) *Cf. Confess.*, 7, 17, 23: PL 32, 744-745.

40) *Cf. Confess.*, 7, 21, 26: PL 32, 749.

41) *Confess.*, 7, 21, 27: PL 32, 747.

42) *Contra Acad.*, 2, 2, 6: PL 32, 922.

43) *Cf. Confess.*, 7, 21, 27: PL 32, 748.

44) *Confess.*, 1, 11, 17: PL 32, 669.

45) *Cf. Confess.*, 6, 11, 18; 8, 7, 17: PL 32, 729, 757.

46) *Cf. Confess.*, 8, 5, 11-12: PL 32, 754.

47) *Cf. Confess.*, 6, 12, 21: PL 32, 730.

48) *Cf. Confess.*, 6, 6, 9: PL 32, 723.

49) *Cf. Confess.*, 6, 15, 25: PL 32, 732.

50) *Cf. Confess.*, 8, 1, 2: PL 32, 749.

lo que no quería era ser cristiano católico solamente de esta manera: renunciando al ideal acariciado de la familia y dedicándose con "toda" su alma al amor y a la posesión de la Sabiduría. A tomar esta decisión, que correspondía a sus aspiraciones más íntimas pero que estaba en pugna con los hábitos más arraigados, lo estimulaba el ejemplo de Antonio y demás monjes, ejemplo que se iba difundiendo incluso en Occidente y que él conoció un poco fortuitamente (51). Con gran rubor se preguntaba a sí mismo: "¿No podrías tú hacer lo que hicieron estos jóvenes y estas jóvenes?" (52). De ello se originó un drama interior, profundo y lacerante, que la gracia divina condujo a buen desenlace (53).

He aquí cómo narra Agustín a su madre esta serena pero fuerte determinación: "Fuimos donde mi madre y le revelamos la decisión que habíamos tomado. Ella se alegró. Le contamos el desenvolvimiento de los hechos. Se alegró y triunfó. Y empezó a bendecirte porque tú puedes hacer más de lo que pedimos y comprendemos (Ef 3, 20). Veía que le habías concedido, con relación a mí, más de lo que te había pedido con todos sus gemidos y sus lágrimas conmovedoras. De hecho, me volvíste a Ti tan absolutamente, que ya no buscaba ni esposa ni carrera en este mundo" (54).

A partir de aquel momento comenzaba para Agustín una vida nueva: terminó el año escolar —estaban cercanas las vacaciones de la vendimia (55)—; se retiró a la soledad de Casiciaco (56); al final de las vacaciones renunció al profesorado (57), regresó a Milán a principios del 387, se inscribió entre los catecúmenos y en la noche del Sábado Santo —23/24 de abril— fue bautizado por el obispo Ambrosio, de cuya predicación había aprendido tanto. "Recibimos el bautismo y se dispuso de nosotros la inquietud de la vida pasada. Aquellos días no me hartaba de considerar con dulzura admirable tus profundos designios sobre la salvación del género humano". Y añade, manifestando la íntima conmoción de su alma: "Cuántas lágrimas derramé oyendo los acentos de tus himnos y cánticos, que resonaban dulcemente en tu Iglesia" (58).

Después del bautismo el único deseo de Agustín fue el de encontrar un lugar apropiado para poder vivir en compañía con sus amigos según el "santo propósito" de servir al Señor (59). Lo encontró en Africa, en Tagaste, su pueblo natal, a donde llegó después de la muerte de su madre en Ostia Tiberina (60), y la estancia de algunos meses en Roma dedicados a estudiar el movimiento monástico (61). Ya en Tagaste, "renunció a sus bienes y, en compañía de aquellos que le seguían, vivían para Dios en ayunos, plegarias, obras buenas, meditando día y noche en la ley del Señor". El amante apasionado de la verdad quería dedicar su vida al ascetismo, a la contemplación, al apostolado intelectual. De hecho, su primer biógrafo añade: "Y de las verdades que Dios revelaba a su inteligencia hacía participar a presentes y ausentes, instruyéndolos con discursos y con libros" (62). En Tagaste escribió numerosos libros, como había hecho en Roma, Milán y Casiciaco.

51) Cf. *Confess.*, 8, 6, 13-15: PL 32, 755-756.

52) *Confess.*, 8, 11, 27: PL 32, 761.

53) Cf. *Confess.*, 8, 7, 16-12, 29: PL 32, 756-762.

54) *Confess.*, 8, 12, 30: PL 32, 762.

55) Cf. *Confess.*, 9, 2, 2-4: PL 32, 763.

56) Cf. *Confess.*, 9, 4, 7-12: PL 32, 766-769.

57) Cf. *Confess.*, 9, 5, 13: PL 32, 769.

58) *Confess.*, 9, 6, 14: PL 32, 769.

59) Cf. *Confess.*, 9, 6, 14: PL 32, 769.

60) Cf. *Confess.*, 9, 12, 28 s.: PL 32, 775 s.

61) Cf. *De mor. Eccl. cath.*, 1, 33, 70: PL 32, 1340.

62) Posidio, *Vita S. Augustini*, 3, 1: PL 32, 36.

Después de tres años viajó a Hipona con la intención de buscar un lugar donde fundar un monasterio y para encontrarse con un amigo que esperaba ganar para la vida monástica. En cambio, lo que encontró, sin quererlo, fue el sacerdocio (63), pero no renunció a sus ideales: pidió y se le concedió fundar un monasterio: el *monasterium laicorum*, en el que vivió y del que salieron muchos sacerdotes y muchos obispos para toda Africa (64). Al cabo de cinco años le hicieron obispo y transformó la casa episcopal en monasterio: el *monasterium clericorum*. El ideal concebido en el momento de su conversión no lo abandonó ya más, ni siquiera cuando le hicieron sacerdote y obispo. Escribió incluso una regla *ad servos Dei*, que ha tenido y sigue teniendo un papel tan importante en la historia de la vida religiosa occidental (65).

II. EL DOCTOR

Me he detenido un poco en los puntos esenciales de la conversión de Agustín porque de ella se derivan tantas y tan útiles enseñanzas no sólo para los creyentes, sino también para todos los hombres de buena voluntad: cuán fácil es perderse en el camino de la vida y cuán difícil es volver a encontrar el camino de la verdad. Pero esta admirable conversión nos ayuda también a entender mejor su vida posterior como monje, sacerdote y obispo. El siguió siendo siempre el gran deslumbrado por la gracia: "Nos habías traspasado el corazón con las flechas de tu amor y tenías tus palabras arraigadas en las entrañas" (66). Sobre todo, nos ayuda a penetrar con mayor facilidad en su pensamiento, tan universal y fecundo que prestó al pensamiento cristiano un servicio incomparable y perenne, hasta el punto de que podemos llamarle, no sin razón, el padre común de la Europa cristiana.

El resorte secreto de su búsqueda constante fue el mismo que le había guiado a lo largo del itinerario de su conversión: el amor a la verdad. Y así dice él mismo: "¿Qué desea el hombre con mayor vigor que la verdad?" (67). En una obra de profunda especulación teológica y mística, escrita más por necesidad personal que por exigencias externas, recuerda este amor y escribe: "Nos sentimos arrebatados por el amor de indagar la verdad" (68). Esta vez el objeto de la investigación era el augusto misterio de la Trinidad y el misterio de Cristo, revelación del Padre, "ciencia y sabiduría" del hombre: así fue como nació la gran obra sobre *La Trinidad*.

La orientación de la investigación, a la que nutría incesantemente el amor, tuvo dos coordenadas: una mayor comprensión de la fe católica y su defensa contra quienes la negaban, como eran los maniqueos y los paganos, o daban de ella interpretaciones equivocadas, como los donatistas, pelagianos y arrianos. Resulta difícil adentrarse en el mar del pensamiento agustiniano; mucho más difícil aún es resumirlo, si es que es posible en realidad. Pero se me permita recordar, para común edificación, algunas de las luminosas intuiciones de este sumo pensador.

1. Razón y fe

Ante todo las relativas al problema que más lo atormentó en su juventud y al que

63) Cf. *Serm.*, 355, 2: PL 39, 1569.

64) Cf. Posidio, *Vita S. Augustini*, 11, 2: PL 32, 42.

65) Cf. L. Verheijen, *La règle de Saint Augustin*, Paris 1967, I-11.

66) *Confess.*, 9, 2, 3: PL 32, 764; cf. *ib.*, 10, 6, 8: PL 32, 782.

67) *Tractatus in Jo.*, 26, 5: PL 35, 1609.

68) *De Trin.*, 1, 5, 8: PL 42, 825.

volvió una y otra vez con toda la fuerza de su ingenio y toda la pasión de su alma, el problema de las relaciones entre la razón y la fe: un problema eterno, de hoy no menos que de ayer, de cuya solución depende la orientación del pensamiento humano. Pero también problema difícil, ya que se trata de pasar indemnes entre un extremo y el otro, entre el fideísmo que desprecia la razón, y el racionalismo que excluye la fe. El esfuerzo intelectual y pastoral de Agustín fue el de demostrar, sin sombra de duda, que "las dos fuerzas que nos permiten conocer" (69) deben colaborar conjuntamente.

Agustín escuchó a la fe, pero no exaltó menos a la razón, dando a cada cual su propio primado o de tiempo o de importancia (70). Dijo a todos el *crede ut intelligas*, pero repitió también el *intellige ut credas* (71). Escribió una obra, siempre actual, sobre la utilidad de la fe (72), y explicó cómo la fe es la medicina destinada para curar el ojo del espíritu (73), la fortaleza inexpugnable para la defensa de todos, especialmente de los débiles, contra el error (74), el nido donde se echan las plumas para los altos vuelos del espíritu (75), el camino corto que permite conocer pronto, con seguridad y sin errores, las verdades que conducen al hombre a la sabiduría (76). Pero sostuvo también que la fe no está nunca sin la razón, porque es la razón quien demuestra "a quien hay que creer" (77). Por lo tanto, "también la fe tiene sus ojos propios, con los cuales ve de alguna manera que es verdadero lo que todavía no ve" (78). "Nadie, pues, cree si antes no ha pensado que tiene obligación de creer", puesto que "creer no es sino pensar con asentimiento" —*cum assentione cogitare*—... hasta tal punto, que "la fe que no sea pensada no es fe" (79).

El razonamiento sobre los ojos de la fe desemboca en el de la credibilidad, del que Agustín habla con frecuencia aportando los motivos, como si quisiera confirmar la consciencia con la que él mismo había vuelto a la fe católica. Interesa citar un texto. Escribe él: "Son muchas las razones que me mantienen en el seno de la Iglesia católica. Aparte la sabiduría de sus enseñanzas (para Agustín este argumento era fortísimo, pero no lo admitían sus adversarios),... me mantiene el consentimiento de los pueblos y de las gentes; me mantiene la autoridad fundada sobre los milagros, nutrida con la esperanza, aumentada con la caridad, consolidada por la antigüedad; me mantiene la sucesión de los obispos, de la sede misma del Apóstol Pedro, a quien el Señor después de la resurrección mandó apacentar sus ovejas, hasta el episcopado actual; me mantiene, finalmente, el nombre mismo de católica, que no sin razón ha obtenido esta Iglesia solamente" (80).

En su gran obra *La Ciudad de Dios*, que es al mismo tiempo apologética y dogmática, el problema de la razón y de la fe se convierten en el de fe y cultura. Agustín, que tanto trabajó por promover la cultura cristiana, lo resuelve exponiendo tres argumentos importantes: la fiel exposición de la doctrina cristiana; la atenta recu-

69) *Contra Acad.*, 3, 20, 43: PL 32, 957.

70) *Ci. De ordine*, 2, 9, 26: PL 32, 1007.

71) *Ci. Serm.*, 43, 9: PL 38, 258.

72) *Ci. De utilitate credendi*: PL 42, 65-92.

73) *Ci. Confess.*, 6, 4, 6: PL 32, 722; *De serm. Domini in monte*, 2, 3, 14: PL 34, 1275.

74) *Ci. Ep.*, 118, 5, 32: PL 33, 447.

75) *Ci. Serm.*, 51, 5, 6: PL 38, 337.

76) *Ci. De quantitate animae*, 7, 12: PL 32, 1041-1042.

77) *De vera relig.*, 24, 45: PL 34, 1041-1042.

78) *Ep.*, 120, 2, 8: PL 33, 456.

79) *De praed. sanctorum*, 2, 5: PL 44, 962-963.

80) *Contra ep. Man.*, 4, 5: PL 42, 175.

ración de la cultura pagana en todo aquello que tenía de recuperable, y que bajo el punto de vista filosófico no era poco; y la demostración insistente de la presencia en la enseñanza cristiana de todo aquello que había en aquella cultura de verdadero y perennemente útil, con la ventaja de que se encontraba perfeccionado y sublimado (81). No en vano se leyó mucho *la Ciudad de Dios* durante la Edad Media, y merece ciertamente que se la lea, también en nuestros tiempos como ejemplo y acicate para reflexionar mejor en torno a las relaciones entre el cristianismo y las culturas de los pueblos. Vale la pena citar un texto importante de Agustín: "La ciudad celestial... convoca a ciudadanos de todas las naciones... sin preocuparse de las diferencias de costumbres, leyes o instituciones... no suprime ni destruye cosa alguna de éstas; al contrario, las acepta y conserva todo lo que, aunque diverso en las diferentes naciones, tiende a un mismo fin: la paz terrena, pero con la condición de que no impidan la religión que enseña a adorar a un solo Dios, sumo y verdadero" (82).

2. Dios y el hombre

El otro gran binomio que Agustín estudió sin descanso es el de Dios y el hombre. Liberado, como dije arriba, de materialismo que le impedía tener una noción justa de Dios —y por lo tanto también una verdadera noción del hombre— fijó en este binomio los grandes temas de su investigación (83) y los estudió siempre conjuntamente: el hombre pensando en Dios y Dios pensando en el hombre, cuya imagen es.

En las *Confesiones* se propone a sí mismo esta doble pregunta: "¿Qué eres tú para mí, Señor?", "¿y qué soy yo para ti?" (84). Para darle una respuesta hace uso de todos los recursos de su pensamiento y de toda la incansable fatiga de su apostolado. La inefabilidad de Dios le penetra completamente, hasta el punto de hacerle exclamar: "¿Por qué te extrañas de que no comprendes? Si comprendieras, no sería Dios" (85). Por ello "no es pequeño comienzo para el conocimiento de Dios, antes de saber quién es Él, el que comencemos por saber qué no es" (86). Hay que tratar, pues, "de comprender a Dios, si podemos y en cuanto podamos, bueno sin cualidad, grande sin cantidad, creador sin necesidad", y así por lo que se refiere a las demás categorías de la realidad descrita por Aristóteles (87).

No obstante la transcendencia e inefabilidad divinas, Agustín, partiendo de la autoconsciencia de hombre que es, de conocer y amar, y animado por la Escritura, que nos revela a Dios como el Ser supremo (*Es.*, 3, 14), la Sabiduría suprema (*Sab. passim*) y el primer Amor (*1 Jn* 4, 8), esclarece esta triple noción de Dios: Ser de quien procede, por creación de la nada, todo ser; Verdad que ilumina la mente humana para que pueda conocer la verdad con certidumbre; Amor del cual procede y hacia el cual se dirige todo verdadero amor. Dios, en efecto, como él repite tantas veces, es "la causa del subsistir, la razón del pensar y la norma del vivir" (88), o, por citar otra célebre fórmula suya, "la causa del universo creado, la luz de la verdad que percibimos, y la fuente de la felicidad que gustamos" (89).

81) *Ci. p. es. De civ. Dei*, 2, 29, 1-2: PL 41, 77-78.

82) *De civ. Dei*, 19, 17: PL 41, 645.

83) *Ci. Solil.*, 1, 2, 7: PL 32, 872.

84) *Confess.*, 1, 5, 5: PL 32, 663.

85) *Serm.*, 117, 5: PL 38, 673.

86) *Ep.*, 120, 3, 13: PL 33, 459.

87) *De Trin.*, 5, 1, 2: PL 42, 912: cf. *Confess.*, 4, 16, 28: PL 32, 704.

88) *De civ. Dei*, 8, 4: PL 41, 228.

89) *De civ. Dei*, 8, 10, 2: PL 41, 235.

Pero donde el genio de Agustín se ejercitó prevalentemente fue en el estudio de la presencia de Dios en el hombre, presencia que es al mismo tiempo profunda y misteriosa. Encuentra a Dios, "el eterno-eterno" (90), remotísimo y presentísimo (91): porque remoto, el hombre lo busca; porque presente, lo conoce y lo encuentra. Dios está presente como "substancia creadora del mundo" (92), como verdad iluminadora (93), como amor que atrae (94), más íntimo que lo más íntimo que hay en el hombre y más alto que lo más alto que hay en él. Refiriéndose al período anterior a la conversión, Agustín dice a Dios: "¿Dónde estabas entonces y cuán lejos de mí"? Yo vagaba lejos de Ti... y tú, por el contrario, estabas más dentro de mí que la parte más profunda de mí mismo y más alto que la parte más alta de mí mismo" (95); "Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo" (96). Y una vez más: "Estabas delante de mí, pero yo me había alejado de mí mismo y no sabía encontrarme. Con mayor razón no sabía encontrarte a Ti" (97). Quien no se encuentra a sí mismo, no encuentra a Dios, porque Dios está en lo profundo de cada uno de nosotros.

Al hombre, por lo tanto, no se le entiende si no es en relación a Dios. Agustín ha ilustrado con vena inagotable esta gran verdad cuando estudiaba las relaciones entre el hombre y Dios, y lo ha expuesto en las fórmulas más variadas y eficaces. El ve al hombre como una tensión hacia Dios. Son célebres estas palabras suyas: "Nos hiciste para Ti y nuestro corazón no descansará hasta reposar en Ti" (98). Lo ve como capacidad de ser elevado hasta la visión inmediata de Dios: el ser finito que alcanza al Infinito. El hombre, escribe él en su obra sobre *La Trinidad*, "es imagen de Dios, en cuanto es capaz de Dios y puede ser partícipe de Él" (99). Esta capacidad "impresa inmortalmente en la naturaleza inmortal del alma racional" es la señal de su grandeza suprema: "en cuanto es capaz y puede ser partícipe de la naturaleza suprema, el hombre es una gran naturaleza" (100). Lo ve también como un ser indigente de Dios, en cuanto necesitado de la felicidad, que no puede encontrar sino en Dios. "La naturaleza humana fue creada en grandeza tan excelsa, que, dado que es mudable, sólo adhiriéndose al bien inmutable, que es el Sumo Dios, puede conseguir la felicidad, y no puede colmar su indigencia sin ser feliz, pero para colmarla no basta nada que no sea Dios" (101).

De esta relación constitucional del hombre con Dios depende la insistente invitación agustiniana a la interioridad. "Vuelve a ti mismo; en el hombre interior habita la verdad; y si encuentras que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo" para encontrar a Dios, fuente de la luz que ilumina la mente (102). En el hombre interior existe, junto con la verdad, también la misteriosa capacidad de amar, que, como un peso —ésta es la célebre metáfora agustiniana (103)— lo lleva fuera de sí mis-

90) *Confess.*, 9, 4, 10: PL 32, 768.

91) *Cf. Confess.*, 1, 4, 4: PL 32, 662.

92) *Ep.*, 187, 4, 14: PL 33, 837.

93) *Cf. De magistro*, 11, 38-14, 46: PL 32, 1215-1220.

94) *Cf. Confess.*, 13, 9, 10: PL 32, 848-849.

95) *Confess.*, 3, 6, 11: PL 32, 687-688.

96) *Confess.*, 10, 27, 38: PL 32, 795.

97) *Confess.*, 5, 2, 2: PL 32, 707.

98) *Confess.*, 1, 1, 1: PL 32, 661.

99) *De Trin.*, 14, 8, 11: PL 42, 1044.

100) *De Trin.*, 14, 4, 6: PL 42, 1040.

101) *De civ. Dei*, 12, 1, 3: PL 41, 349.

102) *De vera relig.*, 39, 72: PL 34, 154.

103) *Cf. Confess.*, 13, 9, 10: PL 32, 848-849.

mo hacia los otros, y sobre todo hacia el Otro por excelencia, es decir, Dios. El peso del amor le hace constitucionalmente social (104), hasta el punto de que "nadie", como escribe Agustín, "es más social por naturaleza que el hombre" (105).

La interioridad del hombre, donde se recogen las riquezas inagotables de la verdad y del amor, constituye "un abismo" (106), que nuestro Doctor no cesa nunca de observar atentamente ni de maravillarse de ello. Pero, a estas alturas, es preciso añadir que el hombre se presenta, para quien sea sensible a sí mismo y a la historia, como un gran problema; como dice Agustín, una "magna quaestio" (107). Son demasiado numerosos los enigmas que lo rodean: el enigma de la muerte, de la división profunda que sufre en sí mismo, del desequilibrio irreparable entre lo que es y lo que desea; enigmas que se reducen al fundamental, que consiste en su grandeza y en su incomparable miseria. Sobre estos enigmas, de los que ha tratado ampliamente el Concilio Vaticano II cuando se propuso ilustrar "el misterio del hombre" (108), Agustín se lanzó con pasión y empleó en su estudio toda la penetración de su inteligencia, no sólo para descubrir su realidad, que es con frecuencia muy triste —si es cierto que nadie es tan social por naturaleza como el hombre, también lo es, añade el autor de *La Ciudad de Dios*, aleccionado por la historia, que "nadie es tan antisocial por vicio como el hombre" (109)—, sino también y sobre todo para buscar y proponer sus soluciones. Pues bien, por lo que se refiere a soluciones, no encuentra más que una, la misma que se le presentó en la vigilia de su conversión: Cristo, Redentor del hombre. En torno a esta solución he sentido yo la necesidad de llamar también la atención de los hijos de la Iglesia y de todos los hombres de buena voluntad en mi primera Encíclica, precisamente la "Redemptor hominis", feliz de hacer eco con mi voz a la voz de toda la tradición cristiana.

Entrando en esta problemática, el pensamiento de Agustín, aún continuando fundamentalmente filosófico, se hace cada vez más teológico, y el binomio Cristo y la Iglesia, que había negado primero y después reconocido durante los años de la juventud, empieza a ilustrar la idea más general de Dios y del hombre.

3. Cristo y la Iglesia

Bien se puede afirmar que Cristo y la Iglesia son el fundamento del pensamiento teológico del obispo de Hipona, más aún, podría añadirse, de su misma filosofía, en cuanto echa en cara a los filósofos haber hecho filosofía "sine homine Christo" (110). De Cristo es inseparable la Iglesia. Agustín reconoció en el momento de su conversión y aceptó con alegría y gratitud la ley de la Providencia que puso en Cristo y en la Iglesia "la autoridad más excelsa y la luz de la razón —totum culmen auctoritatis lumenque rationis— con el fin de crear de nuevo y reformar el género humano" (111).

El habló, sin duda alguna, con amplitud y magníficamente en su gran obra sobre *La Trinidad* y en sus discursos sobre el misterio trinitario, trazando el camino a la

104) *Cf. De bono coniugali*, 1, 1: PL 40, 373.

105) *De civ. Dei*, 12, 27: PL 41, 376.

106) *Confess.*, 4, 14, 22: PL 32, 702.

107) *Confess.*, 4, 4, 9: PL 32, 697.

108) Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, *Gaudium et spes*, n. 10; cf. nn. 12-18.

109) *De civ. Dei*, 12, 27: PL 41, 376.

110) *De Trin.*, 13, 19, 24: PL 42, 1034.

111) *Ep.*, 118, 5, 33: PL 33, 448.

teología posterior. Insistió al mismo tiempo en la igualdad y en la distinción de las Personas divinas, ilustrándolas con la doctrina de las relaciones: Dios "es todo lo que tiene, excepto las relaciones, en virtud de las cuales cada persona se refiere a la otra" (112). Desarrolló la teología sobre el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, pero "principaliter" del Padre, porque "de toda la divinidad, o mejor, de la deidad el principio es el Padre" (113); y El ha dado al Hijo el espirar al Espíritu Santo (114), que procede como Amor y por lo tanto no es engendrado (115). Luego, para responder a los "gárrulos racionadores" (116), propuso la explicación "sicológica" de la Trinidad buscando su imagen en la memoria, en la inteligencia y en el amor del hombre, estudiando con ello al mismo tiempo el más augusto misterio de la fe y la más alta naturaleza del creado, cual es el espíritu humano.

Pero hablando de la Trinidad, tiene siempre fija la mirada en Cristo, revelación del Padre, y en la obra de la salvación. Desde que, poco antes de su conversión, entendió bien los términos del misterio del Verbo encarnado (117), no deja en adelante de seguir profundizando en él, resumiendo su pensamiento en fórmulas tan densas y eficaces, que adelantan de algún modo la de Calcedonia. He aquí un texto significativo tomado de una de sus últimas obras: "El cristiano fiel cree y confiesa en Cristo la verdadera naturaleza humana, esto es, la nuestra, pero asumida de manera singular por Dios Verbo, sublimada en el único Hijo de Dios, de suerte que quien asumió y aquello que fue asumido sean una única persona en la Trinidad. . . una sola persona Dios y el hombre. Porque nosotros no decimos que Cristo es sólo Dios. . . y tampoco decimos que Cristo es sólo hombre. . . , como no decimos que es un hombre con algo menos de lo que ciertamente pertenece a la naturaleza humana. . . Por el contrario, nosotros decimos que Cristo es verdadero Dios, nacido del Padre. . . y que El mismo es verdadero hombre, nacido de madre que fue creatura humana. . . y que su humanidad, con la cual es menor que el Padre, no quita nada a su divinidad, con la cual es igual al Padre: dos naturalezas, un solo Cristo" (118). O más brevemente: "Aquel que es hombre, ese mismo es Dios, y aquel que es Dios ese mismo es hombre, no por la confusión de las naturalezas, sino por la unidad de la persona" (119). "una persona en dos naturalezas" (120).

Con esta firme visión de la unidad de la persona en Cristo, "totus Deus et totus homo" (121), Agustín se pasea por el amplio panorama de la teología y de la historia. Si la mirada de águila se fija en Cristo Verbo del Padre, no insiste menos en Cristo como hombre. Más aún, afirma enérgicamente: sin Cristo hombre no hay mediación, ni reconciliación, ni justificación, ni resurrección, ni posibilidad de pertenecer a la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo (122). Sobre estos temas trata una y otra vez y los desarrolla ampliamente, tanto para justificar la fe que había reconquistado a los 32 años, como por las exigencias de la controversia pelagiana.

Cristo, hombre-Dios (123), es el único mediador entre Dios justo e inmortal y los

112) *De civ. Dei*, 11, 10, 1: PL 41, 325.

113) *De Trin.*, 4, 20, 29: PL 42, 908.

114) *Cf. De Trin.*, 15, 17, 29: PL 42, 1081.

115) *Cf. De Trin.*, 15, 27, 50: PL 42, 1097; *ib.*, 1, 5, 8: PL 42, 824-825; 9, 12, 18: PL 42, 970-971.

116) *De Trin.*, 1, 2, 4: PL 42, 822.

117) *Cf. Confess.*, 7, 19, 25: PL 32, 746.

118) *De dono persever.*, 24, 67: PL 45, 1033-1034.

119) *Serm.*, 186, 1, 1: PL 38, 999.

120) *Serm.*, 294, 9: PL 38, 1340.

121) *Serm.*, 293, 7: PL 38, 1332.

122) *Cf. Tractatus in Jo.*, 66, 2: PL 35, 1810-1811.

123) *Cf. Serm.*, 47, 12-20: PL 38, 308-312.

hombres mortales y pecadores, pues es mortal y justo contemporáneamente (124); por lo tanto es la vía universal de la libertad y de la salvación. Fuera de esta vía, que "nunca faltó al género humano, nadie ha sido jamás liberado, nadie es liberado, nadie será liberado" (125).

La mediación de Cristo se realiza en la redención, que no consiste sólo en el ejemplo de justicia, sino sobre todo en el sacrificio de reconciliación que fue absolutamente verdadero (126), libérrimo (127), perfectísimo (128). La redención de Cristo tiene como carácter esencial la universalidad, la cual demuestra la universalidad del pecado. En este sentido Agustín repite e interpreta las palabras de San Pablo: "Si uno murió por todos, luego todos son muertos" (2 Cor 5, 14), muertos a causa del pecado. "Toda la fe cristiana consiste, pues, en la causa de dos hombres" (129), "uno y uno: uno que lleva a la muerte, uno que da la vida" (130). De donde se sigue que "todo hombre es Adán, como en los que creen todo hombre es Cristo" (131).

Negar esta doctrina quería decir para Agustín "desvirtuar la cruz de Cristo" (1 Cor 1, 17). Para que esto no sucediera habló y escribió mucho sobre la universalidad del pecado, incluida la doctrina del pecado original, "que la Iglesia, escribe él, cree desde la antigüedad" (132). De hecho Agustín enseña que "el Señor Jesucristo no se hizo hombre por otro motivo. . . , sino para vivificar, salvar, liberar, redimir e iluminar a quienes antes estaban en la muerte, en la enfermedad, en la esclavitud, en la cárcel, en las tinieblas del pecado. Es lógico que nadie podrá pertenecer a Cristo si no tiene necesidad de estos beneficios de la redención" (133).

Y como único mediador y redentor de los hombres Cristo es Cabeza de la Iglesia, Cristo y la Iglesia son una sola Persona mística, el Cristo total. Con atrevimiento escribe: "Nos hemos convertido en Cristo. Pues si El es la Cabeza, nosotros somos sus miembros; el hombre total somos El y nosotros" (134). Esta doctrina del Cristo total es una de las más queridas del obispo de Hipona y también una de las más fecundas de su teología eclesiológica.

Otra verdad fundamental es la del Espíritu Santo, alma del Cuerpo místico —"lo que es el alma para el cuerpo, eso mismo es el Espíritu Santo para el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia" (135)—, del Espíritu Santo principio de la comunión que une a los fieles entre sí y con la Trinidad. De hecho "el Padre y el Hijo han querido que nosotros entráramos en comunión entre nosotros mismos y con Ellos por medio de Aquel que es común a ambos, y nos han recogido en la unidad mediante el único don que tienen en común, esto es, por medio del Espíritu Santo, Dios y Don de Dios" (136). Por ello escribe en el mismo lugar: "La comunión de la unidad de la Iglesia o la societas unitatis, fuera de la cual no se da perdón de los pecados, es la obra propia del Espíritu Santo, con quien obran conjuntamente el Padre y el Hijo.

124) *Cf. Confess.*, 10, 42, 68: PL 32, 808.

125) *De civ. Dei*, 10, 32, 2: PL 41, 315.

126) *De Trin.*, 4, 13, 17: PL 42, 899.

127) *De Trin.*, 4, 13, 16: PL 42, 898.

128) *De Trin.*, 4, 14, 19: PL 42, 901.

129) *De gratia Christi et de pecc. orig.*, 2, 24, 28: PL 44, 398.

130) *Serm.*, 151, 5: PL 38, 817.

131) *Enarr. in ps.*, 70, d. 2, 1: PL 36, 891.

132) *De nupt. et concup.*, 2, 12, 25: PL 44, 450-451.

133) *De pecc. mer. et rem.*, 1, 26, 39: PL 44, 131.

134) *Tractatus in Jo.*, 21, 8: PL 35, 1568.

135) *Serm.*, 267, 4: PL 38, 1231.

136) *Serm.*, 71, 12, 18: PL 38, 454.

dado que en cierto modo el mismo Espíritu Santo es el elemento unificante y la sociedades que un al Padre y al Hijo" (137).

Mirando a la Iglesia, Cuerpo de Cristo y vivificada por el Espíritu Santo que es el Espíritu de Cristo, Agustín desarrolló en diversas maneras una noción acerca de la cual el reciente Concilio ha tratado con particular interés: la Iglesia comunión (138). Habla de ella de tres modos diversos, pero convergentes: la comunión de los sacramentos o realidad institucional fundada por Cristo sobre el fundamento de los Apóstoles (139), de la cual discute ampliamente en la controversia donatista, defendiendo su unidad, universalidad, apostolicidad y santidad (140), y demostrando que tiene por centro la "Sede de Pedro", "en la que siempre estuvo vigente el primado de la Cátedra Apostólica" (141); la comunión de los santos o realidad espiritual, que une a todos los justos desde Abel hasta la consumación de los siglos (142); la comunión de los bienaventurados o realidad escatológica, que congrega a cuantos han conseguido la salvación, es decir, a la Iglesia "sin mancha ni arruga" (Ef 5, 27) (143).

Otro tema predilecto de la eclesiología agustiniana fue el de la Iglesia Madre y Maestra. Sobre este argumento Agustín escribió páginas profundas y conmovedoras, dado que interesaba de cerca su experiencia de convertido y su doctrina de teólogo. En su camino de vuelta a la fe encontró a la Iglesia no opuesta a Cristo, como le habían hecho creer (144), sino más bien como manifestación de Cristo, "madre altamente verdadera de los cristianos" (145), y depositaria de la verdad revelada (146).

La Iglesia es madre que engendra a los cristianos (147): "Dos nos engendraron para la muerte, dos nos engendraron para la vida. Los padres que nos engendraron para la muerte son Adán y Eva; los padres que nos engendraron para la vida son Cristo y la Iglesia" (148). La Iglesia es madre que sufre por los que se alejan de la justicia, especialmente por quienes laceran su unidad (149); es la paloma que gime y llama para que todos regresen y se cobijen bajo sus alas (150); es la manifestación de la paternidad universal de Dios mediante la caridad, la cual "para los unos es cariñosa, para los otros severa. Para ninguno es enemiga, para todos es madre" (151).

Es madre, pero también, como María, es virgen: madre por el ardor de la caridad, virgen por la integridad de la fe que custodia, defiende y enseña (152). Con esta maternidad virginal está relacionada su misión de maestra, que la Iglesia ejerce obedeciendo a Cristo. Por esto Agustín mira a la Iglesia como depositaria de las Escrituras (153) y proclama que él se siente seguro en ella, cualesquiera que sean las dificultades

137) *Serm.*, 71, 20, 33: PL 38, 463-464.

138) Cf. Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, nn. 13-14; 21, etc.

139) Cf. *De civ. Dei*, 1, 35; 18, 50: PL 41, 46; 612.

140) Cf. p. es. *De unitate Ecclesiae*: PL 43, 391-446.

141) *Ep.*, 43, 7: PL 33, 163.

142) Cf. *De civ. Dei*, 18, 51: PL 41, 613.

143) Cf. *Retract.*, 2, 18: PL 32, 637.

144) Cf. *Confess.*, 6, 11, 18: PL 32, 728-729.

145) *De mor. Eccl. cath.*, 1, 30, 62: PL 32, 1336.

146) Cf. *Confess.*, 7, 7, 11: PL 32, 739.

147) Cf. *Ep.*, 48, 2: PL 33, 188.

148) *Serm.*, 22, 10: PL 38, 154.

149) Cf. p. es. *Psalmus contra partem Donati, epilogus*: PL 43, 31-32.

150) Cf. *Tractatus in Io*, 6, 15: PL 35, 1432.

151) *De catech. rud.*, 15, 23: PL 40, 328.

152) Cf. *Serm.*, 188, 4: PL 38, 1004.

153) Cf. *Confess.*, 7, 7, 11: PL 32, 739.

des que se presenten (154), enseñando insistentemente a los demás a hacer lo mismo. "Así, como he dicho muchas veces y repito insistentemente: seamos lo que seamos nosotros, vosotros estáis seguros: vosotros que tenéis a Dios por Padre y a la Iglesia por Madre" (155). De esta convicción nace su fervorosa exhortación a amar a Dios y a la Iglesia, precisamente a Dios como Padre y a la Iglesia como Madre (156). Tal vez nadie ha hablado de la Iglesia con tanto afecto y con tanta pasión como Agustín. He aquí que acabo de proponeros algunos de sus acentos. Realmente pocos, pero confío en que suficientes para hacer comprender la profundidad y la belleza de una doctrina que nunca se podrá estudiar en demasía, especialmente bajo el punto de vista de la caridad que anima a la Iglesia por efecto de la presencia en ella del Espíritu Santo. "Tenemos el Espíritu Santo", escribe, "si amamos a la Iglesia; y amamos a la Iglesia si permanecemos en su unidad y en su caridad" (157).

4. Libertad y gracia

Sería cosa de nunca acabar el indicar, aunque no fuera más que sumariamente, los diversos aspectos de la teología agustiniana. Otro tema importante, es más, fundamental, relacionado también con su conversión, es el de la libertad y de la gracia. Como he recordado ya, fue en vísperas de su conversión cuando tomó conciencia de la responsabilidad del hombre en sus acciones y de la necesidad de la gracia del único Mediador (158), cuya fuerza experimentó en el momento de la decisión final. Un testimonio elocuente lo constituye el libro VIII de las *confesiones* (159). Las reflexiones personales y las controversias que sostuvo después, especialmente contra los secuaces de los maniqueos y de los pelagianos, le ofrecían la ocasión de estudiar más a fondo los términos del problema, y proponer, aunque con gran modestia dado el carácter misterioso de la cuestión, una síntesis.

Sostuvo siempre que la libertad es un punto fundamental de la antropología cristiana. Lo sostuvo contra sus antiguos correligionarios (160), contra el determinismo de los astrólogos, de quienes él mismo había sido víctima (161), y contra toda forma de fatalismo (162); explicó que la libertad y la presciencia divina no son incompatibles (163), como tampoco lo son la libertad y la ayuda de la gracia divina. "Al libre albedrío no se le suprime porque se le ayude, sino que se le ayuda precisamente porque no se le elimina" (164). Por lo demás, es célebre el principio agustiniano: "Quien te ha creado sin ti, no te justificará sin ti. Así, pues, creó a quien no lo sabía, pero no justifica a quien no lo quiere" (165).

A quien ponía en tela de juicio esta inconciliabilidad o afirmaba lo contrario Agustín le demuestra con una larga serie de textos bíblicos que libertad y gracia pertenecen a la divina Revelación y que hay que defender firmemente ambas verdades (166). Llegar a ver a fondo su conciliación es cuestión sumamente difícil,

154) Cf. *De bapt.*, 3, 2, 2: PL 43, 139-140.

155) *Contra litt. Petil.*, 3, 9, 10: PL 43, 353.

156) Cf. *Enarr. in ps.*, 88, d. 2, 14: PL 37, 1140.

157) *Tractatus in Io*, 32, 8: PL 35, 1646.

158) Cf. *Confess.*, 8, 10, 22: 7, 18, 24: PL 32, 759-745.

159) Cf. p. es. *Confess.*, 8, 9, 21; 8, 12, 29: PL 32, 758-759; 762.

160) Cf. *De libero arb.*, 3, 1, 3: PL 32, 1272; *De duabus animabus*, 10, 14: PL 42, 104-105.

161) Cf. *Confess.*, 4, 3, 4: PL 32, 694-695.

162) Cf. *De civ. Dei*, 5, 8: PL 41, 148.

163) Cf. *De libero arb.*, 3, 4, 10-11: PL 32, 1276; *De civ. Dei*, 5, 9, 1-4: PL 41, 148-152.

164) *Ep.*, 157, 2, 10: PL 33, 677.

165) *Serm.*, 169, 11, 13: PL 38, 923.

166) Cf. *De gratia et lib. arb.*, 2, 2-11, 23: PL 44, 882-895.

que pocos llegan a comprender (167) y que puede incluso crear angustia para muchos (168), porque al defender la libertad se puede dar la impresión de negar la gracia, y viceversa (169). Pero es preciso creer en su conciliabilidad como en la conciliabilidad de dos prerrogativas esenciales de Cristo, de las que una y otra dependen respectivamente. Efectivamente, Cristo es al mismo tiempo salvador y juez. Pues bien, "¿si no existe la gracia, ¿cómo salva al mundo? Y si no existe el libre albedrío, ¿cómo juzga al mundo?" (170).

Por otro lado, Agustín insiste en la necesidad de la gracia, que es al mismo tiempo necesidad de la oración. A quien decía que Dios no manda cosas imposibles y que por lo tanto no es necesaria la gracia, le respondía: sí, es verdad, "Dios no manda cosas imposibles, pero como mandato te advierte que hagas lo que puedas y que pidas lo que no puedas" (171), y ayuda al hombre para que pueda, El que "no abandona a nadie si no se le abandona a El" (172).

La doctrina sobre la necesidad de la gracia se convierte en la doctrina sobre la necesidad de la oración, en la que tanto insiste Agustín (173), porque, como escribe él, "es cierto que Dios ha preparado algunos dones incluso para quien no los pide, como, por ejemplo, el comienzo de la fe, pero otros sólo para quien los implora como la perseverancia final" (174).

Por lo tanto, la gracia es necesaria para apartar los obstáculos que impiden a la voluntad huir del mal y realizar el bien. Estos obstáculos son dos. "La ignorancia y la flaqueza" (175), sobre todo la segunda, "porque incluso cuando comienza a aparecer claro lo que hay que hacer... no se actúa, no se realiza, no se vive bien" (176). Por eso la gracia adyuvante es sobre todo "la inspiración de la caridad, en virtud de la cual hacemos con santo amor lo que conocemos que tenemos que hacer" (177).

Ignorancia y flaqueza son dos obstáculos que es preciso superar para poder respirar la libertad. No será inútil recordar que la defensa de la necesidad de la gracia para Agustín es la defensa de la libertad cristiana. Tomando como punto de partida las palabras de Cristo: *Si el Hijo os libera, entonces seréis verdaderamente libres* (Jn 8, 36), Agustín se hizo defensor y cantor de aquella libertad que es inseparable de la verdad y del amor. Verdad, amor, libertad, he aquí los tres grandes bienes que apasionaron el alma de Agustín y estimularon su genio. Sobre ellos derramó él mucha luz de comprensibilidad.

Deteniéndonos un momento sobre este último bien —el de la libertad— es el caso de advertir que él describe y exalta la libertad cristiana en todas sus formas. Estas van desde la libertad con respecto al error —porque, por el contrario, la libertad del error es "la peor muerte del alma" (178)— mediante el don de la fe, que somete el alma a la verdad (179), hasta la libertad última e indefectible, la mayor, que consiste en no poder morir y en no poder pecar, esto es, en la inmortalidad y la justi-

cia plena (180). Entre estas dos, que indican el comienzo y el término de la salvación, explica y proclama todas las demás: la libertad con respecto al pecado como obra de la justificación; la libertad del dominio de las pasiones desordenadas, obra de la gracia que ilumina la inteligencia y da a la voluntad la fuerza necesaria para hacerla invencible al mal, como él mismo experimentó en su conversión, cuando se vio libre de la esclavitud (181); la libertad con relación al tiempo, que devoramos y que a su vez nos devora (182), en cuanto el amor nos permite vivir asidos a la eternidad (183).

Acerca de la justificación, cuyas inefables riquezas expone —la vida divina de la gracia (184), la inhabitación del Espíritu Santo (185), la "deificación" (186)—, él hace una distinción importante entre la remisión de los pecados, que es plena y total, plena y perfecta, y la renovación interior, que es progresiva y sólo será plena y total después de la resurrección, cuando todo el hombre participará de la inmutabilidad divina (187).

En cuanto a la gracia que fortifica la voluntad insiste diciendo que obra por medio del amor y que por lo tanto hace invencible la voluntad contra el mal sin quitarle la posibilidad de no querer. Al tratar de las palabras de Jesús en el Evangelio de Juan: *Nadie viene a mí si el Padre no lo atrae* (Jn 6, 44), comenta él: "No creas que vas a ser atraído contra tu voluntad: al alma le atrae también el amor" (188). Pero el amor, observa él también, obra con "liberal suavidad" (189); por eso "observa la ley libremente quien la cumple con amor" (190): "La ley de la caridad es ley de libertad" (191).

No es menos insistente la enseñanza de Agustín a propósito de la libertad del tiempo, libertad que Cristo, Verbo eterno, ha venido a traernos entrando en el mundo con la Encarnación: "Oh Verbo, exclama Agustín, que existes antes de los tiempos, por medio del cual los tiempos fueron hechos, nacido Tú también en el tiempo no obstante que eras la vida eterna: Tú llamas a la existencia a los seres temporales y los haces eternos" (192). Es sabido que nuestro Doctor escudriñó mucho el misterio del tiempo (193) y sintió y repitió la necesidad que tenemos de transcender el tiempo para ser de verdad. "Si también tú quieres ser, transciende el tiempo. Pero, ¿quién puede transcender el tiempo con sus solas fuerzas? Que nos eleve a lo alto Aquel que dijo al Padre: *Quiero que donde yo estoy, allí estén también ellos conmigo* (Jn 17, 24)" (194).

La libertad cristiana, de la que no he hecho sino una breve alusión, la estudia él en la Iglesia, la Ciudad de Dios, que muestra sus efectos y, sostenida por la gracia divina y por cuanto de ella depende, los participa a todos los hombres. En efecto, está fundada sobre el amor "social", que abraza a todos los hombres y quiere

167) Cf. *Ep.*, 214, 6: PL 33, 970.

168) Cf. *De pecc. mer. et rem.*, 2, 18, 28: PL 44, 124-125.

169) Cf. *De gratia Christi et de pecc. orig.*, 47, 52: PL 44, 383-384.

170) *Ep.*, 214, 2: PL 33, 969.

171) *De natura et gratia*, 43, 50: PL 44, 271; cf. Conc. Trid., DS.

172) *De natura et gratia*, 26, 29: PL 44, 261.

173) Cf. *Ep.*, 130: PL 33, 494-507.

174) *De dono perserv.*, 16, 39: PL 45, 1017.

175) *De pecc. mer. et rem.*, 2, 17, 26: PL 44, 167.

176) *De spiritu et littera*, 3, 5: PL 44, 203.

177) *Contra duas opp. Pel.*, 4, 5, 11: PL 44, 617.

178) *Ep.*, 105, 2, 10: PL 33, 400.

179) Cf. *De libero arb.*, 2, 13, 37: PL 32, 1261.

180) *De corrept. et gratia*, 12, 33: PL 44, 936.

181) Cf. *Confess.*, 8, 5, 10; 8, 9, 21: PL 32, 753; 758-759.

182) Cf. *Confess.*, 9, 4, 10: PL 32, 768.

183) Cf. *De vera relig.*, 10, 19: PL 34, 131.

184) Cf. *Enarr. in ps.*, 70, d. 2, 3: PL 36, 893.

185) Cf. *Ep.*, 187: PL 33, 832-848.

186) *Enarr. in ps.*, 49, 2: PL 36, 565.

187) Cf. *De Pecc. mer. et rem.*, 2, 7, 9: PL 44, 156-157; *Serm.*, 166, 4: PL 38, 909.

188) *Tractatus in Jo.*, 26, 25: PL 35, 1607-1609.

189) *Contra Julianum*, 3, 112: PL 45, 1296.

190) *De gratia Christi et de pecc. orig.*, 1, 13, 14: PL 44, 368.

191) *Ep.*, 167, 6, 19: PL 33, 740.

192) *Enarr. in ps.*, 101, d. 2, 10: PL 37, 1311-1312.

193) Cf. *Confess.*, lib. 11o.: PL 32, 809-826.

194) *Tractatus in Jo.*, 38, 10: PL 35, 1680.

unirlos en la justicia y en la paz; al contrario de la ciudad de los inicuos, que divide y enfrenta unos contra otros porque está fundada sobre el amor "privado" (195).

Vale la pena recordar aquí algunas de las definiciones de la paz que acuñó Agustín según las realidades a las que se aplique. Partiendo de la noción de que "la paz de los hombres es la concordia ordenada", define la paz de la casa como "la concordia ordenada de los habitantes en mandar y en obedecer"; igualmente la paz de la ciudad. Después continúa: "La paz de la ciudad celeste es la ordenadísima y concordísima sociedad de los que gozan de Dios y de los unos y los otros en Dios". Luego da la definición de la paz de todas las cosas, que es la tranquilidad del orden. Y así define el orden mismo, que no es otra cosa que "la disposición de realidades iguales y desiguales, que da a cada cual su propio puesto" (196).

Por esta paz obra y por esta paz "suspira el Pueblo de Dios durante su peregrinación desde el comienzo del viaje hasta el regreso" (197).

5. La caridad y las ascensiones del espíritu

Esta breve síntesis de las enseñanzas agustinianas quedaría gravemente incompleta si no se hablase algo de la doctrina espiritual, estrechamente unida a la doctrina filosófica y teológica, y no menos rica que una y otra. Hay que volver una vez más al tema de la conversión, con el cual empecé. Fue entonces cuando decidió dedicarse por completo al ideal de la perfección cristiana. A este propósito se mantuvo siempre fiel; y no sólo eso, sino que se comprometió con todas sus fuerzas a enseñar el camino a otros. Lo hizo inspirándose en su experiencia personal y en la Sagrada Escritura, que es para todos el primer alimento de la piedad.

Fue un hombre de oración; es más, se podría decir: un hombre hecho de oración —baste recordar las célebres *Confesiones*, escritas en forma de carta dirigida a Dios— y repitió a todos con increíble perseverancia la necesidad de la oración: "Dios hadispuerto que combatamos más con la plegaria que con nuestras fuerzas" (198); describe su naturaleza, tan sencilla por una parte, pero tan compleja por otra (199); la interioridad, en base a la cual identificó la plegaria con el deseo: "Tu mismo deseo es tu oración; y el deseo continuo es una oración continua" (200); el valor social: "Oremos por quienes no han sido llamados, escribe él, a fin de que lo sean: tal vez han sido predestinados de forma que sean concedidos a nuestras oraciones" (201); la inserción insustituible en Cristo, "que reza por nosotros, reza en nosotros, y a quien nosotros rezamos; reza por nosotros como nuestro sacerdote, reza en nosotros como nuestro jefe, y nosotros le rezamos a El como a nuestro Dios: reconozcamos, por lo tanto, en El nuestra voz y en nosotros la suya" (202).

Con progresiva diligencia fue subiendo los peldaños de las ascensiones interiores y describió su programa para todos: un programa amplio y articulado, que

195) *De Gen. ad litt.*, 11, 15, 20: PL 34, 437.

196) *De civ. Dei*, 19, 13: PL 41, 840.

197) *Confess.*, 9, 13, 37: PL 32, 780.

198) *Contra Iulianum*, 6, 15: PL 45, 1535.

199) Cf. *De serm. Domini in monte*, 2, 5, 14: PL 34, 1236.

200) *Enarr. in ps.*, 37, 14: PL 36, 404.

201) *De dono perserv.*, 22, 60: PL 45, 1029.

202) *Enarr. in ps.*, 85, 1: PL 37, 1081.

comprende el movimiento del alma hacia la contemplación —purificación, constancia y serenidad, orientación hacia la luz, morada en luz (203)—, los peldaños de la caridad —incipiente, adelantada, intensa, perfecta (204)—, los dones del Espíritu Santo relacionados con las bienaventuranzas (205), las peticiones del *Padre nuestro* (206) y los ejemplos de Cristo (207).

Si las bienaventuranzas evangélicas constituyen el clima sobrenatural en el que debe vivir el cristiano, los dones del Espíritu Santo dan el toque sobrenatural de la gracia, que hace posible ese clima. Las peticiones del *Padre nuestro*, o, en general, la plegaria, que toda ella se reduce a esas peticiones, como alimento necesario; el ejemplo de Cristo, el modelo que hay que imitar; la caridad, por su parte, constituye el alma de todo, el centro de irradiación, el resorte secreto del organismo espiritual. Fue mérito no pequeño del obispo de Hipona el haber vuelto a conducir toda la doctrina y toda la vida cristiana a la caridad, entendida como "Adhesión a la verdad para vivir en la justicia" (208).

Así lo hace, en efecto, con la Escritura, que, toda ella, "narra Cristo y recomienda la caridad" (209), la teología, que en ella encuentra su fin (210), la filosofía (211), la pedagogía (212) y hasta la política (213). En la caridad cifró él la esencia y la medida de la perfección cristiana (214), el primer don del Espíritu Santo (215), la realidad con la que nadie puede ser malo (216), el bien con el cual se poseen todos los bienes y sin el cual todos los otros bienes no sirven para nada. "Ten la caridad y lo tendrás todo, porque sin ella todo lo que puedas tener no valdrá para nada" (217).

De la caridad puso de relieve todas sus inagotables riquezas: hace fácil lo que es difícil (218), mueve lo que es habitual (219), hace insuprimible el movimiento hacia el Sumo Bien, porque aquí en la tierra la caridad nunca es completa (220), libra de todo interés que no sea Dios (221), es inseparable de la humildad —"donde hay humildad, allí está la caridad" (222)—, es la esencia de toda virtud —de hecho, la virtud no es más que amor ordenado (223)—, don de Dios. Punto crucial este último, que distingue y separa la concepción naturalista y la concepción cristiana de la vida. "¿De dónde procede en los hombres la caridad de Dios y del prójimo sino de Dios mismo? Porque si ella no procede de Dios sino de los hombres, los pelagia-

203) Cf. *De quantitate animae*, 33, 73-76: PL 32, 1075-1077.

204) Cf. *De natura et gratia*, 70, 84: PL 44, 290.

205) Cf. *De serm. Domini in monte*, 1, 1, 3-4: PL 34, 1231-1232; *De doctr. Christ.*, 2, 7, 9-11: PL 34, 39-40.

206) Cf. *De serm. Domini in monte*, 2, 11, 38: PL 34, 1286.

207) Cf. *De Sancta virginitate*, 28, 28: PL 40, 411.

208) *De Trin.*, 8, 7, 10: PL 42, 956.

209) *De catech. rudibus*, 4, 8: PL 40, 315.

210) Cf. *De Trin.*, 14, 10, 13: PL 42, 1047.

211) Cf. *Ep.*, 137, 5, 17: PL 38, 524.

212) Cf. *De catech. rudibus*, 12, 17: PL 40, 323.

213) Cf. *Ep.*, 137, 5, 17; 138, 2, 15: PL 38, 524; 531-532.

214) Cf. *De natura et gratia*, 70, 84: PL 44, 290.

215) Cf. *Tractatus in Jo.*, 87, 1: PL 35, 1852.

216) Cf. *Tractatus in ep. Jo.*, 7, 8, 10, 7: PL 35, 1441; 1470-1471.

217) *Tractatus in Jo.*, 32, 8: PL 35, 1646.

218) Cf. *De bono viduitatis*, 21, 26: PL 40, 447.

219) Cf. *De catech. rudibus*, 12, 17: PL 40, 323.

220) Cf. *Serm.*, 169, 18: PL 38, 926; *De perf. iust. hom.*: PL 44, 291-318.

221) Cf. *Enarr. in ps.*, 53, 10: PL 36, 666-667.

222) *Tractatus in ep. Jo. prol.*: PL 35, 1977.

223) Cf. *De civ. Dei*, 15, 22: PL 41, 467.

nos tendrían razón; si, por el contrario, procede de Dios, nosotros hemos vencido a los pelagianos" (224).

De la caridad nacia en Agustín el ansia de la contemplación de las cosas divinas, que es propia de la sabiduría (225). De las formas más altas de contemplación tuvo experiencia más de una vez, no sólo en aquella célebre visión de Ostia (226), sino también otras veces. De sí mismo dice: "con frecuencia hago esto —es decir, recurre a la meditación de la Escritura para que no le opriman sus graves ocupaciones—, es mi alegría, y en esta satisfacción me refugio siempre que logro verme libre del cerco de las ocupaciones... A veces me introduces en un sendero interior del todo desconocido e indefinidamente dulce que, cuando llegue a alcanzar en mí su plenitud, no sé decir cuál va a ser; ciertamente no será esta vida" (227). Si se suman estas experiencias a la penetración teológica y psicológica de Agustín y a su rara capacidad como escritor, se comprende cómo pudo describir con tanta precisión las ascensiones místicas, hasta el punto de que alguien haya podido llamarlo príncipe de los místicos.

No obstante el amor predominante de la contemplación, Agustín aceptó la "carga" del Episcopado y enseñó a los demás a hacer lo mismo, respondiendo así con humildad a la llamada de la Iglesia Madre (228), pero enseñó también con el ejemplo y los escritos cómo conservar, en medio de las ocupaciones de la actividad pastoral, el gusto por la oración y por la contemplación. Vale la pena citar la síntesis —ya clásica— que nos ofrece en *La Ciudad de Dios*. "El amor de la verdad busca el descanso de la contemplación, el deber del amor acepta la actividad del apostolado. Si nadie nos impone este peso, hay que dedicarse a la búsqueda y a la contemplación de la verdad; pero si nos lo imponen, hay que asumirlo por deber de caridad. Pero aun en este caso no se deben abandonar los consuelos de la verdad, para que no suceda que, privados de esta dulzura, nos veamos aplastados por aquella necesidad" (229). La profunda doctrina expuesta en estas palabras merece una larga y atenta reflexión. Resulta más fácil y eficaz si se mira al mismo Agustín, que dio espléndido ejemplo de cómo conciliar ambos aspectos, aparentemente contrarios, de la vida cristiana: oración y acción.

III. EL PASTOR

No será inoportuno dedicar un recuerdo a la acción pastoral de este obispo a quien nadie encontrará dificultad de catalogar entre los más grandes Pastores de la Iglesia. También esta acción tuvo origen en su conversión, pues de ella nació el propósito de servir a Dios solamente. "Ya no amo más que a Ti... y a Ti solo quiero servir..." (230). Cuando después se dio cuenta de que este servicio debía extenderse a la acción pastoral, no duda en aceptarla; con humildad, con temor, con pena, pero la acepta por obedecer a Dios y a la Iglesia (231).

Tres fueron los campos de esta acción, campos que se fueron ampliando como tres círculos concéntricos: la Iglesia local de Hipona, no grande pero inque-

224) *De gratia et lib. Arb.*, 18, 37: PL 44, 903-904.

225) Cf. *De Trin.*, 12, 15, 25: PL 42, 1012.

226) Cf. *Confess.*, 9, 10, 24: PL 32, 774.

227) *Confess.*, 10, 40, 65: PL 32, 807.

228) Cf. *Ep.*, 48, 1: PL 33, 188.

229) *De civ. Dei*, 19, 19: PL 41, 647.

230) *Solit.*, 1, 1, 5: PL 32, 872.

231) Cf. *Serm.*, 335, 2: PL 39, 1569.

ta y necesitada; la Iglesia africana, miserablemente dividida entre católicos y donatistas; la Iglesia universal, combatida por el paganismo y por el maniqueísmo, y agitadas por movimientos heréticos.

El se sintió en todo siervo de la Iglesia —"siervo de los siervos de Cristo" (232), sacando de este presupuesto todas las consecuencias, incluso las más atrevidas, como la de exponer su vida por los fieles (233). Efectivamente, pedía al Señor poder amarles hasta el punto de estar dispuesto a morir por ellos, "o en la realidad o en la disposición" (234). Estaba convencido de que quién, puesto al frente del pueblo, no tuviera esta disposición, más que obispo se parecía "al espartapájaros que está en la viña" (235). No quiere verse salvo sin sus fieles (236) y está preparado a cualquier sacrificio con tal de poder llevar de nuevo a los descarriados al camino de la verdad (237). En un momento de extremo peligro a causa de la invasión de los Vándalos, enseña a los sacerdotes a permanecer en medio de sus fieles, incluso con peligro de la propia vida (238). Con otras palabras, quiere que obispos y sacerdotes sirvan a los fieles como Cristo les sirvió. "¿En qué sentido es servidor quien preside? En el mismo sentido en que fue siervo el Señor" (239). Este fue su programa.

En su diócesis, de la que no se alejó nunca sino por necesidad (240), fue asiduo en la predicación —predicaba el sábado y el domingo y con frecuencia durante toda la semana (241)—, en la catequesis (242), en la "audientia episcopi", a veces durante toda la jornada, olvidándose hasta de comer (243), en el cuidado por los pobres (244), en la formación del clero (245), en la guía de los monjes, muchos de los cuales fueron llamados al sacerdocio y al episcopado (246), y de los monasterios de las "sanctimoniales" (247). Al morir "dejó a la Iglesia un clero muy numeroso, así como también monasterios de hombres y de mujeres repletos de personas consagradas a la continencia bajo la obediencia de sus superiores, además de bibliotecas..." (248).

Trabajó igualmente sin descanso en favor de la Iglesia africana: se prestó a la predicación donde quiera que le llamaran (249), estuvo presente en los numerosos Concilios regionales, no obstante las dificultades del viaje, se dedicó con inteligencia, asiduidad y pasión a terminar con el cisma donatista que dividía en dos a aquella Iglesia. Fue ésta su gran tarea, pero también, en vista del éxito obtenido, su gran mérito. Ilustró con numerosas obras la historia y la doctrina del donatismo.

232) *Ep.*, 217: PL 33, 978.

233) Cf. *Ep.*, 91, 10: PL 33, 317-318.

234) *Miscellanea Ag.*, I, 404.

235) *Miscellanea Ag.*, I, 568.

236) Cf. *Serm.*, 17, 2: PL 38, 125.

237) Cf. *Serm.*, 46, 7, 14: PL 38, 278.

238) Cf. *Ep.*, 128, 3: PL 33, 489.

239) *Miscellanea Ag.*, I, 565.

240) Cf. *Ep.*, 122, 1: PL 33, 470.

241) Cf. *Miscellanea Ag.*, I, 353; *Tractatus in Io.*, 19, 22: PL 35, 1543-1582.

242) Cf. *De catech. rudibus*: PL 40, 309 s.

243) Cf. Posidio, *Vita S. Augustini*, 19, 2-5: PL 32, 57.

244) Cf. Posidio, *ib.*, 24, 14-25: PL 32, 53-54; *Serm.*, 25, 8: PL 38, 170; *Ep.*, 122, 2: PL 33 471-472.

245) Cf. *Serm.*, 335, 2: PL 39, 1569-1570; *Ep.*, 65: PL 33, 234-235.

246) Cf. Posidio, *Vita S. Augustini*, 11, 1: PL 32, 42.

247) Cf. *Ep.*, 211, 1-4: PL 33, 958-965.

248) Posidio, *Vita S. Augustini*, 31, 8: PL 32, 64.

249) Cf. *Retract.*, prol., 2: PL 32, 584.

propuso la doctrina católica sobre la naturaleza de los sacramentos y de la Iglesia, promovió una conferencia ecuménica entre obispos católicos y donatistas, la animó con su presencia, propuso y obtuvo que se eliminaran todos los obstáculos que se oponían a la reunificación, incluido el de la eventual renuncia de los obispos donatistas al episcopado (250), divulgó las conclusiones de dicha conferencia (251) y preparó para un éxito definitivo el proceso de pacificación (252). Perseguido a muerte, una vez salió indemne de las manos de los "circumceliones" donatistas porque el guía equivocó de camino (255).

Para la Iglesia universal compuso muchas obras, escribió numerosas cartas, y en favor de la misma sostuvo innumerables controversias. Los maniqueos, los pelagianos, los arrianos y los paganos fueron el objeto de su preocupación pastoral en defensa de la fe católica. Trabajó infatigablemente de día y de noche (254). En los últimos años de su vida todavía dictaba de noche una obra y, cuando estaba libre, otra de día (255). Al morir, a los 76 años, dejó incompletas tres. Son ellas el testimonio más elocuente de su continua laboriosidad y de su insuperable amor a la Iglesia.

IV. AGUSTÍN A LOS HOMBRES DE HOY

A este hombre extraordinario queremos preguntarle, antes de terminar, qué tiene que decir a los hombres de hoy. Pienso que tenga realmente mucho que decir, tanto con su ejemplo como con sus enseñanzas.

A quien busca la verdad le enseña que no pierda la esperanza de encontrarla. Lo enseña con su ejemplo —él la encontró después de muchos años de laboriosa búsqueda— y con su actividad literaria, cuyo programa fija en la primera carta que escribió después de su conversión. "A mí me parece que hay que conducir de nuevo a los hombres... a la esperanza de encontrar la verdad" (256). Y así, enseña a buscarla "con humildad, desinterés y diligencia" (257), a superar: el escepticismo mediante el retorno a sí mismo, donde habita la verdad (258); el materialismo, que impide a la mente percibir su unión indisoluble con las realidades inteligibles (259); el racionalismo, que, al rechazar la colaboración de la fe, se pone en condición de no entender el "misterio" del hombre (260).

A los teólogos, que justamente se afanan por comprender mejor el contenido de la fe, deja Agustín el patrimonio inmenso de su pensamiento, siempre válido en su conjunto, y especialmente el método teológico al que se mantuvo firmemente fiel. Sabemos que este método suponía la adhesión plena a la autoridad de la fe, una en su origen —la autoridad de Cristo (261)—, se manifiesta a través de la Escritura, la Tradición y la Iglesia; el ardiente deseo de comprender la propia fe —"aspira mucho

a comprender" (262), dice a los demás y se aplica a sí mismo (263)—; el sentido profundo del misterio —"es mejor la ignorancia fiel", exclama Agustín, "que la ciencia temeraria" (264)—; la seguridad convencida de que la doctrina cristiana viene de Dios y tiene por lo mismo una propia originalidad que no sólo hay que conservar en su integridad —es ésta la "virginidad" de la fe, de la que él hablaba—, sino que debe servir también como medida para juzgar filosofías conformes o contrarias a ella (265).

Se sabe cuánto amaba Agustín la Escritura, cuyo origen divino exalta (266); así como también su inerrancia (267), su profundidad y riqueza inagotable (268), y cuánto la estudiaba. Pero él estudia y quiere que se estudie toda la Escritura, que se ponga de relieve su verdadero pensamiento o, como él dice, su "corazón" (269), poniéndola, cuando sea preciso, de acuerdo consigo misma (270). A estos dos presupuestos los considera leyes fundamentales para entenderla. Por esto la lee en la Iglesia, teniendo en cuenta la Tradición, cuyas propiedades (271) y fuerza obligatoria (272) pone de relieve. Es célebre su expresión: "Yo no creería en el Evangelio si no me indujera a ello la autoridad de la Iglesia católica" (273).

En las controversias que nacen en torno a la interpretación de la Escritura recomienda que se discuta "con santa humildad, con paz católica, con caridad cristiana" (274), "hasta que la verdad salga a flote, verdad que Dios ha puesto en la cátedra de la unidad" (275). Entonces se podrá constatar cómo la controversia no surgió inútilmente, puesto que se ha convertido en "ocasión de aprender" (276), ocasionando un progreso en la inteligencia de la fe.

Hablando un poco más a propósito sobre las enseñanzas de Agustín a los hombres de hoy, a los pensadores les recuerda el doble objeto de toda investigación que debe ocupar la mente humana: Dios y el hombre. "¿Qué quieres conocer?", se pregunta a sí mismo. Y responde: "Dios y el hombre". "¿Nada más? Absolutamente nada más" (277). Frente al triste espectáculo del mal, recuerda los pensadores además que tengan fe en el triunfo final del bien, esto es, de aquella Ciudad "donde la victoria es verdad, la dignidad santidad, la paz felicidad y la vida eternidad" (278).

A los hombres de ciencia les invita también a reconocer en las cosas creadas las huellas de Dios (279) y a descubrir en la armonía del universo las "razones semi-

250) Cf. *Ep.*, 128, 3: PL 33, 489; *De gestis cum Emerito*, 7: PL 43, 702-703.

251) Cf. *Post collationem contra Donatistas*: PL 43, 651-690.

252) Cf. *Posidio*, Vita S. Augustini, 9-14: PL 32, 40-45.

253) Cf. *Posidio*, ib., 12, 1-2: PL 32, 43.

254) Cf. *Posidio*, ib., 24, 11: "... in die laborans et in nocte lucubrans": PL 32, 54.

255) Cf. *Ep.*, 224, 2: PL 33, 1001-1002.

256) *Ep.*, 1, 1: PL 33, 61.

257) *De quantitate animae*, 14, 24: PL 32, 1049; cf. *De vera relig.*, 10, 20: PL 34, 131.

258) Cf. *De vera relig.*, 39, 72: PL 34, 154.

259) Cf. *Retract.*, 1, 8, 2: PL 32, 594; 1, 4, 4: PL 32, 590.

260) Cf. *Ep.*, 118, 5, 33: PL 33, 448.

261) Cf. *Contra Acad.*, 3, 20, 43: PL 32, 957.

262) *Ep.*, 120, 3, 13: PL 33, 458.

263) Cf. *De Trin.*, 1, 5, 8: PL 42, 825.

264) *Serm.*, 27, 4: PL 38, 179.

265) Cf. *De doctrina Christ.*, 2, 40, 60: PL 34, 55; *De civ. Dei*, 8, 9: PL 41, 233.

266) Cf. *Enarr. in ps.*, 90, d. 2, 1: PL 37, 1159-1160.

267) Cf. *Ep.*, 28, 3, 3: PL 33, 112; 82, 1, 3: PL 33, 277.

268) Cf. *Ep.*, 137, 1, 3: PL 33, 516.

269) *De doctrina Christ.*, 4, 5, 7: PL 34, 91-92.

270) Cf. *De perf. iust. hom.*, 17, 38: PL 44, 311-312.

271) Cf. *De baptismo*, 4, 24, 31: PL 43, 174-175.

272) Cf. *Contra Iulianum*, 6, 6-11: PL 45, 1510-1521.

273) *Contra ep. Man.*, 5, 6: PL 42, 176; cf. *C. Faustum*, 28, 2: PL 42, 485-486.

274) *De baptismo*, 2, 3, 4: PL 43, 129.

275) *Ep.*, 105, 16: PL 33, 403.

276) *De civ. Dei*, 16, 2, 1: PL 41, 477.

277) *Solil.*, 1, 2, 7: PL 32, 872.

278) *De civ. Dei*, 2, 29, 2: PL 41, 78.

279) Cf. *De diversis quaestionibus*, 83, q. 46, 2: PL 40, 29-31.

nales" que Dios ha depositado en ellas (280). Finalmente, a los hombres que tienen en sus manos los destinos de los pueblos les recomienda que amen sobre todo la paz (281) y que la promuevan no con la lucha, sino con los métodos pacíficos, porque, escribe él sabiamente, "es título de gloria más grande matar la guerra con la palabra que los hombres con la espada, y procurar más bien mantener la paz con la paz, no con la guerra" (282).

Para terminar, voy a dedicar una palabra a los jóvenes, a quienes Agustín amó mucho como profesor antes de su conversión (283), y como Pastor, después (284). El les recuerda su gran trimonio: verdad, amor, libertad; tres bienes supremos que se dan juntos. Y les invita a amar la belleza, él que fue un gran enamorado de ella (285). No sólo la belleza de los cuerpos, que podría hacer olvidar la del espíritu (286), ni sólo la belleza del arte (287), sino la belleza interior de la virtud (288), y sobre todo la belleza eterna de Dios, de la que provienen la belleza de los cuerpos, del arte y de la virtud. De Dios, que es "la belleza de toda belleza" (289), "fundamento, principio y ordenador del bien y de la belleza de todos los seres que son buenos y bellos" (290). Agustín, recordando los años anteriores a su conversión, se lamenta amargamente de haber amado tarde esta "belleza tan antigua y tan nueva" (291), y quiere que los jóvenes no le sigan en esto, sino que, amándola siempre y por encima de todo, conserven perpetuamente en ella el esplendor interior de su juventud (292).

V. CONCLUSION

He recordado la conversión y he trazado rápidamente un panorama del pensamiento de un hombre incomparable, de quien todos en la Iglesia y en Occidente nos sentimos de alguna manera discípulos e hijos. Una vez más manifiesto el vivo deseo de que se estudie y sea ampliamente conocida su doctrina y de que se imite su celo pastoral, para que el magisterio de tan gran Doctor y Pastor continúen en la Iglesia y en el mundo en beneficio de la cultura y de la fe.

El XVI centenario de la conversión de San Agustín brinda una ocasión muy propicia para incrementar los estudios y para difundir la devoción a él. A tal fin y compromiso exhorto especialmente a las Ordenes religiosas —masculinas y femeninas— que llevan su nombre, viven bajo su patrocinio o de cualquier modo siguen su regla y le llaman padre. Que todos ellos aprovechen esta ocasión para revivir y hacer revivir más intensamente sus ideales.

Con ánimo agradecido y con los mejores augurios de bien estaré presente en las

280) Cf. *De Gen. ad litt.*, 5, 23, 44-45; 6, 6, 17-6, 12, 20: PL 34, 337-338; 346-347.

281) Cf. *Ep.*, 189, 6: PL 33, 856.

282) *Ep.*, 229, 2: PL 33, 1020.

283) Cf. *Confess.*, 6, 7, 11-12: PL 32, 725; *De ordine*, 1, 10, 30: PL 32, 991.

284) Cf. *Ep.*, 26: 118, 243; 266: PL 33, 103-107; 431-449; 1054-1059; 1089-1091.

285) Cf. *Confess.*, 4, 13, 20: PL 32, 701.

286) Cf. *Confess.*, 10, 8, 15: PL 32, 785-786.

287) Cf. *Confess.*, 10, 34, 53: PL 32, 801.

288) Cf. *Ep.*, 120, 4, 20: PL 33, 462.

289) *Confess.*, 3, 6, 10: PL 32, 687.

290) *Solil.*, 1, 1, 3: PL 32, 870.

291) *Confess.*, 10, 27, 38: PL 32, 795.

292) Cf. *Ep.*, 120, 4, 20: PL 33, 462.

diversas iniciativas y celebraciones que con este motivo se organicen por todas partes. Para cada una de ellas invoco de corazón la protección celestial y el auxilio eficaz de la Virgen María, a la que el obispo de Hipona exaltó como Madre de la Iglesia (293). Sea prenda de ello mi bendición apostólica, que me es grato impartir mediante esta Carta.

Roma, junto a San Pedro, 28 de agosto de 1986, fiesta de San Agustín, Obispo y Doctor de la Iglesia, año VIII de mi pontificado.

Joannes Paulus p. II

293) Cf. *De sancta virginitate*, 6, 6: PL 40, 339.

SALUDO A COLOMBIA AL INICIO DE SU VISITA APOSTOLICA

DISCURSO DE LLEGADA BOGOTÁ AEROPUERTO INTERNACIONAL "EL DORADO" (01-07-1986)

Señor Presidente,
Amados Hermanos en el Episcopado,
Autoridades,
queridos hermanos y hermanas:

1. ¡Alabado sea Jesucristo!

Vengo a vuestro noble País, amado pueblo de Colombia, como Mensajero de Evangelización que enarbola la cruz de Cristo, deseando que su silueta salvadora se proyecte sobre todas las latitudes de esta tierra bendita.

Acabo de besar el suelo como signo de consideración al País y como señal de afecto a todos y cada uno de sus habitantes. Es un gesto de adoración al Creador (cf. *Salmo* 93/94), de respeto, lleno de admiración, hacia el mundo creado por Dios (cf. *Salmo* 8, 4), quien en estas regiones ha sido tan pródigo en derramar sus dones; es además, una *expresión de simpatía* hacia todos los amados colombianos, a quienes desde el momento de mi llegada quiero abrazar, con este "ósculo santo" (cf. *1 Tes* 5, 26), en Cristo Jesús.

Esta tierra privilegiada acogió con cariño filial, hace ahora 18 años a mi predecesor de inolvidable memoria, Pablo VI, quien el 23 de agosto de 1968 llegó a esta ciudad de Bogotá, para presidir las celebraciones del trigésimo noveno Congreso Eucarístico internacional e inaugurar aquí la segunda

Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Vosotros evocáis ahora sin duda, con gratitud y alegría aquel gran acontecimiento eclesial, que fue el primer encuentro del Vaticano II con este pueblo y este continente.

2. Esta segunda visita de un Papa a Colombia constituye un nuevo eslabón, altamente significativo, que se añade a la cadena de vuestra ya larga historia religiosa.

He acariciado desde hace tiempo el deseo de visitaros y me siento feliz al ver que finalmente mi esperanza se hace hoy realidad: estoy en medio de vosotros para *orar* en común, para celebrar comunitariamente nuestra fe y meditar juntos la palabra de Dios. Quiero ser sembrador de las enseñanzas de Jesús, de la doctrina *perenne* de la Iglesia, en esta ciudad capital y en las otras ciudades y lugares que, con la ayuda de Dios, me propongo visitar. Mi deseo es sentirme y que me sientan cercano todas las personas de cualquier clase o condición, pero particularmente los que sufren, los pobres y los más abandonados, si bien mi corazón está abierto a todos, según la expresión del Apóstol San Pablo: "Me hago todo para todos, para salvarlos a todos. Todo lo hago por el Evangelio" (*1 Cor* 9, 22-23).

Desde cualquier punto donde me encuentre, mi palabra se dirigirá a to-

dos los colombianos, a todos y cada uno de los sectores del pueblo de Dios que peregrina en esta tierra. Vengo a *compartir* vuestra fe, vuestros afanes, sufrimientos y esperanzas. A todos vaya, desde este primer momento, mi saludo eclesial y mi bendición. Sí, pasaré por todas partes *bendiciendo*, porque sé que vosotros, como todos los hijos de este amado continente latinoamericano, estáis convencidos de que la bendición es expresión conatural de la actitud religiosa, de la proximidad de Dios que efunde su infinita bondad en todos los corazones.

3. Como una respuesta que brota de lo íntimo del corazón, he acogido gustoso la amable y reiterada invitación a visitaros que me hicieran tanto el Señor Presidente de la República, como vuestros Obispos.

Reciba Usted, Señor Presidente, mi más deferente saludo, así como la expresión de mi gratitud por su invitación a realizar esta peregrinación apostólica y por sus amables palabras de acogida cordial. Saludo también y agradezco su presencia a las demás personalidades aquí congregadas: miembros del gobierno, magistrados supremos, altos jefes militares, Cuerpo Diplomático y autoridades locales.

Colombia, país que se distingue por su cultura, por su nobleza de espíritu, así como por su fe en Dios y por sus ideales cristianos, sigue mirando hacia adelante con el propósito de afianzar sus valores y consolidar su empeño por el ansiado don de la paz, de la auténtica paz cristiana que es fruto de la justicia, del respeto mutuo y, sobre todo, del amor, el cual debe reinar entre todos los ciudadanos, hermanos entre sí e hijos de Dios. Pido a Cristo, Príncipe de la paz, que bendiga todos los esfuerzos que Colombia está llevando a cabo para lograr la paz que anhela y que está pidiendo con clamor lleno de esperanza.

4. Saludo con afecto a los amadísimos Hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, religiosos, religiosas, catequistas, laicos comprometidos y a todo el pueblo colombiano que, a lo largo de los siglos, ha dado tantas muestras de aquilatada fe y amor a Dios, de veneración filial a la Virgen María, de fidelidad a la Iglesia católica, de adhesión sincera al Sucesor de Pedro.

5. Sé que vuestra Nación ha sido probada en los últimos años por duros acontecimientos de diverso orden que han hecho recaer sobre sus habitantes desgracias y dolores a veces inenarrables. Pero sé igualmente que, por la gracia de Dios, vuestro ánimo no ha desfalecido y mantenéis muy alta la esperanza y la decidida voluntad de luchar contra las adversidades, incrementando el esfuerzo personal y colectivo de superación constante, de progreso auténtico y de pacífica convivencia social, inspirándoos en vuestra fe cristiana y en vuestros nobles ideales patrios. Tengamos la certeza de que a cuantos saben aceptar, enfrentar y superar la prueba les aguarda la recompensa prometida al sacrificio. Dios está siempre con vosotros.

Así, con la confianza puesta en el Señor, sintiéndome, por mi parte, junto con los Obispos colombianos, hermano vuestro y Pastor de vuestras almas, mirando e invocando a la Virgen de Chiquinquirá, cuya imagen, renovada hace cuatrocientos años, vamos a venerar en su Santuario Nacional, doy comienzo gozosamente a mi peregrinación apostólica. Desde este momento el Papa se pone en marcha "con la paz de Cristo, por los caminos de Colombia".

SALUDO DE MONS. MARIO REVOLLO BRAVO AL PAPA EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ

Santísimo Padre:

Como peregrino de Dios, acabáis de llegar a esta tierra colombiana, que habéis besado con amor de padre y en ella a todos sus hijos. Sed bienvenido a nuestra patria que, jubilosa, os acoge como al Pastor que viene en el nombre del Señor.

Habéis querido que vuestro primer encuentro especial sea éste con los sacerdotes y los seminaristas, diocesanos y religiosos, a quienes acompañan en esta catedral primada los obispos de Colombia y un número conspicuo de obispos de América Latina.

Nos convoca ante Vuestra Santidad el sacerdocio ministerial, que compromete la vida toda de los aquí presentes, unos ya ungidos con el sacerdocio de Cristo otros llamados a prepararse dignamente al mismo. El sacerdocio ministerial, necesario en la vida de la Iglesia según el plan salvífico, hace que los integrantes de esta asamblea sean ante Vos, Santo Padre, un solo corazón y una sola alma.

Venimos a escuchar vuestra palabra de maestro; la palabra del Vicario de Cristo que, como Obispo de Roma y Sucesor de Pedro, tiene la plenitud del sacerdocio y la plenitud del pastoreo eclesial. Vuestra palabra será enseñanza y llamamiento para dinamizar nuestra responsabilidad sacerdotal en la vida de la Iglesia.

Los sacerdotes y los seminaristas exprimentan la imperiosa necesidad de ser fieles a la vocación recibida de parte del Señor por la voz auténtica de la Iglesia. Estamos dispuestos a escucharlos como los discípulos escucharon a Jesús en la montaña de Galilea. La escena de hoy nos revive la del Evangelio: "Viendo a la muchedumbre subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra les enseñaba".

Aquí están vuestros discípulos, los especialmente llamados; están cerca de Vos. Tomad la palabra; enseñadles la grandeza y dignidad del sacerdocio, la fidelidad al ministerio, que es fidelidad a hermanos. Vuestra enseñanza ilumine su mente, conforte su voluntad, encienda en el amor sus corazones, para que sean auténticos ministros de la Verdad de Cristo y de su gracia redentora. Estamos prontos a recibir vuestra palabra con la reverencia de quienes oyen al maestro, con el amor de quienes escuchan al padre.

ALOCUCION EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ; TRAS EL SALUDO DEL SR. ARZOBISPO

LA FIDELIDAD EN EL
MINISTERIO AL SERVICIO DEL
PUEBLO DE DIOS
BOGOTÁ,
CATEDRAL PRIMADA DE COLOMBIA
(01.07.1986)

1. Cuán profundo es mi gozo, porque los primeros pasos de mi peregrinar "Con la paz de Cristo por los caminos de Colombia" me traen a este feliz encuentro con vosotros, queridos sacerdotes y seminaristas, diocesanos y religiosos, presididos por vuestros Obispos.

La dicha del Papa, alimentada por tan sincero aprecio, se convierte en acción de gracias al Señor por el crecimiento y vigor de la Iglesia en Colombia que, gracias a vosotros, tiene en su haber numerosas y pujantes iniciativas de celo pastoral y misionero, al servicio de Dios y de los hermanos y al servicio de la misma vida sacerdotal en el Presbiterio, para bien de la Iglesia local y universal.

Especialmente significativo es que este encuentro de fe y amor se lleve a cabo en la Catedral Primada de esta ciudad capital, centro de irradiación y convergencia de la vida de la Iglesia en Colombia, y a los pies de María, la Inmaculada Concepción, a quien está consagrada esta Basílica, esta Arquidiócesis y la Nación entera.

La presencia y el ejemplo de María, la siempre fiel, la Virgen de la Esperanza, en una nación y en un continente de esperanza para la Iglesia y

para el mundo, me llevan a haceros un llamamiento a la fidelidad a vuestro ministerio actual y futuro, según las palabras y el programa del Apóstol: "Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien: lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles" (1 Cor 4, 1-2).

2. Ser fieles a vuestro servicio sacerdotal significa reavivar cada día la gracia de Dios que está en vosotros desde el momento de la ordenación (cf. 2 Tim 1, 6). A tal fin, me complazco en evocar la santa memoria de tantos pastores que, fieles a su ministerio, en todos los rincones de la patria, han sido servidores de esta Iglesia. Desde los primeros obispos y sacerdotes, cuya gesta misionera es digna de admiración por su carácter verdaderamente heroico, hasta la no menos admirable constancia de cuantos os han precedido para llevar adelante la obra del Reino de Dios, en un trabajo casi siempre callado y humilde, en parroquias y veredas, en una catequesis tenaz y en todos los servicios de educación, asistencia y caridad.

De esta pléyade de apóstoles de

Cristo, la voz de la Iglesia ha exaltado como modelos y protectores, en el amanecer de la evangelización, a san Luis Beltrán, llamado "el padre de los indios", y a san Pedro Claver, el incansable defensor de quienes eran traídos como esclavos, y ¿cómo no recordar al Beato Ezequiel Moreno, abnegado misionero e intrépido Pastor? En esta misma catedral, muy cercano en el tiempo y en el afecto, reposan las cenizas del Siervo de Dios, Ismael Perdomo, ejemplo de fidelidad a Cristo y a la Iglesia.

3. El gozo y la esperanza del encuentro de esta tarde me llevan, con amor de padre y de pastor, a preguntaros: ¿Qué estáis haciendo hoy, carísimos hermanos sacerdotes, para proseguir esta obra santificadora y evangelizadora? ¿Cómo os estáis preparando, queridos seminaristas diocesanos y religiosos, para ser dignos sucesores de tan esclarecidos ejemplos? ¿Os preparáis todos para una nueva etapa de evangelización y para agradecer a Dios los cinco siglos de cristianismo en vuestras benditas tierras?

No ignoro las dificultades por las que hoy atraviesa vuestra patria. Pero ciertamente lo que el pueblo cristiano pide de cada uno de vosotros, lo que la Iglesia espera, es que seáis íntegramente sacerdotes: "Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios" (1 Cor 4, 1).

Se os pide lo que verdaderamente podéis dar: la Palabra de salvación, los sacramentos, el amor y la gracia de Cristo, el servicio de orientar hacia una vida más cristiana, digna y humana. Si sois portadores auténticos de estos dones, veréis que vuestra vida se realiza plenamente y trataréis de adecuarlos cada vez más a esta tarea, con el respeto y el amor que debe infundir en vosotros la conciencia clara de que el Señor, a pesar de nuestra fragi-

lidad ha puesto en nuestras manos un tesoro de incalculable valor (cf. 2 Cor 4, 7).

Vuestra fidelidad a Cristo se enmarca en el misterio de la Iglesia, en la que Jesús está presente y operante para la salvación de todos. La vivencia responsable del misterio de la Iglesia se concentrará necesariamente en el amor a la misma Iglesia como comunión de hermanos guiados por quienes representan a Cristo Cabeza en la comunidad eclesial.

4. Cristo nos ha llamado a ser sus ministros; Cristo nos consagró en forma peculiar y nos envía, ante todo, a predicar (cf. Mt 28, 19; Mc 3, 13-14). Este ministerio de la Palabra es nuestro primer deber, nuestra más apremiante obligación, "lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal" (Exhort. Apost. *Evangelii nuntiandi*, 68), puesto que "el pueblo de Dios se congrega primeramente por la Palabra de Dios" (*Presbyterorum ordinis*, 4).

Predicáis, queridos hermanos, el mensaje de Cristo que vive en vosotros y os acompaña continuamente: "Como mi Padre me envió, así os envío yo" (Jn 20, 21). Y a ejemplo de san Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Tesalónica, podréis decir al término de vuestra jornada: "No cesamos de dar gracias a Dios porque al recibir la Palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino como en realidad es, Palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes" (1 Tes 2, 13).

Podéis repetir la plegaria del Apóstol con tal de que vuestro ministerio de evangelización, de catequesis, de predicación, sea verdaderamente Palabra de Dios y no palabra de hombre, confundida quizá con afirmaciones y razonamientos pobremente humanos, enturbiada acaso por premisas cam-

biantes de sabor exclusivamente sociológico, político, terreno, más cercana a veces al saber técnico, o producto exclusivo de erudición y no fruto de la fe que proclama a Cristo, el Señor resucitado. El Concilio Vaticano II pide a los presbíteros un espíritu de contemplación, "porque, buscando cómo puedan enseñar más adecuadamente a los otros lo que ellos han contemplado, gustarán más profundamente la inescrutable riqueza de Cristo (Ef 3, 8)" (*Presbyterorum ordinis*, 13).

Os exhorto, pues, a cuidar especialmente de que vuestra predicación se inspire en la Palabra de Dios, tal como es propuesta por el Magisterio de la Iglesia. Es Palabra revelada por Dios, inspirada por el Espíritu Santo, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia, vivida por los santos y convertida por vosotros mismos en materia de contemplación, para iluminar los acontecimientos de la historia cotidiana.

Procurad, por ello, que la Palabra de Dios sea asumida piadosamente en la oración y contemplación, que sea materia de estudio y experiencia de vida compartida con los hermanos. Hablad con valentía, predicad con fe profunda y con tono de esperanza, como testigos del Señor Resucitado, que ha transformado y sigue transformando la creación y la historia. No os consideréis maestros al margen de Cristo (cf. Mt 23, 8), sino testigos y servidores que creen lo que anuncian, viven lo que creen, predicán lo que viven, según la perentoria consigna del Pontifical Romano.

5. Sed fieles también a vuestro ministerio de santificación. Habéis recibido "la fuerza del Espíritu Santo" (cf. Act 1, 8), para ser testigos de Cristo e instrumentos de la vida nueva.

En esta tarde de gracia, al recor-

dar los elementos esenciales de vuestra fidelidad, quiero alentarlos a conocer y estudiar el Concilio Vaticano II más amplia y profundamente, hacerlo materia de oración, asimilarlo con amor y llevarlo a la práctica en vuestra vida personal y en la comunidad cristiana.

Sin minimizar en modo alguno las numerosas posibilidades de servicio pastoral abiertas actualmente al sacerdote, el Concilio no duda en declarar sus absolutas prioridades. Y lo hace con insistencia. La misión esencial del sacerdote se halla en la Eucaristía. Vuestra identidad se encuentra definitivamente determinada por la celebración eucarística. Los sacerdotes, dice el Concilio: "Ejercen su sagrado ministerio sobre todo en el culto eucarístico" (*Lumen gentium*, 28), "la Eucaristía aparece como la fuente y la cumbre de toda la evangelización" (*Presbyterorum ordinis*, 5).

Lo que el mundo realmente nos pide, lo que necesita de verdad, es que el misterio de la Redención sea accesible a todos los hombres de nuestro tiempo, especialmente a los pobres, los enfermos, los niños, los jóvenes, la familia. Es precisamente a través de la Eucaristía como la Redención de Cristo toca el corazón de cada hombre transformando la historia del mundo.

A partir de la Eucaristía descubriremos mejor la importancia de todos los sacramentos y encontraremos fuerza para dedicarnos a la confesión y a la dirección espiritual, a ejemplo del cura de Ars, del que celebramos este año el segundo centenario de su nacimiento. Quisiera recordaros que, para cumplir adecuada y gozosamente este ministerio, es imprescindible vuestra misma experiencia personal del sacramento de la reconciliación, por medio de vuestra confesión frecuente. "Es necesario

que el sacerdote se acerque también regularmente a este sacramento" (*Carta del Jueves Santo de 1986*, n. 7).

Considerad que vuestra vitalidad espiritual y vuestra eficacia pastoral están siempre en relación estrecha con la sinceridad y autenticidad con que celebréis el misterio eucarístico, sin olvidar "el cotidiano coloquio con Cristo Señor en la visita y culto personal" (*Presbyterorum ordinis*, 18). Haced, pues, de la Misa, celebrada con fervor, el centro de vuestra vida y de vuestro ministerio. De la Eucaristía dimanará para vosotros y para vuestras comunidades eclesiales, el esfuerzo cotidiano por configurarse con Cristo, el estilo apostólico y contemplativo de vuestra plegaria y predicación, la eficacia de la misión, la oportunidad y constancia de la entrega y celo pastoral.

6. De la Eucaristía, auténticamente celebrada y vivida, recibiréis la fuerza para enseñar a los demás fieles a ofrecerse al Padre, como vosotros, "con sus trabajos y todas sus cosas en unión con Cristo" (*Presbyterorum ordinis*, 5). Así, la infinita riqueza de la Eucaristía debe desembocar en un espíritu de entrega, crecientemente generosa, al servicio de los demás, "porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (*Rom* 5, 5). Nos hemos ofrecido con Cristo, y lo hemos recibido en su cuerpo entregado y en su Sangre derramada, para que, por nuestra parte, nos convirtamos en signo vivo de su entrega incondicional al Padre por los hombres. Así la vida cristiana aparece como un sacrificio de caridad, en el *Esperito Santo, por Cristo, al Padre* (cf. *Ef* 2, 18; *Lumen gentium*, 4).

7. Sabéis muy bien que todo cristiano, y en particular quienes anuncian autorizadamente la palabra de Dios, han de testimoniar en su vida cotidiana la necesaria unión que debe exis-

tir entre el mandato de amar a Dios por encima de todo, con el amor al prójimo, como manifestación del amor a Dios. Por esto, la Iglesia siempre ha enseñado que, en la debida distinción entre promoción humana y evangelización, no puede existir separación sino integración, puesto que la dignidad humana, en todos sus aspectos, "es un valor evangélico que no puede ser despreciado sin grave ofensa al Creador" (*Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla*, III, 1).

Esta insoslayable tarea, en las circunstancias actuales de vuestra patria, hace urgente, hoy de modo especial, la búsqueda de una promoción social de las muchedumbres desposeídas que tienen derecho a vivir dignamente, como hombres e hijos de Dios. Hacia este campo es preciso que orientéis también vuestras preocupaciones pastorales, especialmente en la presentación clara y auténtica de la *doctrina social de la Iglesia*.

Pero las opciones e iluminación que necesitan los cristianos en el ámbito de la promoción y liberación, particularmente de los más necesitados, sólo puede hacerse según el ejemplo de Jesús y a la luz del Evangelio, que prohíbe el recurso a métodos de odio y de violencia. El amor y la opción preferencial por los pobres —como he dicho repetidamente— no puede ser exclusiva ni excluyente (cf. *Alocución a los Cardenales*, 21 de diciembre de 1984). Ello no significa considerar al pobre como clase, y menos como clase en lucha o como Iglesia separada de la comunión y obediencia a los Pastores puestos por Cristo, sino que ha de realizarse mirando al ser humano considerado en su vocación terrena y eterna. La tarea de la Iglesia, de contribuir a la liberación social, ha de lle-

varse a cabo con la conciencia clara de que la primera liberación, que ha de procurarse al hombre, es la liberación del pecado y del mal moral que anida en su corazón (cf. *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*, 37-38).

Queridos sacerdotes y futuros sacerdotes, en este campo de la actuación pastoral quiero subrayar que, para vivir un recto amor y una opción preferencial por toda clase de pobres y marginados, es necesario un *corazón de pobre*, según el espíritu de las bienaventuranzas; es necesaria una *vida sacerdotal pobre*, a imitación del Señor, de los Apóstoles y de los santos sacerdotes de todos los tiempos. Sin una actitud de *fe contemplativa y de pobreza evangélica* no se haría más que conducir a los pobres hacia otro tipo de opresión.

8. La fidelidad a Dios nuestro Padre y al hombre nuestro hermano estará más asegurada cuando cada miembro del Pueblo de Dios se sienta y actúe conscientemente como miembro vivo y necesario de un único Cuerpo que es la Iglesia; cuando entre todos se viva la comunión en el amor que lleva a la *participación* alegre y responsable. La misión apostólica está enraizada en la presencia de Cristo resucitado que vive en su Iglesia; por esto la Iglesia es misterio, comunión y misión.

Gozo particular experimento por la comunión y por el sentido de Iglesia universal del Episcopado Colombiano, que lo mantiene en viva y afectuosa unión con el Sucesor de Pedro y lo lleva a trabajar corresponsablemente como Conferencia Episcopal, dando esclarecido ejemplo y testimonio de unidad que edifica y alienta la vida de las comunidades eclesiales.

Todos vosotros, sacerdotes y seminaristas diocesanos y religiosos, debéis seguir fomentando la conciencia

de que la comunión con vuestros Obispos y Superiores es y será parte esencial de vuestro ministerio, al igual que vuestra vinculación fraterna con los demás Presbíteros. Recordad que formáis en el Presbiterio de cada diócesis una "fraternidad sacramental" (*Presbyterorum ordinis*, 8), que hay que construir armoniosamente, ejerciendo la vida apostólica por medio de una ayuda fraterna en todos los campos de la vida y del ministerio sacerdotal (cf. *Lumen gentium*, 28; *Christus Dominus*, 28).

Sois pródigos cooperadores del ministerio episcopal y formáis parte principal de una Iglesia particular o local, la diócesis, que es la forma concreta donde existe y vive la Iglesia universal. El presbítero ha sido escogido y enviado directamente para construir la Iglesia en el ámbito de la diócesis presidida por el Obispo. De ahí la necesaria referencia de todo presbítero al Obispo, sin el cual no hay Iglesia, porque él es principio de unidad.

Es en esta realidad de Iglesia particular y diocesana donde descubriréis también vuestra responsabilidad evangelizadora respecto a la Iglesia universal (cf. *Presbyterorum ordinis*, 10), buscando cauces concretos para llevar a la práctica la necesaria y urgente ayuda misionera (cf. *Lumen gentium*, 23 y 28). Ha llegado para toda América Latina la hora de emprender una evangelización sin fronteras.

La dimensión necesariamente diocesana y misionera del presbítero hace que con el Obispo y los demás clérigos —sean ellos diocesanos o religiosos— forme un solo cuerpo: el Presbiterio (cf. *Lumen gentium* 28; *Presbyterorum ordinis*, 7-8). Es ahí donde encuentra sólido fundamento la apremiante llamada de la Iglesia a todos los religiosos, para que continúen integrándose plenamente en la ac-

ción pastoral parroquial y diocesana, con la aportación específica y valiosísima de su propio carisma y de su experiencia peculiar de vida apostólica.

Principio fundamental de esta comunión es la fidelidad al Magisterio de quienes han sido puestos por Dios para ser maestros de la verdad: el Papa y los Obispos (cf. *Lumen gentium*, 25). Con esta guía estaréis integrados en la única Iglesia de Cristo. En el seguimiento de fe y sincera obediencia a vuestros Pastores está el secreto de la bendición divina y del éxito apostólico.

9. Mi palabra, junto con mi afecto, se dirige ahora especialmente a vosotros, seminaristas diocesanos y religiosos, que habéis escuchado la llamada del Señor a entregarnos más plenamente a la construcción del Reino de Dios.

Me llena de esperanza y de consuelo comprobar el florecimiento que hay en Colombia de vocaciones sacerdotales y religiosas: en Medellín tendré la alegría de ordenar a un numeroso grupo de sacerdotes y podré referirme nuevamente a este tema tan central para la vida de la Iglesia.

Continuad con empeño vuestra preparación en el seminario. El Concilio no duda en afirmar que "los seminarios mayores son necesarios para la formación sacerdotal" (*Optatum totius*, 4), porque el ambiente de seriedad, de piedad litúrgica y personal, de estudio, de disciplina, de convivencia fraterna y de iniciación pastoral que debe caracterizar al seminario, es el modo más apto para la preparación al sacerdocio (cf. *ibid.*, 4). Considerad, pues el seminario como vuestro propio y específico hogar, y como la primera escuela de fidelidad a Cristo y a la Iglesia.

De este modo se hace clara también la urgencia de que las Faculta-

des de Teología y Filosofía, que contribuyen a la capacitación doctrinal de los futuros sacerdotes y de otros animadores de la comunidad eclesial, presten su valioso e imprescindible servicio en unidad estrecha de criterios con los Obispos, en perfecta armonía con la enseñanza del magisterio, y ofreciendo a los alumnos la doctrina segura, sin ceder al fácil atractivo de teorías o hipótesis más o menos fundadas en razones humanas, que siembran la duda y la incertidumbre.

10. Hermanos: Sé que así como habéis preparado con amor esta visita pastoral, me seguiréis también a lo largo de mi peregrinación apostólica, abierto el corazón para recibir el mensaje del que quiero ser portador en la amada Colombia. Acoged ya éste de hoy, como muestra de mi afecto y solicitud por todos vosotros.

Por nuestro ministerio estamos especialmente vinculados a nuestra Madre sacerdotal, la Virgen María, la Virgen fiel, "que guiada por el Espíritu Santo, se consagró toda entera al misterio de la Redención de los hombres" (*Presbyterorum ordinis*, 18). Confíemos pues todos estos anhelos, todas estas aspiraciones e intenciones a la Virgen del Rosario de Chiquinquirá, vuestra Patrona, en este Año Mariano Nacional.

A todos imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

SALUDO A LOS HABITANTES DE BOGOTÁ DESDE EL BALCON DE LA CURIA ARZOBISPAL

BOGOTÁ, PLAZA DE BOLÍVAR
(01-07-1986)

Queridos hermanos y hermanas de Bogotá y de Colombia entera:

1. En mi gozoso recorrido por las avenidas de esta ciudad, desde el aeropuerto "Eldorado", he visto vuestro fervor espiritual y vuestro entusiasmo desbordante, he apreciado vuestra sincera devoción y entrañable amor a Aquel a quien mi pobre persona representa, y he captado vuestros intensos gritos de esperanza, la esperanza que en vosotros suscita el mensaje salvífico de Jesús.

Gracias por vuestra cordial acogida y por vuestra hospitalidad. Gracias por haberos reunido en esta histórica plaza para recibir al Papa en clima de fiesta eclesial. Gracias por abrir vuestro corazón al Sucesor de Pedro que viene a confirmar en la fe a la gran familia colombiana.

A todos os saludo. Y quisiera saludaros uno a uno para haceros partícipes, en forma más expresiva, del amor que os profeso. Quisiera acercarme a vuestros hogares, confortar a vuestros enfermos, alentar a los jóvenes, bendecir a los niños. Los Señores Cardenales, el Arzobispo Primado, el Presidente de la Conferencia Episcopal y los demás Obispos aquí presentes, son testigos de la solicitud y afecto pastoral que siento por vosotros. ¡Cómo pido a Dios que mi visita pastoral redunde en copiosos frutos de vida cristiana y de renovación social en la querida Colombia!

2. Nos hallamos en la plaza de Bolívar, centro ideal de esta metrópoli de la República de Colombia: Bogotá, ilustre desde hace siglos por su cultura. En efecto, tanto la cultura autóctona colombiana como la cultura moderna tienen aquí expresiones muy significativas; por otra parte, sus instituciones universitarias y sus academias han hecho de esta capital un centro de creación y de irradiación. Pero Bogotá se ha distinguido además por la nobleza de su gente, protagonista, a lo largo de casi cuatro siglos y medio, de no pocas gestas de alto valor patriótico que tejieron la historia de la Nación y diéronle su fisonomía jurídica, su libertad democrática y su solidez de Estado independiente, señalando su trayectoria hacia grandes empresas y hacia un destino glorioso.

3. Con vosotros, habitantes de Bogotá, comparto el gozo de este encuentro que es, ante todo, un *encuentro de fe*, de esa fe, don de Dios al hombre, que os ha sido transmitida por el ministerio de los Pastores de la Iglesia y que habéis recibido, desde la infancia, de labios de vuestros padres y maestros cristianos.

He venido a vuestro País como *Peregrino de la fe*, y no deja de ser significativo el hecho de que mi itinerario pastoral por los caminos de Colombia comience precisamente en esta ciudad de Santafé.

Hace cuatrocientos cuarenta y ocho años llegaron los españoles a esta altiplanicie y, junto a los cerros de Monserrate y Guadalupe, con perspectiva abierta a la augusta sabana, fundaron la ciudad de Santafé de Bogotá. Una pequeña capilla de paja y doce humildes chozas en honor de los doce apóstoles marcaron el comienzo de la que hoy es una vasta y pujante metrópoli.

Aquí, en el lugar mismo donde hoy se eleva la catedral, se celebró la primera Misa el 6 de agosto de 1538. En ese espléndido templo que es vuestra catedral metropolitana y primada, se conservan como tesoro inestimable, el cáliz y las vestiduras litúrgicas del primer Sacrificio eucarístico ofrecido al Padre en acción de gracias y compromiso de perenne fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

4. Vuestra ciudad, nació, pues, bajo el *signo de la fe*, y bajo el signo de la fe trinitaria habéis de vivir siempre.

Fe en Dios uno y trino, Padre providente de nuestras vidas y Señor de nuestros destinos.

Fe en Jesucristo, Salvador y Redentor nuestro, a quien tenéis que conocer y amar más cada día.

Fe en el Espíritu que santifica nuestras vidas e inspira en el alma deseos de paz y de justicia, de concordia y de amor.

Fe también en la Iglesia, Madre y Maestra, aceptando libre y plenamente sus enseñanzas y estrechando cada vez más la comunión entre los hermanos, entre las comunidades, con los Obispos y con el Sucesor de Pedro.

Una fe que ha de traducirse en obras (cf. *Sant. 2, 17*); que ha de hacerse *fidelidad*: fidelidad sin sombras, fidelidad constante y en todo: en vuestra vida religiosa, en vuestras relaciones familiares y sociales, en el trabajo, en el descanso. . ., en todos los momentos de la existencia. Fidelidad a vuestra tradición católica, en la que encontraréis luz para el camino del futuro, garantía de vuestra perseverancia, y respuesta a vuestras legítimas aspiraciones.

La fe en Cristo os hace hijos de Dios (cf. *Gál 3, 26*). La fe actúa por la caridad (cf. *Gál 5, 6*); va unida a la piedad (cf. *Tit 1, 1*); obra maravillas (cf. *Jn 14, 12*) y engendra alegría, paz, y esperanza (cf. *Rom 15, 13*).

Yo he venido a confirmaros y fortaleceros en la fe. Os exhorto pues, a avivar vuestra fe. Que la fe cristiana siga siendo vuestro compromiso cotidiano y vuestro timbre de gloria: y que Bogotá, fiel a sus orígenes, siga siendo siempre la Ciudad de la Santa Fe.

Para ello, en prenda de la protección divina, e invocando a María, nuestra Madre amantísima, os imparto efusivamente mi Bendición Apostólica.

DISCURSO EN LA CASA DE NARIÑO AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y SECTORES DIRIGENTES DE COLOMBIA

BOGOTÁ, CASA DE NARIÑO
(01-07-1986)

Señor Presidente de la República,
Distinguidos participantes en este encuentro:

1. Os Saludo, ilustres representantes de los sectores dirigentes de Colombia, y agradezco vuestra presencia aquí para asistir a uno de mis primeros encuentros en esta visita apostólica, tan deseada, a vuestra amada patria.

Siento especial gratitud hacia el Señor Presidente de la República, por haber ofrecido la casa presidencial para esta reunión y haber presentado con tan sentidas palabras a este grupo cualificado de personas que detentan responsabilidades de singular relieve en la vida de la Nación.

Deseo expresar mi aprecio y agradecimiento por la campaña de estudio y reflexión que habéis venido realizando sobre mi encíclica "*Laborem exercens*", en orden a una mayor profundización sobre la doctrina social de la Iglesia.

El hecho mismo de que este acontecimiento se realice aquí, en la Casa de Nariño, sede de los Presidentes de Colombia, constituye una prueba ulterior de la significativa realidad que podríamos llamar la especial vocación cristiana de Colombia, a casi cinco siglos de distancia de la llegada de la Buena Nueva a esta tierra bendecida por Dios.

El noble pueblo colombiano, al que deseáis servir contribuyendo a su verdadero progreso en todos los campos, ha hecho suyo el mensaje evangélico, el cual a través de su gloriosa historia, ha marcado su vida y costumbres.

De este hecho se desprenden para los dirigentes del País, unas determinadas responsabilidades en orden a la que he llamado especial vocación cristiana de Colombia, las cuales han de guiar vuestra vida y funciones como ciudadanos investidos de autoridad y como creyentes.

Mis palabras de esta tarde quieren haceros partícipes de algunas reflexiones que os ayuden a asumir aquellas responsabilidades como colombianos cualificados y como laicos en la Iglesia, para que esta sociedad se inspire cada vez más en los valores perennes del Evangelio de Cristo y la hagan progresar en el camino de la paz, de la justicia e igualdad de todos los colombianos sin distinción de origen ni condición social.

2. En vuestra trayectoria como dirigentes os habéis esforzado en buscar los caminos, superar los obstáculos y crear las condiciones que permitan el surgir de una sociedad nueva en Colombia. En esta circunstancia vienen a mi mente las palabras de mi venerado predecesor, el Papa Pablo VI, pronunciadas durante su inolvidable visita a

esta misma capital: "Percibid y comprended con valentía, hombres dirigidos, las innovaciones necesarias para el mundo que os rodea... Y no olvidéis que ciertas crisis de la historia habrían podido tener otras orientaciones, si las reformas necesarias hubiesen prevenido tempestivamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación" (Homilía en la Misa del Día del Desarrollo, 23 agosto 1968). Sin duda que habréis reflexionado en ocasiones sobre esta llamada profética.

Conocéis, apreciados dirigentes, la realidad de nuestro mundo y más específicamente la de los Países latinoamericanos, y sois conscientes de que su marcha hacia el progreso suscita no pocos y grandes interrogantes. En la encíclica "Populorum progressio" el Papa Pablo VI señalaba una enfermedad en el mundo, que identificaba como la falta de fraternidad entre los hombres y los pueblos (cf. no. 66).

A este propósito, en mi encíclica *Dives in misericordia* quise poner de relieve el hecho de que gravita sobre el mundo una inquietud moral, que va en aumento, con relación al hombre y al destino de la humanidad (cf. no. 11), sobre todo respecto a las profundas desigualdades entre las naciones y en el interior de las mismas. ¿Cómo no ver tal inquietud en los pueblos de América Latina y en especial entre los jóvenes, que son el número mayoritario en los países de este continente?

Esta inquietud moral se alimenta con los fenómenos de la violencia, el desempleo, la marginación y otros factores que provocan el desequilibrio, amenazando la pacífica convivencia humana.

Mirando sin apasionamiento el panorama de vuestra patria ¿no tenéis también vosotros una clara impresión de la presencia de esta inquietud moral en vuestra sociedad?

La Iglesia, que tiene confianza en vosotros y que os pide seáis los artífices de la construcción de una sociedad más justa, os invita a reflexionar con ánimo sobre estos temas de tanta trascendencia.

I. Hacia una civilización del amor

3. Se trata de una sociedad donde la laboriosidad, la honestidad, el espíritu de participación en todos los órdenes y niveles, la actuación de la justicia y la caridad, sean una realidad.

Una sociedad que lleve el sello de los valores cristianos como el más fuerte factor de cohesión social y la mejor garantía de su futuro. Una convivencia armoniosa que elimine las barreras opuestas a la integración nacional y constituya el marco del desarrollo del país y del progreso del hombre.

Una sociedad en la que sean tutelados y preservados los derechos fundamentales de la persona, las libertades civiles y los derechos sociales, con plena libertad y responsabilidad, y en la que todos se emulen en el noble servicio del país, realizando así su vocación humana y cristiana. Emulación que debe proyectarse en servicio de los más pobres y necesitados, en los campos y en las ciudades.

Una sociedad que camine en un ambiente de paz, de concordia, en la que la violencia y el terrorismo no extiendan su trágico y macabro imperio y las injusticias y desigualdades no lleven a la desesperación a importantes sectores de la población y les induzcan a comportamientos que desgarran el tejido social.

Un país, en el que la juventud y la niñez puedan formarse en una atmósfera limpia, en la que el alma noble de Colombia, iluminada por el Evangelio, pueda brillar en todo su esplendor.

Hacia todo esto, que podemos llamar civilización del amor (cf. *Puebla*, n. 8), han de converger más y más vuestras miradas y propósitos.

II. Venciendo los obstáculos

4. Para realizar esta nueva civilización, os encontraréis con graves obstáculos; no fáciles de superar, pero que no deben desanimaros en vuestras tareas. Unos provienen del exterior y otros se originan dentro de vuestra misma sociedad.

Entre los primeros habría que mencionar la grave crisis económica por la que está atravesando el mundo en estos últimos años y que se ha cebado especialmente en los países menos afortunados. Las dificultades de los países más desarrollados les han llevado, para resolver sus propios problemas, a medidas que han hecho más crítica aún la situación de los no tan prósperos, incrementando y agravando sus problemas. En repetidas ocasiones la Iglesia ha abogado por la búsqueda y consolidación de una unidad entre los pueblos, de una comunidad internacional, en la que las naciones sean respetadas en su identidad y diversidad y ayudadas solidariamente para el logro del bien común. La cuestión social ha adquirido las dimensiones del mundo, en el cual las relaciones de justicia y solidaridad entre los pueblos ricos y pobres constituyen una prioridad. Sigue, en toda su vigencia, la urgencia de un desarrollo integral, de "todo el hombre y de todos los hombres" (*Populorum progressio*, 14).

Los pueblos pobres no pueden pagar costos sociales intolerables, sacrificando el derecho al desarrollo, que les resulta esquivo, mientras otros pueblos gozan de opulencia. El diálogo entre los pueblos es indispensable para llegar a acuerdos equitativos, en los que no todo quede sujeto a una economía férreamente tributa-

ria de las leyes económicas, sin alma y sin criterios morales. Aquí se inscribe la urgencia de la solidaridad internacional, que tiene hoy especial incidencia en el problema de la deuda exterior, que agobia a América Latina, y a otros países del mundo.

5. Otra serie de obstáculos provienen de la misma sociedad. Algunos no dependen totalmente de vuestra voluntad y su superación requerirá tiempo y esfuerzo, como la insuficiencia de las infraestructuras económicas, la escasez de medios de financiación y de tecnología avanzada, la debilidad del mercado interior. Pero hay también obstáculos que son imputables a la responsabilidad de los ciudadanos y que pueden y deben ser corregidos lo antes posible. Sé que ellos son objeto de vuestra preocupación y que constituyen a la vez retos a la creatividad y a la búsqueda de soluciones. Entre estos factores que dificultan el desarrollo se encuentra la violencia, la inseguridad, el contrabando, la injusta distribución de las riquezas, las actividades económicas ilícitas y además, según se indica, el traslado masivo de capitales al exterior, que son indispensables dentro del País.

Una de las consecuencias de este cúmulo de dificultades es el fenómeno del desempleo que toca el eje del problema social por el derecho al trabajo y la eminente dignidad del mismo, como lo he expresado con mayor amplitud en mi encíclica *Laborem exercens* (cf. n. 18). Sois conscientes de las dificultades de una sana política de empleo en las presentes circunstancias económicas, pero también sabéis que la creación de nuevos puestos de trabajo y un nivel de salario equitativo, es algo primordial para garantizar el futuro y evitar males ingentes en las familias desprotegidas y en el concierto nacional.

6. Permitidme que a vosotros, queridos empresarios, os dirija una pala-

bra confiada y apremiante. Siendo vosotros empresarios cristianos, no podéis concebir la empresa sino como una comunidad de personas; por consiguiente, el centro de referencia de vuestra actuación económica ha de ser siempre el interés por todo ser humano. Como lo afirmaba hace tres años a los empresarios italianos en Milán: "incluso en los momentos de mayor crisis, si se quiere realizar realmente una comunidad de personas en el trabajo, es preciso tener en cuenta al hombre concreto, y los dramas no sólo individuales, sino también familiares, a los que llevaría inexorablemente el recurso al despido" (Discurso a los empresarios, 22 mayo 1983). Os invito a aumentar vuestros esfuerzos, con sentido de creatividad, de justicia y desprendimiento para que se multipliquen los puestos de trabajo.

Con estos y otros esfuerzos semejantes, es necesario contribuir eficazmente a cerrar lo más posible la brecha entre ricos y pobres, que a veces se amplía en forma alarmante (cf. *Puebla* n. 1.209).

7. En abierto contraste con la civilización del amor, aparece con características inquietantes el espectro de la violencia que deja sentir su secuela de dolor y muerte en tantas partes del mundo. Asistimos, no sin pesar, a los reiterados ataques a la paz desde las más variadas formas de violencia, cuya expresión extrema y nefasta es el terrorismo, que tiene su raíz en factores políticos y económicos, que se agravan por la interferencia de ideologías, de poderes foráneos y, no pocas veces, por la quiebra de los valores morales fundamentales.

Para el Papa es un deber prioritario abogar por la paz ante una humanidad seriamente amenazada por el flagelo de la violencia. Colombia ha hecho esfuerzos generosos para con-

seguir la paz en su territorio y en países hermanos. Seguid poniendo vuestro empeño en obtener la paz y en consolidarla; por mi parte formulo fervientes votos para que los colombianos obtengan este don tan precioso del que tendréis oportunidad de ocuparme en otros momentos de mi visita pastoral.

III. Los medios

8. La tarea que tenéis encomendada es inmensa y será sólo el resultado de un esfuerzo constante y prolongado en el tiempo. Pero si la solución de los problemas materiales no puede ser inmediata, sí es posible hacer, desde ahora, una sociedad más justa. Si es posible hacer una distribución más justa de los esfuerzos y de los sacrificios necesarios. Si se puede establecer un orden de prioridades que tengan en cuenta que el hombre es el sujeto y no el objeto de la economía y de la política. Tenéis el medio más importante para conseguir estos objetivos. La mayor riqueza y el mejor capital de un país son sus hombres y Colombia es un país rico en humanidad y en cristianismo.

Existe entre vosotros un gran número de dirigentes con elevada competencia profesional y son muchos más quienes están en proceso de preparación. Contáis con una probada tradición democrática, con no pocos años de experiencia. Tenéis un país potencialmente rico, con variados recursos y posibilidades de diversa índole. Poned todo esto al servicio de una patria que os necesita, dejando de lado el egoísmo y superando los antagonismos políticos que impiden la consecución solidaria del bien común.

Tenéis también el mayor tesoro, la mayor riqueza que puede tener un pueblo: los sólidos valores cristianos arraigados en vuestro pueblo y en

vosotros mismos, que es preciso reavivar, rescatar y tutelar. Valores profundos de respeto a la vida, al hombre; valores de generosidad y solidaridad; valores de capacidad de diálogo y búsqueda activa del bien común. Son como resortes que sabéis tensar en momentos de especial peligro, o cuando las calamidades por desastres telúricos os han golpeado.

¿Cómo se siente, en tales momentos, la fuerza de la fraternidad? ¿Cómo se dejan de lado otros intereses para acudir a la necesidad del hermano?

9. Si en momentos de especial gravedad sabéis poner en acto esas reservas humanas y espirituales, quiere decir que lo único que necesitáis son motivaciones fuertes para hacer lo mismo con la tarea menos espectacular, pero no menos urgente de reconstruir y hacer más próspera y más justa vuestra Nación. ¿Y qué mayor motivación os puedo proponer que recordaros a este respecto la doctrina contenida en la Constitución Pastoral "Gaudium et spes" del Concilio Vaticano II?

Tratando de la dignidad de la persona humana, el Concilio nos propone a Cristo como restaurador y prototipo de nuestra propia dignidad. "El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1, 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la *semejanza divina*, deformada por el primer pecado. En él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual... El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos, recibe las *primicias del Espíritu* (Rom 8, 23)" (GS 22).

Cada vez que os crucéis con un conciudadano vuestro, pobre o necesitado, si le miráis de verdad, con los ojos de la fe, veréis en él la imagen de Dios, veréis a Cristo, veréis un

templo del Espíritu Santo y caeréis en la cuenta de que lo que habéis hecho con él lo habéis hecho con el mismo Cristo. El evangelista San Mateo pone estas palabras en boca del Señor: "En verdad os digo que cuantas veces hicieris eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicieris" (Mt 25, 40).

10. Desde esta casa de Nariño, en que nos encontramos, salieron un día las traducciones de los Derechos del Hombre y las ideas que fueron semiente de vuestra nacionalidad. Sed también vosotros pioneros en ese respeto integral a los derechos del hombre, imagen de Dios.

De esta cita histórica, amados dirigentes de Colombia, ojalá salgáis más firmes y confiados en vuestro compromiso cristiano con una sociedad que os ha dado tanto y que tanto espera de vosotros.

Recibid estas consideraciones como expresión de mi afecto de Pastor y de la esperanza que la Iglesia pone en vosotros para un porvenir más justo y prometedor para todos.

Invoco sobre vosotros, sobre vuestros colaboradores, sobre vuestros hogares y sobre esta querida Nación, las bendiciones y las gracias de Aquél que se hizo nuestro hermano, para que vivamos como hijos de un mismo Padre.

HOMILIA DE LA CONCELEBRACION EUCARISTICA EN EL PARQUE SIMON BOLIVAR

BOGOTA, PARQUE SIMON BOLIVAR
(02-07-1986)

*"Los confines de la tierra verán
la salvación de nuestro Dios"*
(Is 52, 10)

Queridos hermanos y hermanas:

1. La lectura del profeta Isaías, que hemos escuchado, nos invita a seguir las huellas de Dios que nos salva; de Dios que revela sus designios de salvación hasta los extremos de la tierra: del Señor que derrama a manos llenas sus bendiciones a todos los hombres y a todas las naciones.

Hoy y aquí se está cumpliendo en medio de nosotros esta profecía, que es anuncio de salvación y de paz. Por eso, os invito a participar en la acción litúrgica más santa y solemne que nos ofrece la misericordia del Señor: la celebración de la Eucaristía. Jesús resucitado, pan de vida y Príncipe de la Paz, se hace presente entre nosotros y hace presente su misterio pascual, para decirnos una vez más, pero siempre con el mismo amor: "La paz os dejo, mi paz os doy, no os la doy como la da el mundo" (Jn 14, 27).

Las palabras de Jesús, su presencia real en el sacramento eucarístico que estamos celebrando en este altar sobre el que late en estos momentos el corazón de Colombia, inundan de luz nuestros propios corazones para que apreciemos cada vez más y convirtamos en inspiración de nuestras vidas los bienes que Cristo nos dejó: su herencia de paz!

En este día, en que nos hemos congregado en el Parque "Simón Bolívar" para celebrar la Eucaristía, doy gracias a Dios, junto con todos vosotros, amados hijos e hijas de Colombia, por el don de la salvación cristiana, que vuestra tierra recibió hace ya casi cinco siglos.

2. Como peregrino de paz, saludo con especial afecto a mis hermanos en el Episcopado los obispos de Colombia y los obispos representantes de los Episcopados de América Latina, que participan en la reunión de coordinación del CELAM. Saludo igualmente a los amados sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de las Provincias eclesiales de Bogotá e Ibagué; a las diócesis de Espinal, Facatativá, Garzón, Girardot, Neiva, Villavicencio y Zipaquirá.

Por los caminos de Colombia que ahora comienzo a recorrer, deseo ser para vosotros el mensajero de los bienes mesiánicos de salvación y, concretamente, del don por excelencia: la paz.

La paz que Cristo nos promete (Jn 14, 27) y nos comunica es "la salvación de nuestro Dios" (Is 52, 10). La gracia del bautismo nos configura con Cristo,

nos hace semejantes a él, nos reviste de él, hasta participar en su misma filiación divina, como nos ha enseñado San Pablo: "Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo" (Gál 3, 26-27). Y si todos somos hijos de Dios, hermanos de Cristo Jesús, por haber recibido el mismo bautismo y el mismo Espíritu, y por haber participado en el mismo "pan de vida" (Jn 6, 48), ¿no es verdad que la paz debe ser una realidad en todos los corazones, en todas vuestras familias y en toda vuestra patria?

3. La salvación que Dios mismo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ofrece a la humanidad en Jesucristo Redentor es una *vida nueva*, que es la *medida* y la *característica de los hijos adoptivos de Dios*. Es la participación, mediante la gracia santificante, en la filiación divina de Cristo, Hijo de Dios hecho hombre por nosotros. En efecto, el Hijo de Dios, encarnándose en el seno de la Virgen María, "se ha unido, en cierto modo, con todo hombre" (*Gaudium et spes*, 22). Con la fuerza el Espíritu, que nos ha comunicado Jesús, muerto y resucitado, después de su vuelta al Padre, desea Jesús mismo extender a todos y cada uno el don de esta filiación divina, que es la gracia para nuestra naturaleza humana y el fundamento de la paz personal y social. De este modo participamos en la misión de la Iglesia que es "sacramento universal de salvación" (*Lumen gentium*, 48) y "el corazón de la humanidad" (*Dominum et Vivificantem*, 67).

También nosotros estamos "revestidos de Cristo" (Gál 3, 27), puesto que por el bautismo hemos sido transformados en imagen suya y participamos de la filiación divina. Cristo une fraternalmente entre sí a quienes reciben su vida divina. Los dones diferentes, que recibimos de Dios, son para servir mejor a todos los demás hermanos. La economía de la fe implica una liberación contrapuesta a toda forma de discriminación. La imagen, presentada por San Pablo, del nuevo ser cristiano "revestido de Cristo" tiende a superar todo tipo de discriminación humana. En efecto, todo lo que divide y separa artificialmente a los hombres, por ejemplo, la injusta distribución de los bienes o la lucha de clases, no pertenece al nuevo ser cristiano.

Por el bautismo "pertenecemos a Cristo", y, por ello mismo, nos hacemos "herederos de Dios". Este bien de la herencia divina es el bien de la salvación, actualizado incesantemente en vosotros por el Espíritu Santo, obrador de la gracia y de la vida eterna. Por esto, Jesucristo llamó al Espíritu Santo "Paráclito", es decir, "consolador", "intercesor", "abogado". La paz que nos da Jesús está fundamentada en este don que transforma al hombre y a la sociedad desde el corazón del hombre mismo. Es el don que, "mediante el misterio pascual, es dado de un modo nuevo a los apóstoles y a la Iglesia y, por medio de ellos, a la humanidad y al mundo entero" (*Dominum et Vivificantem*, 23).

4. Durante la última Cena, que nosotros conmemoramos ahora, Jesús al prometernos como herencia su paz y su salvación, nos indicó el requisito que hemos de poner por parte nuestra: *el amor*. Este amor es un don suyo y es también colaboración nuestra. En realidad, es el *fruto del Espíritu Santo enviado por Jesús* de parte del Padre. Oigamos las palabras del Señor, que ahora repite para cada uno de nosotros: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él...; El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo" (Jn 14, 23-26).

Sí, amadísimos hermanos, el bien de la salvación —que es paz, gracia y perdón— brota, como de un manantial inagotable, de esa inhabitación de Dios en nosotros por el amor. El "dulce huésped del alma", inundando los corazones de su gracia

y de su amor, anticipa ya en ellos el comienzo de la vida eterna, que consiste en la paz duradera dentro de las personas, de las familias y de los pueblos. *La vida eterna*, en efecto, es la presencia feliz y la permanencia del hombre en Dios mediante el amor. A esta vida eterna estamos llamados en Jesucristo, a ella nos conduce interiormente el Espíritu Santo Paráclito mediante su acción santificante.

5. En mi reciente encíclica sobre el Espíritu Santo, invito a todos a orar por la paz y a construir la paz: "La paz es fruto del amor: esa paz interior que el hombre cansado busca en la intimidad de su ser; esa paz que piden la humanidad, la familia humana, los pueblos, las naciones, los continentes, con la ansiosa esperanza de obtenerla en la perspectiva del paso del segundo milenio cristiano" (*Dominum et Vivificantem*, 67). Así, pues, "la salvación de nuestro Dios" en todos los confines de la tierra, entre todos los pueblos y culturas, se despliega mediante el corazón pacificado del hombre. Entonces participa de esta paz y salvación toda la comunidad de los hombres, en primer lugar la familia, la cual tiene un cometido primordial e insustituible en la obra de la salvación ofrecida por Dios en Jesucristo a la humanidad entera. La familia es entonces evangelizada y evangelizadora, recibe la paz y transmite la paz. "Por ello la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por toda la humanidad y del amor de Cristo Señor a la Iglesia su esposa" (*Familiaris consortio*, 17).

En mi solicitud pastoral por toda la Iglesia no he cesado de poner de relieve el puesto que ocupa la familia como fundamento de la sociedad humana y cristiana, de cuya unidad, fidelidad y fecundidad dependen la estabilidad y la paz de los pueblos. Colombia no puede renunciar a su tradición de respeto y de apoyo decidido a los valores que, cultivados en el núcleo familiar, son factor muy significativo en el desarrollo moral de sus relaciones sociales, y forman el tejido de una sociedad que pretende ser sólidamente humana y cristiana.

Sé que vuestros Pastores os han puesto repetidas veces en guardia contra los peligros a que hoy está expuesta la familia. Me uno a ellos en esta urgente y noble tarea pastoral de procurar a la familia una formación adecuada para que sea agente insustituible de evangelización y base de la solidaridad y de la paz en la sociedad. Damos gracias a Dios porque "hay familias, verdaderas 'iglesias domésticas', en cuyo seno se vive la fe, se educa a los hijos en la fe y se da buen ejemplo de amor, de mutuo entendimiento y de irradiación de ese amor al prójimo en la parroquia y en la diócesis" (*Puebla*, 94). ¡Sí! "la familia cristiana es el primer centro de evangelización" (*Puebla*, 617), es también la "escuela del más rico humanismo" (*Gaudium et spes*, 52), y, como tal, es inagotable cantera de vocaciones cristianas y formadora de hombres y mujeres, constructores de la justicia y de la paz universal en el amor de Cristo.

6. América Latina es amante de la paz. Sabe que este don supremo es condición indispensable para su progreso. Pero, a la vez, es consciente de los múltiples peligros que atentan contra una paz estable: "Baste pensar en la carrera armamentista y en el peligro, que la misma conlleva, de una autodestrucción nuclear. Por otra parte, se hace cada vez más patente a todos la grave situación de extensas regiones del planeta, marcadas por la indigencia y el hambre que llevan a la muerte" (*Dominum et Vivificantem*, 57).

Si cada cristiano y cada comunidad eclesial se convirtieran en ardientes mensajeros de paz, ésta sería pronto una realidad en la comunidad humana. Colombianos todos: ¿Por qué no hacer de este serio compromiso por la paz un fruto de la visita del Papa a vuestro País? Quisiera poder aplicar a cada uno de los aquí presentes ya a todos los que me escuchan, las palabras del profeta Isaías: "Qué hermosos sobre los montes *los pies del mensajero que anuncia la paz*, que trae buenas nuevas, que anuncia la salvación, que dice a Sión: 'Ya reina tu Dios'" (*Is* 52, 7).

La Buena Nueva de este Reino de Dios es un mensaje de libertad: Dios ha liberado a su pueblo. Y por eso, habrá siempre apóstoles y misioneros, que anuncien al pueblo de la Nueva Alianza la venida y la presencia del Reino. Estos "mensajeros" proclaman la verdad revelada sobre Dios, sobre el mundo y sobre el hombre, a la luz del mensaje de Jesús crucificado y resucitado, por más que su mensaje resulte duro y molesto a los oídos de quienes prefieren los "ídolos" de este mundo. El mensajero de la paz evangélica está dispuesto a dar testimonio con sus palabras y con la ofrenda "martirial" de su propia vida.

7. Al comienzo de mi visita pastoral por tierras colombianas doy gracias a Dios, desde lo más hondo de mi corazón, por todos los mensajeros de la Buena Nueva, que a lo largo de casi cinco siglos han injertado en vuestros corazones el Evangelio, como fuente de paz para los individuos, las familias y la sociedad.

Doy también infinitas gracias a Dios por todos los mensajeros que en nuestros días consagran calladamente su vida y sus energías a anunciar el mensaje evangélico de la paz. El mensajero que "anuncia la paz" es el mismo que "trae buenas nuevas, que anuncia la salvación", como dice el profeta Isaías (*Is* 52, 7). Pero esta paz es ahora la paz que Cristo nos prometió y nos dejó en herencia. Es su propia paz, en contraposición a la falsa paz que prometen los ídolos de este mundo (cf. *Jn* 14, 27). ¡Ojalá cada uno de vosotros y cada una de vuestras comunidades y familias goce de la paz que Cristo nos regala! Y que todos seáis sembradores de la paz, sin fronteras de tiempo y lugar.

Esta paz, fruto del amor entre Dios y los hombres, y obra de la justicia, es el bien mesiánico por excelencia; la primicia de la salvación y de la liberación definitiva que todos anhelamos.

La paz de Cristo es diversa de la del mundo, que se desvanece y agota en el bienestar efímero, en alegrías y placeres pasajeros (cf. *Jn* 16, 20). La paz de Cristo no ahorra en verdad pruebas y tribulaciones, pero es siempre fuente de serenidad y de felicidad, porque lleva consigo la plenitud de vida, que mana a raudales de la presencia del Señor en los corazones. Si el nacimiento de Cristo fue el evento de paz para los hombres (cf. *Lc* 2, 14), su "vuelta" o "paso" hacia el Padre, por la muerte y resurrección, se convirtió en la fuente de este don que es exclusivo de Cristo: "La paz os dejo, mi paz os doy" (*Jn* 14, 27). He aquí el don que el Señor comunica a todos los hombres de buena voluntad.

8. Habéis querido que mi visita pastoral a vosotros esté marcada por el sello de la paz: "Con la paz de Cristo por los caminos de Colombia". Sé que este lema coincide con la aspiración a la paz, anhelo arraigado en el corazón de este pueblo. Los largos y crueles años de violencia que han afectado a Colombia no han podido destruir el deseo vehemente de alcanzar una paz justa y duradera. Sé que ha habido generosas iniciativas encaminadas a fomentar el diálogo y la concordia para conseguir una paz estable. En este sentido no puedo menos de alentarnos, a todos los colombianos sin excepción, a proseguir sin descanso por derroteros de

paz, conscientes de que ésta, sin dejar de ser tarea humana, es primordialmente un don de Dios. Reducirse pues a promover sólo proyectos limitados y humanos de paz equivaldría a ir en pos de fracasos y desilusiones. Para llevar a cabo esta tarea inmensa de lograr la paz —que exige perdón y reconciliación—, el primer paso, que estoy seguro que daréis cada uno de vosotros, es el de desterrar de los corazones cualquier residuo de rencor y de resentimiento. Los años de violencia han producido heridas personales y sociales que es necesario restañar. La violencia que ciega tantas vidas inocentes tiene su origen en el corazón de los hombres. Por esto un corazón que reza de verdad el "Padre Nuestro" y que se convierte a Dios, rechazando el pecado, no es capaz de sembrar la muerte entre los hermanos.

9. ¿Quién puede negarse a perdonar cuando sabe que él mismo ha sido ya perdonado repetidas veces por la misericordia de Dios? "La paz comienza en el corazón del hombre que acepta la ley divina, que reconoce a Dios como Padre y a los demás hombres como hermanos" (*Alocución a los Obispos colombianos en la visita "Ad limina", 22 de febrero 1985*).

"Bienaventurados los constructores de la paz porque se llamarán hijos de Dios" (Mt 5, 9): La paz es una obra ingente, que requiere un perpetuo quehacer por parte de todos los colombianos. Y porque supone un perpetuo quehacer, realmente superior a las solas fuerzas humanas, vuestros templos y santuarios, dedicados muchos de ellos a Cristo y a la Santísima Virgen, deben convertirse en centros de oración comunitaria y comprometida por la paz.

10. Por desgracia, muchos hombres en el mundo contemporáneo se han dejado seducir por la tentación de la violencia armada, hasta llegar en muchas partes a los extremos insensatos del terrorismo que sólo deja tras de sí desolación y muerte. Desde esta ciudad de Bogotá hago un llamado vehemente a quienes continúan por el camino de la guerrilla, para que orienten sus energías —inspiradas acaso por ideales de justicia— hacia acciones constructivas y reconciliadoras que contribuyan verdaderamente al progreso del país. Os exhorto a poner fin a la destrucción y a la muerte de tantos inocentes en campos y ciudades.

Hermanos y hermanas queridísimos, gracias a vuestro compromiso de haceros constructores de la paz, la salvación de Cristo ya empieza a ser realidad: "Porque los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios" (Is 52, 10).

Doy gracias al Señor, junto con vosotros, por la obra de salvación, que se ha realizado aquí a lo largo de los cinco siglos de evangelización. En el cuarto centenario de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá, encomiendo el futuro de la Iglesia y de la sociedad a María, fiel a los designios salvíficos del Padre, Madre virginal de Cristo, instrumento de gozo en el Espíritu Santo y Reina de la Paz. Como Jesús os digo: "La paz os dejo, mi paz os doy... No se turbe vuestro corazón ni se acobarde" (Jn 14, 27).

¡Pueblo de Dios: "Ya reina tu Dios" en esta tierra (cf. Is 52, 7). ¡Tu Dios reina! Así sea.

DISCURSO EN LA NUNCIATURA AL CUERPO DIPLOMATICO ACREDITADO EN COLOMBIA

BOGOTÁ, NUNCIATURA APOSTOLICA
(02-07-1986)

Excelencias, señoras, señores:

1. Es un motivo de satisfacción poder celebrar este encuentro, en la sede de la Nunciatura Apostólica, con un grupo calificado de personas como es el Cuerpo Diplomático acreditado ante el Gobierno de Colombia. Ante todo, deseo presentaros mi más deferente saludo, que en vosotros hago extensivo a los Gobiernos y pueblos a los que representáis.

En repetidas ocasiones la Santa Sede ha demostrado su alta estima por la tarea llevada a cabo por los Representantes Diplomáticos, sobre todo cuando ésta se pone al servicio de la gran causa de la paz, del acercamiento y colaboración entre los pueblos y de un intercambio fructífero para el progreso de la comunidad internacional.

2. Una misma preocupación nos une ciertamente y nos hace trabajar juntos: el bien de la humanidad y el porvenir de cada pueblo, especialmente de aquellos que se esfuerzan por ver reconocida y respetada su dignidad. Esta preocupación os llama a ser artífices del entendimiento entre las naciones, a favorecer la seguridad internacional, así como la paz y la concordia entre todos los hombres.

Las sociedades humanas, nacionales e internacionales, serán juzgadas en este terreno de la paz por la contribución que hayan dado al desarrollo del hombre y al respeto de sus derechos fundamentales. Si toda sociedad debe buscar y garantizar el derecho de cada individuo a una existencia digna, este derecho no se podrá separar de otra exigencia, también fundamental, que podríamos llamar el derecho a la paz y a la seguridad.

En efecto, todo ser humano aspira a una paz que le permita su plena realización personal, al amparo de cualquier tipo de violencia que puede provenir de acciones terroristas, que conducen a la desestabilización social e incluso a conflictos armados.

3. Se deben buscar pues incansablemente todos los medios que pueden conducir a la paz. Ya en mi viaje a Irlanda dije, y lo repito aquí "que la violencia es un mal, que la violencia es inaceptable como solución a los problemas, que la violencia no es digna del hombre" (Drogheda, 29 septiembre 1979, n. 8). Igual que entonces, quiero ser también aquí mensajero incansable de un ideal que excluye la violencia, un ideal —la paz— fundada sobre la fraternidad y que tiene su origen en Dios.

En esta perspectiva siento el deber de reafirmar, al mismo tiempo, que una paz auténtica ha de tener sus raíces bien fundadas en la dignidad del hombre y de sus derechos inalienables. No puede existir verdadera paz si no existe un compromiso serio y decidido en la aplicación de la justicia social. En efecto, la justicia y la paz no pueden disociarse: una paz que no tuviera en cuenta la justicia sería sólo un suceso.

Trabajar por la paz significa, por tanto, comprometerse en la promoción de la justicia y en la defensa y tutela de los derechos fundamentales del hombre, en el respeto mutuo, en el amor fraternal.

Permitid al Papa, peregrino de la paz por los caminos de Colombia, que os diga con el corazón abierto: no dudéis en comprometeros personalmente, por la paz mediante gestos de la paz, cada uno en su ámbito y en su esfera de responsabilidad. Dad vida a realizaciones audaces que sean manifestaciones de respeto, de fraternidad y de justicia. De este modo empeñaréis todas vuestras capacidades personales y profesionales al servicio de la gran causa de la paz. Yo os aseguro que por el camino de la paz encontraréis siempre a Dios que os acompaña.

4. El hombre se afirmará a sí mismo por ese camino, y no por la ambición de un poder ilusorio y frágil. El hombre tiene también derecho a que el Estado, responsable del bien común, le eduque en la práctica de los medios para la paz. La Iglesia ha enseñado siempre que "el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad... En nombre de estas premisas concier-

tes al orden ético objetivo, los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo más que en base al respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre... Sin esto se llega a la destrucción de la sociedad, a la oposición de los ciudadanos a la autoridad, o también a una situación de opresión, de intimidación, de violencia, de terrorismo, de los que nos han dado bastantes ejemplos los totalitarismos de nuestro siglo" (*Redemptor hominis*, 17).

5. Todo esto, junto con una distribución equitativa de los frutos del progreso, me parece que constituye las condiciones para un crecimiento y un desarrollo más armonioso de esta tierra que con tanto gozo visito estos días, así como de América Latina. Que Dios quiera sostener los esfuerzos de los responsables, tanto a escala nacional como internacional, para que Colombia y todas las Naciones de este gran continente puedan desempeñar el papel que les corresponde en el concierto de la gran familia latinoamericana y de la comunidad internacional.

Señoras y señores: os reitero mi profunda complacencia por haber podido saludaros y expresaros algunas de las inquietudes que llevo en mi corazón. Con mis mejores deseos por las altas funciones que desempeñáis, pido al Todopoderoso que os bendiga con sus dones, así como a vuestras familias y colaboradores.

SALUDO A LOS OBISPOS DE COLOMBIA EN LA SEDE DEL SPEC, TRAS LAS PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

BOGOTÁ, SPEC
(02-07-1986)

Santísimo Padre:

Bienvenido a este hogar de la Conferencia Episcopal de Colombia. Vuestra presencia entre nosotros en este ambiente de familia nos ilumina y nos confirma en la fe, aquilata nuestra fraternidad sacramental y nos hace gustar sensiblemente el valor inapreciable de nuestra inquebrantable comunión con el Romano Pontífice. Esta Conferencia Episcopal, nacida antes del Código de Derecho Canónico y por expresa solicitud pastoral del Papa San Pío X, comenzó su proceso histórico el 14 de septiembre de 1908, integrada por 15 prelados. En el transcurso de 78 años de existencia, no sólo se gloria de contarse cronológicamente en la vanguardia de estas instituciones eclesiales, sino que ha venido configurando progresivamente su identidad colegial y perfeccionando sus estructuras de organización interna y de servicio a las diócesis y prelados de la nación. Hoy es centro de encuentro y comunión de los Pastores y de irradiación del magisterio colectivo y de orientaciones pastorales para el beneficio del pueblo colombiano.

El aliento de vida y la savia fecundante de la Conferencia Episcopal de Colombia han sido el espíritu de comunidad fraterna y de corresponsabilidad pastoral de todo el Colegio de los Obispos. Conscientes del sentido y de la misión de la Conferencia Episcopal la consideramos como instancia de diálogo abierto y constructivo, como centro de comunión y acción eclesial, como organismo de servicio pastoral, con respeto a los derechos propios de cada Iglesia particular y de sus prelados, y con atención a la diversidad de circunstancias locales en el ámbito nacional.

La actual imagen de esta identidad, con su estructura externa y su cohesión interna se ha venido configurando en laboriosos y constantes esfuerzos en el pasado y en el presente. Nos antecedieron prelados ilustres, que brillaron como faros luminosos de santidad, de ciencia, de prudencia en el gobierno pastoral, que echaron raíces profundas y fecundas para una perenne vitalidad de la Conferencia Episcopal. Algunos de estos prelados, que compartieron nuestras preocupaciones y trabajos, aún nos acompañan como prelados emeritos desde la serena satisfacción del deber cumplido y de haber gastado sus energías por Dios y por la Iglesia. Los actuales miembros recibimos con aprecio esta meritoria herencia y nos proponemos conservarla y enriquecerla en ambiente de afectuosa fraternidad y en espíritu de disponibilidad al servicio de la Iglesia y de la patria.

Siempre ha sido preocupación primordial de la Conferencia Episcopal de Colombia la salvaguardia de los derechos de Dios y de la Iglesia, la fidelidad al Evangelio y al magisterio pontificio, en proyección de servicio pastoral a un pueblo entrañablemente católico, que conserva como herencia sagrada los tesoros de la fe, de la reli-

giosidad tradicional, de la adhesión a Cristo, a la Iglesia y a sus Pastores, a pesar del ambiente secularista que se difunde como pernicioso contagio.

Con sentido cristiano y patriótico ha venido recorriendo la Conferencia Episcopal los mismos caminos de la historia nacional, en la sucesión de diversos acontecimientos, prósperos y adversos, ofreciendo criterios orientadores sobre la dignidad del hombre y el respeto a la vida humana, propiciando el ambiente de paz y de concordia, proyectando iluminación cristiana en los esfuerzos por conseguir el progreso y la prosperidad de la patria.

Santísimo Padre, para alegría nuestra y fortalecimiento de nuestra fe nos sentimos honrados con vuestra presencia en este hogar del Episcopado colombiano, que es también templo de la fe en el dogma de la unidad de la Iglesia, templo de la veneración, obediencia y amor al Vicario de Cristo, con quien deseamos mantener inquebrantable y afectuosa comunión teológica y jurídica. En el espíritu de esta comunión encontramos el fundamento de fraternidad de las Iglesias particulares y la raíz profunda de nuestro afecto colegial.

Siempre nos ha conmovido y edificado provechosamente la afectuosa y encendida devoción que Vuestra Santidad profesa a la Santísima Virgen María. También nosotros desde niños aprendimos a llamarla "Reina y Madre de Misericordia". Como símbolo de esta común herencia de amor filial a la Virgen María, la Conferencia Episcopal de Colombia quiere significar la gratitud por vuestra visita y los sentimientos de fraternal afecto en el simbólico obsequio de una reliquia colonial, expresión artística del alma creyente de nuestro pueblo. También estos volúmenes que representan el trabajo de la Conferencia Episcopal de Colombia en el transcurso de toda su historia y una visión de conjunto del estado actual de la Iglesia en Colombia.

Que vuestra bendición apostólica nos confirme en la fe, ratifique nuestra comunión eclesial y nos estimule en nuestro ministerio pastoral.

"Amadísimos hermanos en el Episcopado:

"Gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús (2 Tim 1, 2).

1. Con estas palabras del apóstol San Pablo me dirijo a vosotros, para expresar desde el primer momento la íntima comunión en el Espíritu Santo, que se realiza en este encuentro entre el Sucesor de Pedro y sus hermanos, sucesores de los Apóstoles, Pastores de la Iglesia en Colombia.

Expresión de mi sincero "afecto en la caridad" quiere ser mi saludo cordial a los Señores Cardenales, Arzobispos, Obispos, Vicarios Apostólicos y Prefectos Apostólicos que pre-

sidís las Iglesias particulares en esta noble y católica Nación colombiana y sois o habéis sido miembros de la Conferencia Episcopal. Para todos, mi saludo de paz y de comunión apostólica, mientras doy gracias al Señor por vuestro edificante testimonio de unidad.

Este encuentro en la sede de vuestra Conferencia Episcopal quiere ser una viva demostración de la estrecha comunión de los Obispos de Colombia con el Sucesor de Pedro y con la

Santa Sede, que caracteriza vuestro ministerio episcopal y la fe católica de vuestro pueblo.

A lo largo de mi visita pastoral tendré ocasión de llevar a toda la Iglesia en Colombia un mensaje de fe y de esperanza sabiendo de antemano que el Episcopado sabrá acogerlo y profundizar en él, con la misma responsabilidad pastoral con que ha preparado al pueblo colombiano para su encuentro con el Papa. Por eso, en la especial circunstancia que nos congrega, vamos a reflexionar juntos sobre algunos aspectos fundamentales de la misión del Obispo hoy en Colombia.

2. Dios os ha constituido Pastores de la Iglesia en medio de este pueblo que se ha distinguido desde los albores de su evangelización por su ejemplar fe católica, profundamente arraigada gracias a la labor de destacados misioneros como San Luis Beltrán o San Pedro Claver. En el alma colombiana anida, por así decirlo, un sentido connatural de la trascendencia de Dios y de confianza en la Providencia. Es digna de admiración y de encomio la acendrada devoción de vuestras gentes a la Virgen María, su hondo sentido de los misterios de la Pasión gloriosa del Salvador, su amor y respeto hacia el Papa y hacia los Pastores de la Iglesia.

Sois pues Pastores, de una Iglesia que cuenta con un inmenso potencial de fe y religiosidad, para enfrentar esperanzadamente los problemas que se plantean en la vida cotidiana de vuestras comunidades y en la situación social que atraviesa vuestro País.

Pero, ante todo, en cuanto Obispos de la Iglesia, contáis con una gracia y una misión sobrenatural que permanece siempre como la fuente inspiradora de vuestra actividad pastoral. Como Obispos de la Iglesia sois

el punto de convergencia y propulsión de la vida de comunión que es una idea "fundamental y central" de la eclesiología del Vaticano II, como justamente recordó el reciente Sínodo Extraordinario de los Obispos.

La palabra *comunión* nos lleva hasta el manantial mismo de la vida trinitaria (cf. 1 Jn 1, 3) que converge en la gracia y en el ministerio del Episcopado. El Obispo es imagen del Padre, hace presente a Cristo como Buen Pastor, recibe la plenitud del Espíritu Santo de la cual brotan enseñanzas e iniciativas ministeriales para que pueda edificar, a imagen de la Trinidad y a través de la Palabra y de los sacramentos, esa Iglesia, lugar de donación de Dios a los fieles que le han sido confiados.

El Obispo, en virtud de su agregación al Colegio episcopal, heredero del único colegio apostólico, debe reflejar de manera nítida su íntima comunión de fe y de vida, así como de acción pastoral, con los demás Obispos de la Iglesia, todos unidos con el Romano Pontífice que es "principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión" que garantiza que el mismo episcopado sea uno e indivisible (*Lumen gentium*, n. 18).

3. Misión primordial de cada uno de los Pastores es presidir y edificar la Iglesia que Cristo le ha asignado. Así lo establece la legislación canónica, que se hace eco de los documentos del Concilio Vaticano II, resumiendo en estas palabras el ministerio del Obispo en perfecta comunión con el Sucesor de Pedro: "La diócesis es una porción del pueblo de Dios cuyo cuidado pastoral se encomienda al Obispo con la colaboración del presbiterio, de manera que unida a su pastor y congregada por él en el Espíritu Santo, mediante el Evangelio y la Eucaristía, constituya una iglesia par-

tical, en la cual verdaderamente está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una santa, católica y apostólica" (C.I.C. c. 369, cf. *Christus Dominus*, n. 11).

Allí donde los consagrados al ministerio trabajan por edificar la Iglesia (cf. *Ef* 4, 12), crece compacto el Cuerpo de Cristo, la nueva humanidad, el proyecto de nueva sociedad, la familia de Dios que "se perfecciona en la caridad" (*Ibid.* 16). Por eso, la tarea primordial es conformar nuestra misión a la misión misma de Cristo y del Espíritu, la cual empieza siempre por la edificación de la Iglesia.

Con razón se acentúa la imprescindible presencia del *Evangelio* de Cristo, predicado como anuncio y encarnado como vida, en todas sus dimensiones personales y sociales. Esta presencia continua de Cristo tiene su centro de comunión en la *Eucaristía*, es decir Cristo mismo en su misterio pascual que se hace presente con toda la riqueza de su misterio Redentor. El hace la Iglesia, la edifica, la alimenta y la hace como renacer cada día, desde el misterio de su muerte y resurrección, que se perpetúa en el sacrificio de la Misa. En la celebración de la Eucaristía el Obispo es el principio de unidad de todas las asambleas, que son "legítimas" en cuanto mantienen esa necesaria comunión con el ministerio episcopal (cf. *Lumen gentium*, n. 26). Con palabras que son conmovedoras para tantas experiencias de vida eclesial en el mundo y también aquí en Colombia, el Concilio nos recuerda: "En estas comunidades, aunque sean frecuentemente pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, está presente Cristo, por cuya virtud se congrega la Iglesia, una, santa, católica y apostólica" (*Ibid.*).

4. Es esta una tarea ministerial en la que cada Pastor tiene que poner toda su ilusión para hacer de su propia

grey una perfecta realización de la Iglesia de Cristo. Para eso recibe el Obispo la plenitud del Espíritu Santo en la ordenación episcopal, para ser colaborador de esta misión eclesial que es propia del Espíritu Santo.

Como he escrito recientemente en mi encíclica sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo: "La gracia del Espíritu Santo, que los Apóstoles dieron a sus colaboradores con la imposición de las manos, sigue siendo transmitida en la ordenación episcopal. Luego los Obispos, con el sacramento del orden hacen partícipes de este don espiritual a los ministros sagrados y proveen a que, mediante el sacramento de la Confirmación, sean corroborados por El todos los renacidos por el agua y por el Espíritu, así en cierto modo, se perpetúa la gracia de Pentecostés" (*Dominus et Vivificantem*, 25).

De la visión sacramental del Episcopado como misterio de comunión, y de esta gracia del Espíritu que os ha "constituido para regir la Iglesia de Dios" (cf. *Act* 20, 28) como colaboradores de su misión, se desprenden una serie de *tareas primordiales* y actualísimas de vuestro quehacer pastoral en la Iglesia de Colombia, tanto a nivel de Iglesias particulares como a nivel de Conferencia Episcopal.

MAESTROS DE LA VERDAD

5. La Iglesia es, por naturaleza y misión, depositaria y transmisora, a la vez, de una verdad que no es suya sino que es revelada por Dios en su Hijo, el Verbo Encarnado, muerto y resucitado, plenitud y mediador de toda la revelación.

La predicación del Evangelio de Jesucristo supone la transmisión íntegra de esa verdad, la valentía en defenderla, la sabiduría para aplicarla con discernimiento a los nuevos

problemas y situaciones de la humanidad.

El Obispo, pues, es llamado a ser maestro y testigo de la verdad fiel y leal en la comunión con el auténtico Magisterio de la Iglesia para la predicación de la integridad de la doctrina católica.

Se trata de una misión ardua en un mundo convulsionado por opiniones y teorías engañosas; algunas —como es el caso de las sectas que siembran confusión en vuestro pueblo sencillo— diluyen la coherencia y la unidad de la doctrina evangélica; otras —como es el caso de ciertas doctrinas que reivindicán la interpretación autónoma de los principios morales— prescinden altaneramente de la doctrina de la Iglesia en aras de un pretendido progreso humano y una visión secularista de la sociedad y de la vida.

6. En todo caso, sean claras y oportunas vuestras enseñanzas cuando la doctrina de la Iglesia pueda sufrir menoscabo, pues es misión pastoral del obispo proclamar la verdad y es derecho inalienable del Pueblo de Dios conocer con claridad la doctrina auténtica de la Iglesia.

Con mansedumbre, no exenta de firmeza, continuad enseñando, por todos los medios que estén a vuestro alcance, la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia, sobre el hombre. Conscientes de que sólo "la verdad os hará libres" (*Jn* 8, 32) defended la auténtica doctrina contra los silencios sospechosos, las ambigüedades engañosas, las reducciones mutiladoras, las lecturas subjetivas, las desviaciones que amenazan la integridad y la pureza de la fe.

Os animo y exhorto sobre todo a manteneros firmes en defender la verdad sobre el hombre, que se desprende de la verdad sobre Cristo y sobre la Iglesia, y tiene su aplicación en el

campo de los derechos humanos, de la sacralidad de la vida desde el momento de su concepción; proclamad ante la sociedad la indisolubilidad del matrimonio, la unidad y santidad de la familia, contra todos los ataques teóricos y prácticos que se insinúan en vuestro País. Defender el proyecto de Dios sobre el hombre y la mujer, sobre el matrimonio y la vida, no es sólo evidenciar esa ley inscrita por el Creador en la misma naturaleza humana, sino que es poner también las bases de una civilización del amor que no puede construirse si no es desde el respeto recíproco que tiene como punto de convergencia la ley santa de Dios grabada en la conciencia de los hombres.

Que el Espíritu de la verdad, ese Espíritu que "guía hasta la verdad completa" (*Jn* 16, 13), encuentre en vosotros auténticos colaboradores para llevar a cabo esa misión de convencer al mundo en lo referente al pecado, a la justicia y al juicio (cf. *Jn* 16, 8-11), cuando rechaza la verdad y la vida del Evangelio, como he subrayado recientemente en mi encíclica "Dominus et Vivificantem" (n. 27 s.).

MODELOS DE SANTIDAD

7. La fidelidad a vuestro ministerio, según las palabras y ejemplos del Maestro, tiene que traducirse en una *vida santa*, como corresponde a ese Espíritu de santidad que habéis recibido en vuestra ordenación episcopal.

Sed "modelos" para vuestra grey, como exhorta San Pedro (cf. *1 Pe* 5, 3); "en la palabra, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza de vida" (*1 Tim* 4, 12), como recomienda San Pablo a Timoteo. Hoy más que nunca se le pide al Obispo un testimonio evangélico personal.

Os lo pide ante todo Cristo, Buen Pastor y Cabeza de los Pastores, con

su propio ejemplo de bondad, de mansedumbre, de caridad pastoral hasta dar la vida por sus ovejas, como su primera manifestación del amor.

Dicho ministerio pastoral, caldeado siempre con la caridad que es don del Espíritu Santo, os exige la dedicación completa de vuestra vida. No se os pide menos que la vida misma, en un martirio cotidiano de entrega y de amor para "apacientar la grey que se os ha encomendado... siendo modelos de la grey" (1 Pe 5, 2-3).

En este compromiso de santidad y en vuestra ejemplaridad personal os encomiendo especialmente, a imitación de Jesús, Maestro y amigo de los discípulos, que prestéis una *atención especial a vuestros sacerdotes*. Son los primeros colaboradores en vuestro ministerio episcopal y deben ser los primeros destinatarios de vuestro cuidado pastoral. Sed para ellos padres, hermanos y amigos, que se preocupen de su vida espiritual y también de sus necesidades materiales. Fomentad con vuestro ejemplo la fraternidad sacerdotal entre todos los que son ministros del único Sacerdote, Jesucristo. Sed ejemplo de comunión y de unidad con todos vuestros sacerdotes para edificación y estímulo del pueblo de Dios. Velad también por la fidelidad de los religiosos y de las religiosas a los compromisos de su consagración y a la autenticidad de su servicio apostólico.

TESTIGOS DE LA ESPERANZA

8. A vosotros, Hermanos, os incumbe la noble tarea de ser los primeros en proclamar las "razones de la esperanza" (cf. 1 Pe 3, 15); esa esperanza que se apoya en las promesas de Dios, en la fidelidad a su palabra y que tiene como certeza inquebrantable la resurrección de Cristo, su victoria definitiva sobre el mal

y el pecado.

Sed testigos de esperanza para los jóvenes, amenazados por el vaivén de las falsas ilusiones y el pesimismo de los sueños que se desvanecen. Llevad la *verdadera esperanza a los pobres*, que miran a la Iglesia como su única defensa desde su esperanza sobrenatural. Para unos y para otros, abrid caminos de esperanza y de liberación auténtica, en la línea de vuestro documento episcopal "Identidad cristiana en la acción por la justicia", y de la enseñanza del Magisterio sobre esta delicada cuestión; particularmente, las dos instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe, "*Libertatis nuntius*", sobre algunos aspectos de la teología de la liberación, y "*libertatis conscientia*", sobre libertad cristiana y liberación. "Entre ambos documentos existe una relación orgánica. Deben leerse el uno a la luz del otro" (*Libertatis conscientia*, 2).

Continuad trabajando, queridos hermanos, en estrecha unidad, por la auténtica liberación que nos viene de Jesucristo, Redentor del hombre, la cual ha de ser preservada de ideologías que le son ajenas y que desvirtúan su contenido evangélico. Como lo señalaba en mi reciente encíclica "*Domini et Vivificantem*", existen formas de materialismo, "ya sea en su forma teórica —como sistema de pensamiento— ya sea en su forma práctica —como método de lectura y de valoración de los hechos—" (n. 56), que se oponen y resisten, particularmente en nuestros días, a la acción del Espíritu. Es éste un fenómeno que, con toda razón, os preocupa también a vosotros, como a tantos Pastores de América Latina, que lo han puesto de manifiesto en sus visitas "ad Limina".

Entre los *caminos de esperanza activa* para vuestra Iglesia que se proyecta ya hacia la conmemoración del

Vo. Centenario y hacia el Gran Jubileo del año 2000, os indico tres prioridades: las vocaciones sacerdotales y religiosas, la educación de la juventud, la promoción de un laicado comprometido.

Colombia es una nación católica y misionera. Necesita, pues, *vocaciones sacerdotales y religiosas* para una presencia viva de la Iglesia proporcionada a sus necesidades pastorales, y para un testimonio misionero. La promoción de las vocaciones y su formación adecuada asegura un camino de esperanza para la difusión del Evangelio. El mundo moderno tendrá cada vez más necesidad de los ministros de Cristo que prediquen su palabra y comuniquen la vitalidad del Espíritu. Ante la amenaza del materialismo, que intenta vaciar el alma humana de sus aspiraciones más nobles, la Iglesia será el baluarte de los valores del Espíritu, el lugar de la presencia del humanismo evangélico abierto a la trascendencia.

Colombia es también una nación con alto coeficiente de juventud. *Los jóvenes son mi esperanza*, como son también vuestra esperanza. Pero hay que desplegar las mejores energías para formar su conciencia desde la fe, colaborar por todos los medios en una educación integral de los jóvenes que se forman en la Universidad, en los Institutos técnicos y en los demás centros académicos. El progreso en la modernización de la Nación no puede prescindir de sus raíces culturales católicas, si quiere construir un futuro homogéneo que pueda desembocar en una civilización del amor. De esta forma los jóvenes serán los artífices de un futuro mejor. La Iglesia tiene que estar comprometida en este camino de esperanza que pasa por la formación integral de la juventud.

Os recuerdo, finalmente, la apre-

miente tarea de *promoción de un laicado maduro y responsable*, capaz de ser fermento y presencia activa en la Iglesia y en la sociedad. A nivel de Iglesias locales y de toda la Iglesia de Colombia, hay que recordar las palabras del Concilio Vaticano II: "La Iglesia no está verdaderamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombres mientras no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho" (*Ad gentes*, 21), un laicado maduro y comprometido. Sé que no falta a la Iglesia colombiana esa riqueza de seglares cristianos que ya trabajan en la catequesis y en la misión, en los movimientos apostólicos y familiares, en la vida social. En la perspectiva del próximo Sínodo de los Obispos os exhorto a intensificar esta formación del laicado cristiano. Ellos serán también garantía de esperanza para una presencia más incisiva del Evangelio en la vida pública de vuestra nación.

9. Queridos pastores de la Iglesia en Colombia, he querido recordaros algunas tareas que son inherentes a vuestro ministerio episcopal. Como Conferencia Episcopal de Colombia vuestra responsabilidad tiene un horizonte amplio que abarca toda la Nación, a cuyo bienestar y progreso contribuye la vida de los católicos, encomendados a vuestro ministerio eclesial.

Con la gracia que brota de la comunión en la fe, con la fuerza moral que adquieren vuestros pronunciamientos unánimes, con la colaboración y el discernimiento que se realiza en el ámbito de la Conferencia Episcopal, velad por la Iglesia y su vitalidad interna y misionera. Sed servidores de vuestro pueblo y de vuestra gente abriendo *senderos de mayor justicia y progreso social para todos*.

No cejéis en vuestra defensa de los

derechos de los más débiles en la promoción de la moralidad pública en una mediación honrosa para la reconciliación de todos los hijos de esta Nación noble y cordial, hospitalaria y amante de la paz.

10. Al finalizar este encuentro quiero invocar sobre cada uno de vosotros, sobre vuestras Iglesias particulares con sus sacerdotes, religiosos y religiosas, familias, jóvenes y niños, sobre todos vuestros fieles, la protección de la Virgen María, Madre de la Iglesia en Colombia, bajo la advocación de la Virgen del Rosario de Chiquin-

quirá. Que Ella, la Madre de los discípulos de Jesús, la Virgen del Cenáculo y Reina de los Apóstoles, os alcance la plenitud del Espíritu para que haga fecunda vuestra acción apostólica. Que Ella, Patrona de Colombia y Reina de la Paz, obtenga para toda vuestra Nación, herida por la violencia, el don de la reconciliación fraterna entre todos los colombianos, garantía de un futuro de prosperidad y de progreso.

Con estos deseos os acompaña mi oración y mi Bendición Apostólica.

SALUDO EN LA NUNCIATURA A LOS RELIGIOSOS DE LA CLAR

BOGOTÁ, NUNCIATURA APOSTOLICA
(02-07-1986)

1. Con gozo saludo a la Presidencia y a los representantes de las cuatro Regionales de la CLAR, que habéis querido venir a visitarme a la Nunciatura Apostólica, con motivo de mi estancia en Bogotá, donde se encuentra también la sede de vuestra Confederación.

Aprovecho la ocasión para saludar en vosotros a todos los que representáis, es decir a todas las Conferencias Nacionales de Superiores Mayores de Religiosos de América Latina y a través de ellas a toda la inmensa multitud de religiosos y religiosas que viven su consagración y su servicio en este gran continente de la esperanza, y de quienes depende tanto la presencia eficaz de la Iglesia en el ámbito de la evangelización y de las múltiples obras pastorales y de asistencia.

Junto con este saludo quiero agradeceros la fidelidad al Señor en vuestra consagración religiosa, el trabajo silencioso y eficaz de tantos religiosos y religiosas, así como la presencia y el servicio que prestan en toda América Latina, su disponibilidad para colaborar con los Obispos, su rica y multiforme aportación a la misión evangelizadora, para que se resplandezca la comunión eficaz en la variedad de todos los carismas, suscitados por el Espíritu para el bien de la Iglesia.

2. Quiero felicitaros también porque recientemente habéis celebrado los 25 años de la CLAR y habéis recibido, aprobados por la Santa Sede, los Estatutos de vuestra Confederación Latinoamericana de Religiosos, actualizados y acomodados al nuevo Código de Derecho Canónico y a las necesidades presentes de la vida religiosa en América Latina.

En ellos se han fijado con claridad la naturaleza y los objetivos de la CLAR. La Santa Sede ha depositado su confianza en vuestra tarea, al mismo tiempo que pide vuestra colaboración, fidelidad y responsabilidad en unos momentos de gran trascendencia para la evangelización de América Latina y del mundo.

Vuestro servicio de coordinación entre las Conferencias Nacionales de Superiores Mayores de Religiosos, os hace instrumento singular de esa comunión y participación que tenéis que vivir y promover en sintonía plena con toda la Iglesia en América Latina.

Los religiosos, por la dimensión eminentemente comunitaria de vuestra vida consagrada, tenéis que ser testimonio de comunión eclesial, dentro de la variedad y complementariedad de vuestros carismas y de vuestras tareas específicas de apostolado.

3. Estáis llamados a promover la comunión eclesial con el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) y con cada una de las Conferencias Episcopales, con el debido respeto y sumisión a los Pastores de las Iglesias particulares, a quienes

el Señor ha confiado el gobierno de cada porción de la Iglesia, que son las diócesis, en las que los religiosos han de estar integrados en comunión con los otros miembros del pueblo de Dios.

De la misma manera os incumbe la labor de coordinación entre las diversas Conferencias Nacionales de Superiores Mayores, a fin de favorecer el conocimiento mutuo, la colaboración y la formación de tantos religiosos y religiosas en América Latina, lo cual redundará en un enriquecimiento de vida espiritual y de experiencias apostólicas.

La confianza que en vosotros ponen los religiosos y religiosas en este continente es motivo de responsabilidad para que la CLAR manifieste en todo una firme adhesión al Magisterio del Papa, a las directrices de la Santa Sede y de los obispos, y promueva la autenticidad de la vida religiosa y de los diversos carismas, respetando y favoreciendo en el diálogo común la índole propia de cada instituto.

4. Es inmenso el potencial evangélico y eclesial que la vida religiosa ha desarrollado en la evangelización de América Latina. Cuando ya se ha iniciado la novena de preparación de las celebraciones del quinto Centenario de la Evangelización conviene recordar la responsabilidad que incumbe a los religiosos en esta nueva evangelización del continente, poniendo delante de vosotros el amor de vuestros Fundadores y Fundadoras por la Iglesia, por su expansión misionera, por su presencia salvadora en todas las latitudes y en todos los estamentos de la sociedad.

En esta nueva evangelización a la que la Iglesia en América Latina está convocada, escribid nuevas páginas de santidad y de entrega a vuestro ideal evangélico de pobreza, castidad y obediencia, en todos los lugares y medios en los que estéis presentes. Sea la oración la fuente vital de vuestra permanente consagración. Como lo he expresado en la encíclica "Dominum et Vivificantem", "nuestra difícil época tiene especial necesidad de la oración" (n. 65). Con vuestra plegaria contribuiréis de modo eficaz a la renovación de la vida espiritual que, sin duda, redundará en la autenticidad evangélica de vuestro testimonio en favor de los más necesitados, "en labor callada y humilde" (cf. *Puebla*, 733).

5. Sabéis bien que vuestra misión es la del servicio y que el servicio eclesial tiene siempre el sello inconfundible de la comunión y de la participación para la misión. Estad siempre al servicio de la vida religiosa para que no decaiga nunca la ilusión de ser "seguidores de Jesús", signos de la presencia de la acción del Espíritu, hijos fieles de la Iglesia y colaboradores en la difusión del Evangelio, entre todos los religiosos y religiosas de América Latina.

Vosotros que sois expertos en vida evangélica escribid con vuestra vida el Evangelio de Jesús en esta tierra y en esta época, haciendo presente a Cristo en la múltiple y variada expresión de su amor al Padre y a los hermanos. Que vuestro apostolado sea una consecuencia de vuestro encuentro, imitación y configuración con el Señor.

Que os ayude en esta tarea la Virgen María, tan querida por todos los pueblos latinoamericanos. Ella es el modelo cabal de la fidelidad y del servicio, de la comunión con Cristo y de la abnegada cooperación con toda su existencia a la obra de la salvación. A ella os encomiendo, para que su recuerdo sea siempre para todos vosotros motivo de fidelidad en vuestra consagración y de generoso servicio evangélico en comunión plena con la misión de la Iglesia.

Con mi Bendición Apostólica.

DISCURSO A LOS OBISPOS DEL CELAM

BOGOTÁ, CELAM
(02-07-1986)

Amados hermanos en el Episcopado:

1. La feliz circunstancia de vuestra reunión en Bogotá permite que mi visita apostólica a Colombia adquiera, en esta sede del CELAM, una dimensión que abarca a la gran familia latinoamericana. En vuestras personas saludo a todas las amadas Iglesias del continente, a sus Conferencias Episcopales y a todos los hombres y mujeres que en América Latina se esfuerzan por fecundar, con la fuerza del Evangelio, la vida de los pueblos que, va a hacer ahora cinco siglos, recibieron la luz de la fe y quieren seguir manteniendo su fidelidad a Cristo, a las puertas ya del tercer milenio cristiano. No es necesario repetir cuán cerca de mi corazón están los habitantes de estas tierras americanas, cuán grande es mi preocupación por todos sus problemas y mi solidaridad en todas sus dificultades y esperanzas.

Al llegar a esta casa, donde el Consejo Episcopal Latinoamericano tiene su sede, no puedo menos que evocar aquella memorable visita de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI, quien la inauguró con su bendición en agosto de 1968, con motivo del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá. Ni puedo dejar de recordar que fue en esta misma ciudad donde el Papa abrió los trabajos de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que luego se desarrolló en Medellín; En su discurso manifestaba la viva emoción que le embargaba en aquella "primera visita personal del Papa a sus hermanos y a sus hijos en América Latina". En los dieciocho años que nos separan de aquel histórico momento los encuentros del Sucesor de Pedro con el Episcopado latinoamericano se han multiplicado, y los intercambios entre la Santa Sede y el CELAM se han hecho cada vez más frecuentes y fructuosos.

A ellos he querido contribuir con mi solicitud pastoral, desde aquella memorable jornada del 28 de enero de 1979 en el Seminario Palafoxiano de Puebla de los Angeles, México, cuando se inauguró la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Sucesivamente tuve la alegría de encontrar a los Obispos participantes en la Asamblea de Río de Janeiro en 1980 con la que se conmemoraba las Bodas de Plata del CELAM; tres años más tarde inauguré en Puerto Príncipe la Asamblea Ordinaria de 1983, y en 1984 inicié las celebraciones del V Centenario de la evangelización del Nuevo Mundo, desde Santo Domingo. Me es grato evocar estos acontecimientos como testimonio de comunión entre el CELAM y el Sucesor de Pedro, a la vez que como signo elocuente del afecto colegial que anima las relaciones entre la Santa Sede y las diferentes Conferencias Episcopales latinoamericanas.

Os encontráis, queridos hermanos, en reunión llamada de "coordinación", para

revisar los programas del CELAM, evaluar los resultados obtenidos y concordar las actividades que habrán de llevarse a cabo en estos últimos meses, previos a la Asamblea General que tendrá lugar en marzo del próximo año. Hago fervientes votos para que los frutos de vuestros trabajos se traduzcan en un servicio cada vez más eficaz a las Conferencias Episcopales del continente, en orden a una más profunda evangelización y a una fortificación saludable del tejido eclesial.

2. Deseo ahora compartir con vosotros algunas reflexiones acerca de la misión que, guiados por el Espíritu, desempeñáis como Pastores de la Iglesia en América Latina.

En momentos de tanta incertidumbre por los que atraviesa vuestro continente y en medio de tantas llamadas seductoras que provienen de los poderes de este mundo, de los ídolos modernos y de las ideologías materialistas, los cristianos necesitan ser afianzados en la fidelidad. En un mundo como el nuestro en el que la verdad se ve acosada por el engaño, y los valores perennes suplantados a veces por intereses egoístas, es necesario educar la conciencia cristiana en la fidelidad.

Fidelidad, en primer lugar al Espíritu Santo, que es fuerza de renovación y de vida, principio de unidad y vínculo de la paz. Toda nuestra predicación, toda nuestra acción pastoral, todo nuestro ministerio es sólo instrumento del Espíritu que actúa y que renueva. El es quien da el vigor transformador y produce los frutos de la vida cristiana. El nos guía, nos fortalece, nos da las respuestas que exigen los retos pastorales de cada momento.

Mas el Espíritu nos conduce suavemente hacia una inquebrantable *fidelidad a la Palabra de Dios*, que es la norma imprescindible de nuestra predicación. Estamos —como dice el sugestivo título del documento final del Sínodo Extraordinario de 1985— “Sub verbo Dei”. Y estar bajo la Palabra de Dios, en fidelidad incondicional a esa Palabra que es Cristo mismo, es reconocer que nuestro mensaje viene de Dios; es mantener viva en la Iglesia aquella actitud reverente que expresan justamente las palabras iniciales de la Constitución dogmática sobre la divina revelación: “Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans” (*Dei Verbum*, 1). Esta fidelidad a la Palabra nos exige no solamente renunciar a discursos puramente humanos o seculares cuando se trata del anuncio del designio salvífico de salvación, sino mantener firmemente el sentido original de la Sagrada Escritura, sin separarlo de la viva Tradición eclesial ni de la interpretación auténtica del Magisterio.

Dicha fidelidad a la Palabra es el fundamento de la misión del obispo como maestro de verdad; de la verdad que viene de Dios y que lleva a la auténtica liberación del hombre: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (*Jn* 8, 32). Tal fue el compromiso asumido por los Pastores latinoamericanos en la histórica Conferencia de Puebla: “El Obispo es maestro de la verdad. En una Iglesia al servicio totalmente de la Palabra, es el primer evangelizador, el primer catequista, ninguna otra tarea lo puede eximir de esta misión sagrada” (Puebla, 687).

3. Mas la fidelidad al Espíritu y a la Palabra implica la inseparable *fidelidad a la Iglesia de Jesucristo*, en la cual dicha Palabra salvadora es proclamada. Ello exige mantener una visión eclesiológica integral y una concepción sacramental de la comunidad que formamos los que pertenecemos al Cuerpo Místico de Cristo, sin ceder a concepciones unilaterales o a una visión exclusivamente sociológica de la

Iglesia (cf. *Relación final del Sínodo Extraordinario* III, A. 3).

El CELAM, con su meritoria labor de reflexión y de intercambio al servicio de las Conferencias Episcopales del continente, y en unión con la Santa Sede, ha contribuido a reforzar la cohesión entre las distintas Iglesias particulares, señalando también, con responsabilidad y solicitud pastoral, las ambigüedades que en algunos momentos amenazaban la identidad eclesial.

Si somos fieles al Espíritu, a la Palabra y a la Iglesia de Jesucristo, también seremos *fieles al hombre* a cuyo servicio, especialmente de los más pobres y necesitados, hemos sido enviados como mensajeros de salvación. Precisamente por servir con fidelidad a los hombres de nuestro tiempo la Iglesia levanta hoy decididamente su voz para defender los derechos humanos y la dignidad que fundamenta esos derechos. Y en este contexto de respeto por la persona humana y de fidelidad a su destino sobrenatural, los Obispos latinoamericanos, y con ellos todas las comunidades eclesiales que dignamente presiden, han acogido los documentos “*Libertatis nuntius*” y “*Libertatis conscientia*” recientemente promulgados por la Sede Apostólica. Dichos documentos, en el marco del Magisterio pontificio, han contribuido a precisar el auténtico sentido evangélico de conceptos básicos que, arbitrariamente, venían siendo presentados desde una óptica ideológica o clasista. “La dimensión soteriológica de la liberación no puede reducirse a la dimensión socioética que es una consecuencia de ella”, afirma la “Instrucción sobre libertad cristiana y liberación” (n. 71). Por otra parte, a la vez que reconocer la *utilidad y necesidad de una teología de la liberación*, he querido recordar también que ésta debe desarrollarse en sintonía y sin rupturas con la tradición teológica de la Iglesia y de acuerdo con su doctrina social (cf. *Carta a la Conferencia Episcopal de Brasil*, no. 5, 9 abril 1986).

4. Tenéis la alegría y el honor, amados hermanos, de ser Pastores de pueblos en su inmensa mayoría creyentes, católicos. Pero, al mismo tiempo, sois conscientes de las amenazas que se ciernen sobre la grey que apacentáis. ¿Cómo no hacer presente en esta hora de América Latina una preocupación que sé que compartís y que he sentido el deber pastoral de expresar en mi encíclica sobre el Espíritu Santo? Me refiero a la resistencia al Espíritu que, en nuestra época, se manifiesta en el *materialismo* “como contenido de la cultura y de la civilización, como sistema filosófico, como programa de acción y formación de los comportamientos humanos” (*Dominum et Vivificantem*, 56).

Dicho materialismo se presenta hoy con diversos aspectos desde la actitud práctica de quienes viven “como si Dios no existiera”, hasta el materialismo teórico que se proclama ateo y que se erige en sistema pretendidamente científico, queriendo arrancar a Dios de la conciencia del hombre y negándose incluso el derecho a creer y practicar su fe religiosa.

Estas formas de resistencia y oposición al Espíritu se encuentran también presentes en América Latina y constituyen un particular motivo de preocupación en vuestra solicitud de Pastores.

5. He seguido con satisfacción las actividades de las Iglesias particulares latinoamericanas encaminadas a preparar la celebración del Vº Centenario del comienzo de la Evangelización del continente. Viene a mi mente el inolvidable encuentro en la ciudad de Santo Domingo, hace casi dos años, al que he aludido más arriba. En aquella tierra donde se plantó por primera vez la cruz, donde se rezó la primera

Ave María y se celebró la primera Eucaristía en el Nuevo Mundo, se dieron citas los Obispos del CELAM, junto con el Sucesor de Pedro, para inaugurar solemnemente los Novena de años con lo cual el pueblo fiel se está disponiendo espiritualmente para la magna fiesta católica y latinoamericana de 1992. Las Conferencias Episcopales del continente y el CELAM han empeñado toda su capacidad y todo su dinamismo en esta empresa que tiene un hondo significado espiritual y también una gran importancia cultural e histórica. Deseo alentarlos vivamente a proseguir en vuestro esfuerzo de animación y creatividad pastoral para que la consecución de las metas, propuestas en la solemne apertura del 12 de octubre de 1984, hagan de esta conmemoración el Centenario de la fe rejuvenecida.

Los desafíos de la hora presente son enormes. Al cumplirse estos quinientos años de vida latinoamericana, los pueblos del continente se encuentran ante un intenso y difícil proceso de toma de conciencia histórica y de búsqueda de su destino. La Iglesia católica ha sido fiel a su misión y está empeñada en este movimiento con el aporte de sus luces, con el testimonio de su propia historia, con el humilde reconocimiento de sus propias limitaciones, con el sencillo y sincero ofrecimiento de su colaboración.

6. La respuesta de la Iglesia a los retos de este momento histórico es la de una decidida acción evangelizadora, que sea réplica y continuación de aquella primera y fundacional predicación misionera. El ideal apostólico de la Iglesia latinoamericana es llevar el Evangelio a los hombres de hoy y de mañana, que se ven enfrentados a las seducciones de una cultura adveniente la cual se presenta a veces como una esperanza mesiánica materialista. Es elocuente el certero juicio de la Conferencia de Puebla de los Angeles a este respecto: "Si la Iglesia no reinterpreta la religión del pueblo latinoamericano, se producirá un vacío que lo ocuparán las sectas, los mesianismos políticos secularizados, el consumismo que produce hastío e indiferencia o el pansexualismo pagano. Nuevamente la Iglesia se encuentra con el problema: lo que no asume en Cristo, no es redimido y se constituye en un ídolo nuevo con malicia vieja" (Puebla, 469).

Quisiera terminar con una palabra de aliento a la dedicación y empeño de cuantos constituyen la gran familia del CELAM. Y mientras invoco sobre todos vosotros la protección de María, Madre de la Iglesia, elevo mi ferviente plegaria a Dios Todopoderoso para que continúe asistiendo con su gracia a los Obispos de este continente y les conceda "audacia de profetas y prudencia evangélica de Pastores; clarividencia de maestros y seguridad y guía de orientadores; fuerza de ánimo como testigos y serenidad, paciencia y mansedumbre de padres" (*Discurso inaugural*, Puebla).

Antes de concluir nuestro encuentro deseo también expresar mi saludo afectuoso a todas las personas que colaboran con los Obispos en esta sede del CELAM: a los sacerdotes, a las religiosas, a los asesores laicos, a los empleados y servidores. A todos ellos y a los benefactores del CELAM, a sus familiares y allegados, les impartió la Bendición Apostólica.

HOMILIA EN EL ESTADIO DE EL CAMPIN

BOGOTÁ, ESTADIO
"NEMESIO CAMACHO" DE "EL CAMPIN"
(02-07-1986)

*¡Vosotros sois la sal de la tierra!
¡Vosotros sois la luz del mundo!
(Mt 5, 13-14)*

1. Queridos jóvenes de Colombia:

Os saludo con las palabras que Jesús dirigió a la multitud en el Sermón de la Montaña.

También vosotros *sois multitud*, una multitud inmensa de discípulos a los que el Papa dirige con afecto y con gran confianza su saludo de paz. *¡Sed la sal de la tierra! ¡Sed la luz del mundo!* De esta tierra de Colombia; de este mundo latinoamericano al que pertenecéis.

Contemplando esta *inmensa juventud* el Papa quisiera fijar la mirada en cada uno de vosotros, dirigiros la palabra a cada uno en particular, porque a todos y cada uno de vosotros os ama Dios inmensamente y espera la respuesta personal e irreplicable que brota de

vuestro corazón generoso.

Por *ser discípulos de Jesús* y por *ser jóvenes* sois el futuro de la Iglesia, una promesa para el mundo entero.

Sois discípulos de Jesús, cristianos unidos vitalmente a El por la fe viva y por la gracia del bautismo, por la coherencia de un comportamiento evangélico. Nadie puede llamarse discípulo de Jesús si no escucha sus palabras, si no sigue sus pasos. Sólo de este modo seréis sal de la tierra y luz del mundo. Sólo así podréis ser de verdad jóvenes, con la perenne juventud del Evangelio.

Sois, con esta juventud evangélica, gozo y esperanza de la Iglesia y del mundo. En vosotros brota el renuevo de la comunidad de los creyentes y representáis el relevo de los que cons-

truyen la ciudad temporal. La fe tiene que alentar en vuestros corazones y en vuestras obras, llena de vigor y lozanía.

2. *Sois una generación privilegiada.* Con vosotros concluye un milenio y empieza otro, el tercer milenio cristiano. También en vosotros culminan quinientos años de evangelización de este nuevo mundo que es América Latina, y da comienzo una renovada empresa evangelizadora que proyectará a la Iglesia de Jesucristo hacia el futuro, precisamente desde vosotros, los jóvenes de este continente de la esperanza.

Depende, pues, en buena parte de vosotros que en Colombia y en todo el continente latinoamericano se conserve y se irradie la fe cristiana que hasta ahora lo ha caracterizado. Por eso he querido venir hasta aquí y por eso os hablo en nombre de Cristo, *para confirmaros en la fe y para enviaros como discípulos apostólicos del Evangelio*, hacia ese futuro que os pertenece y que os espera para que seáis sus artífices y protagonistas.

Habéis querido prepararos a este encuentro con el Papa mediante jornadas de reflexión y estudio sobre la Carta Apostólica que, con ocasión del Año Internacional de la Juventud, dirigí a los jóvenes y a las jóvenes del mundo; y también sobre el mensaje de la XVIII Jornada Mundial de la Paz, que tenía como lema "La paz y los jóvenes caminan juntos". Me alegra saber que dichas reuniones, a nivel de grupos, —como me habéis comunicado en la carta que me enviasteis el día de Pentecostés— han contribuido a crear mayor unidad entre los jóvenes colombianos.

Sé que muchos de los aquí presentes habéis crecido en situaciones frente a las cuales no dejáis de manifestar vuestra disconformidad. Sois conscientes de los problemas de vuestra patria y no queréis resignaros ante la corrupción, la injusticia y la violencia. Queréis un cambio radical porque deseáis

una sociedad más acogedora, en la que todos los colombianos puedan compartir y disfrutar de los bienes que Dios creó para todos y no sólo para unos pocos. Deseáis la paz y la concordia entre todos para poder afrontar el futuro con menos angustia y con mayor certeza.

Seréis luz en medio de tantas sombras si os dejáis iluminar por Cristo "Luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo" (Jn 1, 9). Seréis sal en medio de tantos sinsabores, si os dejáis penetrar por la sabiduría del Evangelio.

Vuestra juventud se desenvuelve en un período de cambios acelerados y profundos, que han traído un indiscutible progreso en muchos campos, pero que han acarreado también trastornos y desfares que han originado dolorosos conflictos que aquejan a vuestro país.

Vosotros, queridos jóvenes, sufrís por causa de esos conflictos. Sois víctimas de esos procesos contradictorios, y en todo caso sentís a veces perplejidad y desconcierto frente a tanto desequilibrio económico y tanta injusticia social, frente al desempleo creciente y la pobreza insultante que aflige a no pocos de vuestros hermanos y hermanas en un suelo tan fértil como el de Colombia, y en una patria como la vuestra, tan rica en recursos materiales y humanos.

3. *Vosotros mismos sois parte de ese caudal de recursos.* Con una juventud estudiosa, trabajadora, esforzada y responsable, la sociedad y la Iglesia en Colombia pueden mirar, con fundada confianza, hacia un futuro mejor.

Pero junto a tantas esperanzas depositadas en vosotros no se pueden ignorar las fuertes tentaciones que os asechan en vuestro camino.

Ahí está la atracción que puede ejercer el enriquecimiento fácil y rápido, por caminos que son contrarios a la ley y a la moral cristiana; la tentación de

la evasión que puede llegar a hundiros en la alienación de la droga, el alcoholismo, el sexo y otros vicios lamentables.

Hay quienes pretenden seduciros con ciertas actitudes de conformismo, indiferencia pasiva y escepticismo, arrancando de vuestra juventud *los más nobles ideales humanos y cristianos*. Y no falta quien proclama, como solución última y desesperada, la violencia armada de la guerrilla, en la que ha caído buen número de compañeros vuestros; unas veces contra su propia voluntad; otras, obnubilados por ideologías inspiradas en el principio de la violencia como único remedio a los males sociales. En muchos casos se ha llegado al absurdo de luchar *hermanos contra hermanos, jóvenes contra jóvenes*, arrastrados por esa violencia ciega que no respeta ni la ley de Dios ni los principios elementales de la convivencia humana.

Estas y otras tentaciones os asechan. Como cristianos, podéis y debéis superar la prueba. Sabed que sois sal de esta tierra, que no se puede desvirtuar (cf. Mt 5, 13). Sois luz que tiene que brillar y ciudad situada en la cima del monte (cf. Jb 14). La renovación que deseáis tiene que empezar en vuestro corazón y en vuestras vidas mediante una sincera conversión a Cristo y a su Evangelio. La respuesta del cristiano a cualquier reto del mundo; su fuerza ante la tentación, se fundamenta en Cristo y en el ejemplo que él nos dio. En el desierto, ante el tentador, lucha y vence. *Con Él podéis luchar y vencer.*

4. Cristo rechaza la propuesta de conseguir poder y gloria a cambio de la idolatría, responde al tentador con una frase de la Escritura que hoy sigue conservando todo su significado: "*Adorás al Señor tu Dios y sólo a Él darás culto*" (cf. Lc 4, 8). También vosotros, jóvenes, estáis llamados a mantener vuestra fe en un solo Dios; en medio de tantas propuestas de idolatría. ¡No

os entreguéis a los ídolos modernos! ¡No renunciéis a lo más valioso de vuestra existencia, que es vuestra identidad cristiana! ¡Manted firme vuestra adhesión al Señor Dios, el único adorable, el único dueño de la vida y de la muerte, el que da plenitud de sentido a nuestra peregrinación por la tierra y a nuestra actividad humana!

¡Nada es digno de adoración fuera de Dios, nada es absolutamente fuera de Él! Ni la riqueza, ni los placeres, ni la ciencia, ni la tecnología, ni la fama, ni el prestigio, ni las utopías políticas pueden convertirse en valor supremo.

Sólo Dios es capaz de saciar la sed de vuestros corazones: "Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás" (cf. Mt 4, 10). Jesús rechazó la tentación para consagrarse por entero al servicio del Padre. Con su victoria dio principio a nuestra victoria. Con Él y como Él decid sí a Dios, a su Reino, a su amor. Sin la fe en Dios, nuestro Padre, caeríais en el materialismo, insidiosa ideología de este mundo, de la cual derivan todas las alienaciones y desviaciones que hacen de la vida un absurdo y desembocan en la desilusión o la violencia.

5. El conocimiento de Dios nos llega por medio de Cristo, su Verbo Eterno, verdadero Dios y verdadero hombre. El es la luz verdadera, la Verdad y la Vida. El es para vosotros, mis queridos jóvenes, *respuesta veraz y exhaustiva a los interrogantes más profundos de la existencia y de la historia humana*.

El encuentro personal con Cristo sella profundamente nuestro ser. Cristo da sentido a nuestra humanidad y la abre a la plenitud de la vida divina de los hijos de Dios. El es la esperanza de los pueblos, porque su doctrina es la única capaz de *transformar los corazones y las estructuras*; la única que puede liberar a los oprimidos y desencadenar una auténtica revolución de amor a nivel planetario, siempre que se